

PENSAMIENTOS MILITARES
ESCOGIDOS

José Almirante
Federico Von Der Golz
Leopoldo Lugones
General Kinderlán

LECTURAS ESCOGIDAS

Continuando con su propósito de hacer llegar a los cuadros del arma los conceptos, reflexiones y opiniones de algunos escritores ya clásicos de la literatura militar, van aquí estas páginas seleccionadas por los temas que ellas abordan, por la elevada jerarquía intelectual de sus autores y por la profundidad del tratamiento.

La vocación militar, el espíritu de caballería y la disposición de servicio deben caracterizar y distinguir a cuantos tienen el honor de vestir el uniforme del ejército y el privilegio de hacerlo calzando la bota y la espuela del caballero y el jinete.

La Comisión de Caballería formula sus mejores votos para que esta amena lectura contribuya a ilustrar el pensamiento y a esclarecer los espíritus de los integrantes del arma, afianzando así cada día más su disposición de ánimo castrense y su orgullo de soldados.

LO QUE ES EL EJERCITO

Ustedes, caballeros, los que no conocen a los militares sino de vista o de lejos, en una palabra, los que no los conocen (¿o conocer de vista o de lejos es conocer?), ignoran que un soldado es un "horno duplex", que bajo esta máscara, que imprime arrugas prematuras, y estos galones, esta casaca, que obliga a caminar de un modo al parecer altanero -modo que llega a ser como una segunda naturaleza- se oculta tanta sensibilidad, tanta ternura, tanta bonhomía y tanto sentimiento estético, que hay como para dar y prestar a esa falange presuntuosa, que todo lo juzga por las exterioridades, que en su vida sabrá lo que es una idealidad.

Yo he visto en los campamentos, en las marchas, en las batallas, escenas de amor, rasgos de ternura, actos generosos, como lo he visto en los salones, en el hogar, en la sociedad.

La vida pública, la vida doméstica, la vida íntima de la gran familia militar, cuando se vive ella honradamente, aspirando, realiza en la práctica la poesía del deber.

Los ejércitos reflejan así, toda la civilización y toda la cultura del pueblo que los organiza. También su fisonomía y su alma. Son más o menos disciplinados, más o menos instruidos o técnicos, más o menos morales.

Pero, siempre son una escuela en la que el hombre aprende a respetar las virtudes fuertes, la integridad y el desinterés, la hidalguía y el valor...la abnegación.

Más aún, los ejércitos son una especie de asociación de socorros mutuos, en la que "lo mío y lo tuyo" se confunden, en la que el altruismo es la regla, el egoísmo la excepción.

Porque para decirlo todo de una vez: "La milicia no es sino una religión de hombres armados".

Y ¡oh poder de la disciplina! dentro de esa religión, el hombre es alternativamente hermano, hijo y padre, según los progresos de la carrera, y la aspiración de ascender no despierta en el alma del soldado sino nobles estímulos, siendo excepcionales las envidias ruines.

Ved cuanta belleza y moral hay en esto. La orden del día os declara después de 'la batalla, "héroe" y os asciende, y el que ayer os mandaba tiene que obedeceros y os obedece y os respeta, nada se altera.

Naturalmente, como en todo lo que es humano, hay en "la familia militar, pequeñeces y miserias, desalientos y tristezas y la injusticia suele comoverla hasta la indignación.

El eslabón parece expuesto a romperse. Pero el deber, es vínculo misterioso, cuya liga es la disciplina y lo mantendrá intacto. "Marchad", os dirá él que no ha conocido vuestros méritos; "obedeced", y marcharéis y obedeceréis y marchando y obedeciendo... buscando la muerte, hallaréis la inmortalidad en la memoria de vuestros conciudadanos.

En la gran epopeya de la humanidad los primeros, han sido siempre soldados. Cómo no amar y admirar entonces al EJÉRCITO ¡Cómo no interesarse en su suerte! Cómo no anhelar que su condición mejore cada día y que si el país camina... él progrese también.

¿No es él, el que permanentemente tiene empuñada, la bandera de la Patria?

Qué feliz es uno cuando se encuentra bajo las banderas. ¡Los mejores días de mi vida, los he pasado en el campamento! Soy un pecador empedernido. Allí vivía como un santo... allí comprendí al pueblo-rey, esa gloria que tanto amaban los romanos, esa causa de su grandeza temporal, ese vicio, que como dice San Agustín, domina vicios mayores.

Lucio V. Mansilla

PENSAMIENTOS MILITARES

ESCOGIDOS

José Almirante
Federico Von Der Golz
Leopoldo Lugones
General Kinderlán

PRIMERA PARTE

ARTE MILITAR

I

LA GUERRA

La palabra *guerra*, en los pueblos latinos, es relativamente moderna. En la Edad Media, nunca suena al formarse el habla o romance castellano, sino “fonsado”, “fonsadera”, “hueste”, “batalla”. En el antiguo Poema *del Conde Fernán González*, que usa constantemente las voces “lid” y “facienda”, sólo una vez se encuentra guerra, en la siguiente estrofa:

"Et por fer mal a Castylla, et destruir castellanos
Feziste te amigo de los pueblos paganos,
Feziste guerra mala a los pueblos xpianos,
Porque no quieren meterse en las tus manos."

A principios del siglo XIII empiezan a propagarse en Castilla las voces guerra, guerrear. En las *Siete Partidas*, de don Alfonso el Sabio, todo el título 23 de la segunda, está ya consagrado a la guerra y a sus diferentes especies en el *Espéculo*, los títulos 5, 6 Y 7 también tratan de las huestes y de las guerras.

Aunque consideramos de todo punto superflua la definición, citaremos alguna de entre las muchas que otros se han tomado el trabajo de dar:

“La guerra es un acto violento destinado a forzar a nuestro adversario a someterse a nuestra voluntad.” “La guerra es un instrumento de la política.” (Clausewitz)

“La guerra es un drama terrible, apasionado, sujeto, en verdad, a tres o cuatro principios generales; pero cuyo resultado se subordina a una muchedumbre de complicaciones morales y físicas.” (Jomini)

“La guerra es el choque material de los elementos de daño

y defensa de que disponen dos poderes sociales, que se hallan en oposición de intereses" (Villamartin.)

Una cuestión todavía no resuelta, a pesar de lo debatida, es, si la guerra es arte o ciencia. ¿Se debe decir arte de la guerra, *ciencia* de la guerra o quizá las dos cosas? La concordancia de los autores no es satisfactoria: a más textos y menos conocidos, el desacuerdo es mayor; la lengua militar de Europa se ha envuelto en una extraña confusión.

El autor no está solo al afirmar, por su cuenta, que no hay ciencia, sino arte de la guerra. Pero conviene añadir alguna explicación, distinción o aclaración, y para ello nada más breve, y de seguro agradable al lector, que transcribir las siguientes razones de un excelente escritor y general belga:

"La diferencia entre el Arte de la guerra y las otras artes es notable desde el punto de vista de la concepción y ejecución.

"Sobre todo, en lo que el Arte de la guerra difiere de los otros es en el instrumento, en la materia, en los medios de que el artista dispone para dar forma a la idea. En las artes, el Instrumento es simple, inerte; y el artista, hasta el último instante, puede imprimirle la dirección que le convenga. El instrumento de la guerra es el ejército, elemento vivo, variable, sometido a continuas perturbaciones y causas de destrucción, y cuya formación, organización y entretenimiento exigen constantes cuidados, de los que depende su existencia.

"El Arte de la guerra, pues, no se parece a otro alguno: es un arte "sui géneris". Todas las consideraciones metafísicas que los filósofos aplican al arte, en general, son ociosas cuando se quieren extender a la conducta o dirección de una guerra, y sólo pueden servir para extraviar el espíritu en el vacío y en la incertidumbre. He aquí por qué es imposible aprender el Arte de la guerra como se aprende una ciencia o un arte cualquiera"

* * *

Si se acepta, con el inglés Hobbes y el francés Proudhon, que la guerra es el estado primordial del género humano; o con el español Villamartin, que no es un hecho social, sino natural,

una condición fisiológica del hombre; o, en fin, que el estado de paz es un simple armisticio, inútiles parecen, por lo cándidos, los esfuerzos para evitarla o suprimirla, ya provengan de la buena intención del abate Saint-Pierre, ya de la gárrula inquietud, del afán de singularidad y paradoja del inagotable Emile de Girardin. Parece más práctico, lejos de apartar de la vista de los pueblos, como si fueran niños o mujeres nerviosas, la imagen, el recuerdo, el estudio de la guerra, hacerla entrar, por el contrario, en las ideas y en los hábitos; dejarla discutir en los comicios y asambleas; popularizar sus prácticas; sus ejercicios, su fácil teoría y tecnicismo. Nada perdería en ello el Estado militar y mucho ganaría el civil.

Es ciertamente anómala y contradictoria esa repugnancia en dar al pueblo justa y previsora participación en la cosa militar, cuando hoy se le concede tan poderosa intervención en la cosa política, en la cosa pública.

Bueno que no se borre el técnico y natural deslinde entre la milicia y el cuerpo general del Estado; que no se ciñan las atribuciones del monarca y del parlamento; que se deje libre el juego de la diplomacia y de la política internacional; pero no sigamos en el tenaz empeño de aislar, como en el siglo pasado, el ejército de la nación, haciendo falsamente aparecer como inconciliables y antitéticos sus respectivos intereses.

En todos tiempos, y mayormente en los nuestros, es imposible formarse idea de guerra, sin tenerla antes de ejército, mucho antes de nación; y para constituir nación, no basta el brío personal, como en Polonia; ni para constituir ejército basta tampoco la desordenada aglomeración de hombres ignorantes. Hoy es imposible tratar de guerra sin política, sin gobierno, sin estado social; como que la primera condición hoy de la guerra es que la sancione y secunde la opinión pública, o, más bien, que se le anticipe.

La guerra ya no es simplemente un estado de hostilidad entre dos reyes o dos gobiernos; no es la mera suspensión de relaciones pacíficas y diplomáticas. Además de la interrupción absoluta

de todo comercio, cambio y correspondencia, en la guerra todos los súbditos de una nación son enemigos de todos los súbditos de la otra, y rotas las hostilidades, las personas y bienes del Estado enemigo que se encuentran en otro Estado son legítimamente presa, de modo que los bienes pueden ser confiscados y las personas detenidas. Algo se atenúa en la práctica lo vejatorio de este derecho; pero, en el fondo, la guerra siempre ha de traer consigo horrenda perturbación. Aunque no sea más que el derecho vigente de alimentar la guerra con la guerra, *bellum se ipsun alet*, como decía Catón hace veinte siglos en España, ya se ve cuántos otros puede engendrar de devastación y depredación.

Considerada antiguamente la guerra como la disolución completa de todos los vínculos sociales, eran forzosa consecuencia las máximas horribles, las prácticas brutales de la antigüedad y las costumbres feroces de la Edad Media. El enemigo, en el solo hecho de serlo, perdía todas sus condiciones de ser humano: su vida, sus bienes, quedaban a merced del vencedor. El fraude, el ardid, que se decoraba con el nombre de estratagema, podía envolver toda especie de atentado contra los principios más triviales de moral, y hasta de esa vergüenza ingénita en el hombre salvaje.

La civilización moderna ha ido enfrenando y suavizando en la opinión pública-verdadero y único derecho de gentes- las rudas y crueles manifestaciones de un instinto perverso, que parecía nacido con el hombre. La abolición de la esclavitud por derecho de guerra fue el primero y gigantesco paso en la transformación humanitaria; el rescate, luego, de prisioneros fue otra atenuación, que poco tardó en convertirse en el canje actual. El envenenar las armas y los comestibles, el asesinato, la violación, el incendio, la despoblación, la tala no son compatibles hoy con las costumbres, cada vez más blandas, de los europeos.

El carácter que más distingue a la guerra moderna, y distinguirá probablemente a las futuras, es su fulminante rapidez y el apoyo que ha de buscar en el progresivo crecimiento de la

industria civil. La electricidad y el vapor prestan hoy su impulso a todo

La guerra, como la vida toda, se ha hecho en el día más complicada. Los ejércitos disformes llevan consigo enormes necesidades, inmensa artillería, más municiones por consiguiente, más víveres, más sanidad, más administración y papeleo, más respeto a los pueblos, y también más regalo a las tropas mismas, tanto en alojamiento y vestuario, como en el suministro de café, tabaco y bebidas espirituosas. A mayor número, evidentemente, mayor espacio, mayor área de los teatros de guerra y de operaciones.

La guerra civil de los Estados Unidos y la más reciente de Bohemia, aquélla con sus inauditas improvisaciones, con sus terribles monitores; ésta, con sus calculados elementos y su fusil de aguja, señalan ya en 1.867 la influencia decisiva que la industria toma; y, por consiguiente, la riqueza pública, el dinero, para renovar frecuentemente un costoso material; que envejece de la noche a la mañana. El valor personal, el patriotismo, la habilidad estratégica, la oportunidad táctica, siempre tendrán parte muy principal; pero mucho se expone a ser sojuzgado un país sin floreciente industria, o en el que ésta no viva apercebida y en constante alerta y ejercicio, para utilizar y perfeccionar los últimos adelantos.

Resulta de todo, que otro carácter notable de la guerra futura será probablemente el del secreto, de la sorpresa, del terror. En Solferino y en Sadowa, ya hemos visto que el estreno de un arma nueva, más que bajas materiales, ha producido en ejércitos inmejorables el pánico, el espanto, la desmoralización. Si, como algunos piensan con exageración, las guerras en lo futuro han de reducirse a una sola y feroz batalla, el Arte tendría que estrechar su esfera; ya no quedarían compensaciones y desquites; y el azar, la traición, la torpezas, el descuido, la ignorancia, adquirirían, como factores, un valor que hoy todavía no tienen en el complicado problema.

No parece, por ahora, que esté tan cercano el plazo de una horrible “simplificación”. Lo que antes importaba mucho, y en el día más, a los ejércitos, a los gobiernos y a los pueblos, es penetrarse bien de la importancia que tiene en la paz eso que suele llamarse política, constitución y preparación para la guerra. Desde Thucydides y Jenofonte hasta César; desde Maquiavelo y Dubellay hasta Santa Cruz, Guibert, Lloyd, Bulow, Borenhorst, Clausevitz, Jomini, Chambray, Willisen y Rüstow, siempre se ha prestado en los libros, y ha debido prestarse en los gabinetes, asidua y prolija atención a las complejas ideas que se resumen en aquellas o análogas denominaciones.

(Del Diccionario Militar.)

II

GUERRA NACIONAL Y GUERRA CIVIL

La guerra es de diferentes especies, que se designan con sus correspondientes adjetivos, determinados, en general, por varias causas de origen, índole, carácter o modo de hacerla.

Por ejemplo: según los motivos que le dan lugar y ocasión, la guerra puede ser extranjera o exterior, y nacional o interior. La guerra exterior admite varios "matices" separados, y que alguna vez se juntan y combinan, como: de invasión, de conquista, de anexión, de intervención, de propaganda. La guerra interior, es decir, dentro del país, puede ser: de independencia, de insurrección, de emancipación, civil, religiosa, de raza, de reconquista, de recuperación, de represión.

Según el sistema o "modo de hacerla", la guerra es campal o de sitios y posiciones.

En lo que no se puede convenir es en que la guerra pueda ser grande o pequeña, como ya se ha generalizado, por la costumbre de traducir grande *guèrre*, del francés, como se traduce también gran cultura (*grande culture*), que en castellano tiene significación intelectual o moral, en vez de "cultivo en grande", en vastas porciones de tierra. La guerra, efectivamente se hace "en grande", es decir, con grandes masas o ejércitos, y "en pequeño", con pequeñas tropas o con guerrillas y destacamentos; pero la guerra en sí, bien se ve que no puede ser grande ni pequeña: siempre es guerra y nada más.

* * *

Guerra nacional es aquella en que todo el estado civil de una nación belicosa, sacudiendo varonilmente su estupor, no se contenta con alentar y secundar a su ejército, sino que se le une integralmente", y saliendo al campo, forma casi una masa compacta, imponente, de hombres y hasta mujeres, fanatizados por el

patriotismo.

La guerra de la Independencia es el tipo de la guerra nacional, consagrado por todos los pueblos modernos. El nombre de Zaragoza se pronuncia en todas las lenguas, y hasta la voz "guerrilla", introducida desde entonces por los franceses, es técnica en la milicia de todas las potencias. El mismo invasor, con tardío arrepentimiento en Santa Elena, condensó en pintoresca frase aquella magnífica epopeya: «España, dijo, se levantó contra mí como un hombre de honor». Es, pues, inútil, para españoles, definir la guerra nacional: describirla, no es tarea para nuestra humilde pluma compiladora.

* * *

Guerra civil es la que encienden y sostienen los ciudadanos de una misma nación, dividiéndose en dos o más agrupaciones con el nombre de partidos. El que de éstos se levanta contra el poder "constituido" recibe, en sus principios, el nombre de gavilla o facción.

En el período constitucional de 1820 al 23 se llamaba así a las fuerzas realistas, que protestaban con las armas en la mano; y a los pocos meses (gracias a la intervención francesa), los «facciosos», vencedores, desorganizaban un ejército excelente y lo disolvían, desmenuzaban y trituraban al por menor.

En pueblos ya mayores de edad y que aspiran a regirse a sí mismos, lo primero es ver las cosas claras, y lo segundo llamarlas por su nombre. Influye mucho, al estallar una guerra civil, dejarse llevar del odio, que se revela en ciertas calificaciones despreciativas que irritan al rebelde y dan cierta falsa confianza al que dispone del poder. Si en los dos primeros años de la guerra civil del 33 al 40, en vez de andarse con epigramas y canciones patrióticas, se hubiera medido con serenidad toda la magnitud de la cuestión, se hubieran evitado aquellas singulares oscilaciones, aquellas rápidas alternativas de confianza y abatimiento que, leídas hoy, nos asombran y nos convencen de lo poco que aprovecha un hombre o un pueblo apasionado las lecciones de la

ciencia y de la experiencia

Y aquí, con nuestro habitual desenfado, pedimos licencia para discutir opiniones autorizadas.

Sea por rendir tributo a la dignidad humana, sea por la tendencia laudable a sacar las cosas de su sitio para ponerlas más altas, se presupone siempre que una guerra civil es el choque material de dos ideas.

La frase es de efecto; pero, haciéndola bajar desde la altura abstracta en que se cierne, la idea, para concretarse, tiene que germinar en el cerebro y, lo que es más, animar el brazo humano. Si la idea no se lastra con un peso material y prosaico, aunque baje a tierra, volverá a remontarse al éter, y acompañar los millones de ideas que por allí andarán sin haber producido guerra civil. La idea, pues, tiene que humanizarse, encarnarse, propagarse, antes de invocar para su triunfo el auxilio material y decisivo de la fuerza. En esta operación, generalmente lenta y mecánica, de encarnación y propagación, excusado es enumerar las modificaciones que la amplían o contraen, que la robustecen o debilitan; inútil advertir que siempre se le adhiere, y a veces la encierra, una envoltura carnal, material, positiva, inmediata.

Dígase de buena fe si es posible estudiar una sola guerra civil, antigua ni moderna, con abstracción de personas y de Intereses materiales, tangibles, positivos. Dejemos, por sabidas las de Grecia y Roma; las que frecuentemente se interpolaron en la Edad Media, en la larga reconquista de nuestro territorio.

Avancemos más. Introduzcamos el elemento religioso que da más vigor y colorido al tipo sanguinario de la guerra civil; parémonos en la guerra esencialmente religiosa de Alemania, cuyo primer período terminó la célebre victoria de Mühlberg (1547), en que tanta parte tuvo el pequeño cuerpo de infantería española, verdadero núcleo del ejército de Carlos V. ¿No se ven allí transparentes, de bulto, agitarse las individualidades, los intereses, a través de esa densa niebla con que los alemanes envuelven sus teologías y filosofías?

Bajemos más. En las guerras civiles de Francia, durante cua-

tro reinados consecutivos, ¿eran las religiones católica o calvinista, o las poderosas casas de Guisa y de Borbón las que se disputaban el triunfo alcanzado al fin en premio de su valor e inteligencia por Enrique IV, que tan pronto oía misa, ¡ como rasgaba el misal? ¿Qué principios, ni qué ideas, ni qué patriotismo había en aquel juego de azar, sobre cuyo tapete rodaban el oro y los soldados de Felipe II, el oro y los soldados de Isabel de Inglaterra?

Bajemos aún más. Si se tiene por civil la guerra llamada de Treinta Años en Alemania; si se admiten protestantes y católicos; si se debatía la libertad de conciencia y, envuelta en ella, la libertad política, como entonces podía comprenderse, ¿se quiere más manifiesto el choque de ideas? Pues abramos la historia escrita por el poeta y protestante Schiller: en la primera página él nos dice en fría prosa y a guisa de advertencia, que no nos dejemos deslumbrar por los nombres y miremos el fondo de las cosas; que en todo ello no hubo más que la insurrección de la fraccionada Alemania (ayudada por un rey extranjero, Gustavo Adolfo, tan gran soldado como pequeño era su reino) contra la ambición de la Casa de Austria, que, apoyada en los tronos de Madrid y de Viena, intentaba ahogarla entre sus brazos de hierro.

Y si nos fuera lícito descender hasta nuestra guerra civil de 1833 al 40, ¿no podríamos desentrañar, aunque todavía no sea del dominio de la historia, lo que hubo de político y de personal en ella, tanto en su lenta preparación escénica, como en el acto de estallar, como en los múltiples y no previstos episodios que, a primera vista, embrollan y retardan la acción principal?

Con este derecho histórico, el más racional que en estas teorías puede invocarse, sostenemos que, generalmente, la guerra civil no se define bien, y puede, por lo tanto, exponerse y estudiarse mal, arrojando toda la luz sobre los símbolos y las banderas, sin, dejar que penetre algún rayo en las filas y, mejor aún, en el corazón de los hombres.

Hay un empeño visible, en cuantos de guerra escriben, en apartar la vista de la, guerra civil con cierto sentimiento afectado

de rubor. ¿Por qué? ¿Porque es más cruel? ¿Tendremos, por ventura, los militares rubor de nuestra profesión homicida? Pues, entonces, romper la espada y construir un falansterio. Si el médico ha de curar enfermedades, necesita clínicas y estudios anatómicos sobre el cadáver.

Suprimida la guerra civil por fratricida; la de conquista por inverosímil; la colonial por costosa; la de intervención por quijotesca; la de religión por anacrónica... ¿qué clase de guerra se inventa para uso del soldado español?

La guerra civil es grande escuela. ¿Es más dura, más penosa, más activa, más sangrienta; más cruel? Pues es mejor guerra.

Que tiene lances inopinados, recursos imprevistos, desenlaces inverosímiles; que trastorna las reglas de los libros y embrolla la estrategia con la táctica y con la política; que no se acierta a veces cuál es el frente o cuál el flanco; que el terreno y la fortificación juegan más de lo “que se enseña en el colegio”; que desde el general hasta el alférez, hasta el simple cazador, tienen necesidad de avivar su personalidad, lejos de fundirla y anularla en macizas columnas; que el paisano, lejos de ser neutral, esconde su trabuco en el mismo surco que está abriendo; que la paga escasea, que la ración falta; que la disciplina se relaja, el motín ruge, la autoridad vacila; que la prensa insulta, las turbas vocean y el gobierno se desampara; que saltan, en fin, los resortes de la administración; todo viene a tierra y, como las ruinas de un terreno, sólo quedan en pie, a manera de fustes de columna, aquí y allá, las compactas divisiones de un ejército...

¿Tiene aún más que esto la guerra civil? Pues, mejor y mejor

Los hombros que han sabido con su valor, su tino y su constancia desembrollar el caos, despejar, regándolo con su sangre, el campo de batalla, para que se convierta luego en un florido vergel y hacer entrar, violentamente si se quiere, en las venas de un pueblo enervado, ese virus fecundo de inflamación militar; esos hombres, que se desenvuelven “maniatados por tantos lazos”, mejor se moverán en otras ocasiones en que éstos se

aflojen y las condiciones del problema se simplifiquen.

Inútil es advertir que la energía del razonamiento no nos hace saltar la valla del arte y de la profesión. El militar hoy, antes que soldado es ciudadano, y no debe desear la guerra civil, sino prevenirla y evitarla.

Cabalmente insistimos en que para ello, lejos de ignorar la guerra civil, conviene estudiarla, y saberla, y alejar así el practicarla.

Sin tener don de profecía, se puede asegurar que, en España, en mucho tiempo no se repetirá tan larga, sangrienta e indecisa la guerra civil de 1833. ¿La razón? Que hoy la constituirían desde el primer día sobre sus verdaderas bases y la conducirían con la seguridad que da el saber los generales que en aquella ganaron sus fajas o su galones, y pagaron, acaso en los primeros tiempos, algo cara la impericia o la presunción de sus jefes; fogueados luego en este otro diario tiroteo de la política, ¿qué circunstancia puede serles nueva, ni qué situación imprevista, ni qué solución ignorada?

Porque ese principio, estereotipado en los libros militares, de que la guerra civil no tiene reglas, ni enseñanza, ni doctrina, es una perniciosa herejía, que se acoge sin examen. Todo el mundo está de acuerdo en que la guerra es un arte; pero preocupa tanto eso de artes grandes y pequeños, que se cae en la contradicción de conceder reglas para los frescos de Miguel Ángel o los vastos lienzos de Rubens y se niegan a los de David Teniers o a los caprichos de Goya.

Reglas hay escritas para el que las quiera leer, y gacetas, historias y mapas para el que las quiera discutir y aplicar.

En este artículo sólo hemos intentado llamar fuertemente la atención sobre este ramo hipócrita y malamente desdeñado, y cuyos frutos, a nuestro entender, en vez de nocivos y venenosos, como se creen, tal vez estimulen en los jóvenes oficiales el sentimiento ingénito que todos tenemos por la prosperidad, la gloria y la tranquilidad de la patria.

(Del Diccionario Militar.)

III

ARTE MILITAR Y ARTE DE LA GUERRA

En el lenguaje vulgar se confunden generalmente, sin definir, las voces *Arte militar* y *Arte de la guerra*. Escritores modernos han intentado introducir mayor exactitud y deslinde en denominaciones de objetos tan importantes. Por medio de un paralelo rápido, en que se manifiesten de relieve los puntos de oposición o divergencia, quizás se consiga disminuir en algo esa dificultad de definición, que en todas las lenguas rodea a las palabras más usuales o de más importante sentido.

A primera vista, parecerá sutil o, cuando menos, ociosa esta definición; pero a poco que se medite sobre el adjetivo *militar* y el calificativo *guerra*, se ve que distan mucho de ser sinónimos. Repárese en la diferente significación que envuelve *estado militar* y *estado de guerra*, *administración militar* y *administración de la guerra*, *constitución militar* y *constitución de la guerra*, *legislación militar* y *legislación de la guerra*, y, sobre todo, *espíritu militar*, *espíritu guerrero*, *espíritu de la guerra*.

Esta aparente sinonimia de “cosa militar” y “cosa de guerra” puede inducir a errores funestos para la “cosa pública”. Y en estos tiempos en que los buenos deseos llegan hasta querer suprimir la guerra, naturalmente, han de principiar por suprimir la milicia, esto es, la cosa o estado militar, la guerra prevista, preparada y estudiada en tiempo de paz. Porque en este tiempo de paz es cuando vive también, crece y se desarrolla en el organismo de un pueblo el elemento militar, aunque bajo forma latente y escondida o menospreciada; y lo tocante a guerra sólo puede existir en su tiempo, cuando, rotas las hostilidades, pasa un país a ser dominado y anulado en todas sus fuentes de vida y riqueza por el arte,

el sistema y la constitución militares.

Se ve, pues, que el adjetivo *militar* lleva en sí una idea esencial de generalidad, de perpetuidad, de conjunto; y, así, el *Arte militar* es al de la guerra lo que el pensamiento a la acción, lo que el todo a la parte, lo que la costumbre y la generalidad a la excepción. El uno “prepara” lo que el otro “ejecuta”. El Arte militar, en toda su extensión, es la base eterna en que apoyan los pueblos previsores su existencia social, su independencia y su gloria. Este Arte inmenso abraza cuanto concierne a la creación, a la organización, al mecanismo, al entretenimiento, al fomento, a la dirección, en fin, de cuantos medios, de cuantas fuerzas emplean las naciones para mantener con las armas sus derechos y su nombre.

El Arte militar tiene larga historia, alta filosofía y controvertidos dogmas. Obra de los siglos, es el resultado de descubrimientos, de experiencias, de observaciones, que vienen alternativamente eslabonándose desde la infancia de la humanidad. El Arte militar absorbe en su inmenso *focus* todo el saber repartido en los múltiples ramos del servicio del Estado con relación a la guerra. Sigue atento la marcha social (evitando muchos tropiezos), no sólo del país propio, sino de los extraños; calcula y mide por la estadística la fuerza de uno y otros; se apropia apresurado las invenciones y mejoras; se anticipa y asocia con la diplomacia para prevenir los sucesos; se amolda al progreso de las leyes sociales vigentes, dando a su código especial militar el grado de ensanche a que aquéllas y las costumbres le obligan.

El Arte militar, por su perpetuidad, conserva en la historia archivos de datos, cuya oportunidad nunca pasa, y cuya consulta y confrontación es provechosa. Los recuerdos de Grecia y Roma formarán siempre el fondo de estos preciosos archivos en cuántos países admiten la máxima fecunda de que “el hombre es el primer elemento de guerra”. Por eso, el Arte militar entiende en entresacarle de la masa social, adiestrarle, educarle, guiarle, animarle, mantenerle y, sobre todo, conservarle. Cediendo a los

principios de humanidad compatibles con su sangriento objeto, remunera al hombre que inutiliza, le rodea de precauciones médicas, estimula su instrucción como ciudadano y le devuelve a la masa común, de donde salió, con las ideas fuertemente impresas de patria, de honor y de gloria. En los progresos del Arte militar tienen marcada influencia las costumbres, las preocupaciones, las formas de gobierno, el estado de las ciencias y del comercio, el clima, la configuración del país y otras circunstancias.

El Arte militar requiere un principio constante de asimilación, desechando toda preocupación de originalidad. Los romanos, que a tan alto punto de perfección supieron ensalzar el Arte, sobresalieron en el tino de imitar y apropiarse lo más ventajoso de sus enemigos. Así, las derrotas eran para ellos fuentes de enseñanza y de mejora. Los elefantes de Pirro no les sorprendieron más que la primera vez. En cuanto conocieron la espada española, abandonaron la suya. La táctica de Aníbal inspiró la de Fabio. Ellos buscaban jinetes númidas, arqueros cretenses, honderos baleares, marineros romanos: donde había una institución, una superioridad, era buscada, examinada y puesta en práctica. Ningún otro pueblo *preparó* la guerra con mayor prudencia, ni la *hizo* con mayor audacia y fortuna.

Al hombre de fe -y de ilusiones- que quiere seguir con honra la áspera carrera, le ofrece el Arte militar, como árbol frondoso, variedad de ramos, siempre florecientes: el arte subalterno de cualquiera de las armas personales, como infantería o caballería; o el de la artillería o fortificación; o el de la justicia y administración, o el de la geografía y topografía; o el de las tácticas y estrategias; y puesto que la organización humana no tiene capacidad ni alcance para el estudio completo y profundo de cada ramo, escoge uno de predilección, abarcando al mismo tiempo, en cuanto puede, el conjunto de los otros por el tronco, por el Arte militar. Como premio de sus progresos, los países ostentan sistemas, instituciones, constituciones militares, más o menos perfectos; y para resultados de tal cuantía, preciso es que el Arte

militar se funde y gire sobre la base común del Estado, sobre su gobierno, administración y presupuesto.

Considerado el Arte militar desde este elevado punto de vista, se ve que el Arte de la guerra es sólo la parte exclusiva del Arte militar que concierne al mando y *gobierno* o *dirección* de las operaciones de un ejército activo en campaña abierta. La expresión Arte de la guerra era desconocida hasta hace poco; los clásicos de nuestros buenos tiempos nunca la usan: he aquí uno de tantos nombres nuevos para cosas viejas en el mundo.

El *Arte* tiene nacimiento en el punto en que los pueblos, cansados de chocar en masa y sin concierto, encargan del arreglo de sus diferencias a un número, delegado de sus miembros, mientras el resto atiende a su mantenimiento. Por eso, aunque sea singular, el Arte de la fuerza, es muy anterior en existencia al Arte militar, como la inspiración precede a la regla, como el poema precede a la historia, como el hecho precede a la precaución.

Por las revoluciones y evoluciones de la sociedad, la guerra, que era el estado habitual, la industria, la manera de ser de los primeros pueblos, ha venido a reducirse a simple conmoción o desarreglo pasajero de la máquina social; y el arte, único o confundido entonces -*militar* o de *la guerra*-, ha tenido que dividirse, quedando como accidental o accesorio *el de* la guerra; porque accidental y accesorio se considera hoy ésta en la vida tranquila de las naciones.

El Arte militar, el que entiende en crear, mantener y aumentar la milicia, esto es, el estado militar de un país, bien se ve que es tan propio del tiempo "de paz" como del "de guerra"; es universal y necesario a cuantos ciñen espada; se gradúa y se amolda a cada individuo según su posición y sus aficiones particulares de estudio; al paso que el Arte de la guerra, esto es, *el de llevar un ejército activo* al combate, no puede desplegarse sino en guerra abierta y no concierne en rigor sino al general en jefe.

Puesto que la índole de la milicia no admite intervención ni cortapisa en el mando, el general sabe por el Arte de la guerra la dirección, combinaciones y formas que ha de dar a la fuerza

armada que rige. Por el arte, y según el arte, sentará su base y líneas de operaciones, calificará los puntos, escogerá el terreno, aplicará la estrategia y usará de la táctica. Pero este arte concreto de la guerra práctica, por lo adventicio de sus aplicaciones, por lo imprevisto de sus lances, por lo indefinido de sus casos, no puede someterse al rigorismo y precisión de principios, que rigen en las hipótesis, ejercicios y simulacros, sobre los cuales se estudió el Arte militar.

El Arte de la guerra es al Arte militar lo que el desenlace es a la previsión; es, en tiempo de paz, el *objeto*, y, en tiempo de guerra, el *resultado* del Arte militar; pero no es su consecuencia precisa, así como el duelo no es consecuencia de la esgrima, ni la epidemia proviene de la ciencia médica.

Cuanto tiene de positivo y matemático el Arte militar, otro tanto tiene de vago y hasta de poético el Arte de la guerra. Reclutar hombres y adiestrarlos; fortificar fronteras y puntos-llaves; fundir cañones; adquirir caballos; crear recursos; organizar ejércitos, reservas y marinas; prevenir reveses; avivar el espíritu militar con recuerdos gloriosos, con leyes de ascensos, recompensas y retiros; excitar el patriotismo... Todo esto, bien se alcanza, que, ejecutado con calma, llevará siempre el sello de la previsión, de la utilidad y del acierto, por poco versados que en el Arte militar estén el Jefe de un gobierno y los hombres que le aconsejan. ¡Cuán diferente y escabroso camino ofrece el Arte de la guerra al general y al ejército que han de practicarlo en el campo y al frente del enemigo! La victoria, objeto de sus afanes, no puede encadenarse con los principios y reglas abstractas. "Oficio de bárbaros – exclamaba Napoleón 1 volviendo de Moscou-, en que todo el Arte consiste en ser el más fuerte en el punto decisivo."

Y en efecto; descubrir ese punto decisivo y ser sobre él *el más fuerte*, es la condensación de la doctrina de millares de volúmenes. Sobre esta trivialidad se alzarán ante todas las generaciones los nombres de Alejandro, César, Córdova, Gustavo, Tu-

rena y Federico. Pero, ¡cuánto genio, cuánta robustez de alma y de cuerpo, cuánta flexibilidad, cuánta fortuna requiere la aplicación de ese principio, encerrado en tan pocas palabras ¡ ¡Estudiar los hombres, las armas, el terreno!

Este es el verdadero estudio del Arte de la guerra; estudio que en la paz difícilmente se prepara y en la guerra viva es casi imposible.

“¿Quién se atreverá a escribir el Manual del general en jefe?”, exclamaba el Duque de San Miguel. ¿Quién puede jactarse de conocer al hombre? ¿Quién, sin probarlo, pretende saber conmo-
verle, inflamarle, subyugarle?

(Del libro Guía del Oficial en Campaña.)

IV

EL RENACIMIENTO DEL ARTE MILITAR EN ESPAÑA

Ocioso parece a primera vista, en un libro español y para españoles escrito, insistir en la afirmación de que el renacimiento militar de Europa se debe, en la parte más principal, a la gloriosa España del siglo XVI.

Si se considera que esa misma España, tan varonil, ha estado luego condenada largo tiempo, en un marasmo cercano de la estupidez, a no alimentar su inteligencia sino con algunos desechos, previamente tamizados por la Inquisición, de la fútil amenidad francesa; si se atiende a que, por intolerancia religiosa estuvimos muchos años incomunicados con la Europa que piensa y trabaja más allá del Rhin; si se repara que hoy mismo, en las escuelas primarias, se enseñan los rudimentos de la historia patria por los desdichados versos del padre Isla, y, en las escuelas militares, los del Arte de la guerra por malas traducciones de Rocquancourt o Vial, no de extrañará, ciertamente que requiera algún esfuerzo, y aún se corra cierto peligro, en la simple tarea de restablecer hechos auténticos y extirpar rutinas o preocupaciones inconcebibles.

Afortunadamente, en estos últimos años, esos mismos franceses, tan cuidadosamente ocultaban la existencia del ejército español hasta que lo daban por vencido en Rocroi, esos mismos herejes alemanes que no nos concedían más aptitud que para achicharrar moriscos y judíos, ya van enfriando sus odios seculares y dejando expeditos los cauces por donde la verdad pueda comunicarse limpia y clara.

Así como se dio el caso peregrino de saberse en España, por medio de los extranjeros, que teníamos algo bueno en los dramas de Calderón, en los lienzos de Velásquez o en los ajimeces de la Alhambra, así principia a creerse ya, porque se lee en algunas obras militares “no escritas en castellano”, que los inimitables soldados que lo hablaban hace tres siglos resucitaron el Arte militar, cultivándolo con talento y con gloria, antes, mucho antes que viniesen al mundo Condé, Turena y Luxemburgo.

Para quien sabe que la naturaleza nunca procede a saltos, y que todo hecho histórico proviene de una larga incubación anterior, excusado es advertir que el renacimiento, en general, tuvo lenta y tortuosa preparación en los siglos XIV Y XV. En el primero, la invención de la pólvora, la presencia de los arqueros ingleses en Crecy, Poitiers y Aljubarrota; en el segundo, la aparición victoriosa de la infantería suiza en Granson y Morat, y la composición, realmente moderna del lucido ejército que Carlos VIII llevó a la conquista de Nápoles, son hechos que, efectivamente, anuncian con marcha gradual el advenimiento de una grande y necesaria reforma.

Que España tuvo la ocasión o la fortuna de llevarla a la práctica y divulgarla luego, está ya fuera de toda discusión. Así como del sitio de Veies, por puntualizar de algún modo un hecho complejo, se hace nacer la milicia romana, de nuestra Conquista de Granada, que también duró diez años y desató un nudo político, se puede hacer venir la moderna milicia española.

Anteriormente, en España, como en todas partes, hubo guerreros; al finalizar el siglo XIV, en España, en Francia, en Alemania principió a haber soldados; pero de la levadura militar que fermenta en esa guerra de Granada, primero y cumplido ejemplo de la sección del Arte que hoy se llama estrategia, es, de donde salen, no solamente los soldados hábiles y vigorosos con oficiales bravos y diestros, sino los generales brillantes e invencibles, maestros respetables del nuevo Arte militar, cuya primera escuela se abre en Italia.

Hay en esa gloriosa conquista, digno epílogo y remate del gran poema, un incomparable instinto estratégico en el conjunto junto; suma destreza en las operaciones anuales, en las talas sistemáticas, en las maniobras secundarias; profundo conocimiento y atinado provecho del carácter inconsistente del enemigo; marchas notables; tramas bien urdidas; tolerancias y crueldades ingeniosamente alternadas; sitios completos y vigorosos, como el de Málaga; incompletos y flojos, como el de Baza; bloqueos tenaces, pacientes, decisivos, como el de la Capital; hay, en fin, en esa guerra de diez años, como la de Troya, como la de Veies, todo cuanto de difícil y complejo en pensamiento y en ejecución puede ofrecer el Arte militar; pero todo también que entra, por decirlo así, en los antiguos y eternos moldes, sin ninguna de las nuevas formas y accidentes, que muy pocos años después habíamos de introducir los españoles, recogiendo y escogiendo, como sabemos hacerlo cuando queremos, todo lo nuevo y lo bueno que hasta entonces sabían ingleses y franceses, suizos y tudescos, porque nunca debe cegar el patriotismo hasta el punto de negar lo que en justicia se les debe, que no es poco.

* * *

A nuestro juicio, el Arte Militar y su nuevo instrumento permanente renacen en los diez años (1495-1505) de nuestras guerras de Italia. Personifica la reforma, de acuerdo en esto con todos los historiadores, la radiante y simpática figura de Gonzalo de Córdoba, que se alzarán eternamente gloriosa sobre el duro pedestal de su pequeño ejército, en el que también brilla el tipo (todavía existente) del soldado raso.

Algo más que militar se percibe en aquel peón ágil y bien trabajado, como si viniera de raza felina; siempre hambriento y nunca triste; bravo, orgulloso; insolente, como un príncipe; tomando a fuer de filósofo las cosas como vienen; agazapándose para buscar mejor la escotadura de la coraza; burlándose lo mismo de la lengua sarisa del suizo, que de la acerada barda del caballo Fran-

cés; repitiendo en aquella culta Italia la sensación pavorosa que siglos antes causó su fiero antecesor, el almogávar.

Al hablar de Gonzalo de Córdoba, como antes de Aníbal y César, con quienes el Gran Capitán tiene visibles semejanzas, ya se deja entender que simboliza una época, un sistema, a la manera que por la estrella más fulgente solemos distinguir en el cielo una constelación o una pléyade. Siempre alrededor de estos hombres privilegiados se agrupan otros de gran mérito relativo, que contribuyen, modestos, a darles mayor relieve, sin cuya voluntad mancomunada fuera imposible acometer y dar cima a vastas empresas militares, que de suyo exigen artificiosa y calculada combinación.

En ninguna guerra como en estas primeras de Italia resalta tan al vivo el aplomo y la perseverancia española. Pocos siempre, y pobres y desatendidos los soldados de Gonzalo, parece que en sus fatigados cuerpos sólo vive el alma briosa de su ilustre capitán. ¡Hermoso don, de que la naturaleza es avara, éste de saber unir a la suya las voluntades todas de un ejército! ¡Prestigio también considerable del saber afortunado! Su gloria immaculada ilumina a sus discípulos en todo el resto del siglo XVI, tan fecundo en grandes talentos, como en elevados caracteres.

El suspicaz Fernando tiene buen cuidado, al volver a España, de entrar rodeado de las viejas tropas de Italia. Con ellas, bien pueden Cisneros y Pedro Navarro hacer en pocas horas la brillante conquista de Orán(1509); con ellas, bien puede el Rey Católico conquistar en quince días la Navarra (1512), y estrechar a Francia por allí, por el Rosellón, por Italia; con ellas, en fin, se pierden batallas como la de Ravena (1512), pero se hacen tan importantes retiradas y el vencedor queda tan hondamente quebrantado, que a los pocos días evacua la Italia y deja, más que nunca, preponderante la influencia española.

En resumen, y puesto que aquí el patriotismo no está reñido con la verdad, saludemos como promovedores de la restauración

militar a los Reyes Católicos; como primero y práctico profesor del Arte de la guerra, al inmortal Gonzalo, sin olvidarnos de poner detrás y a su lado las airosas figuras de Pedro Navarro, Paredes, Leiva, Alarcón, Pescara, Urbina, Vasco, etc. ¡Glorioso plantel, fecunda Academia de Guerra con tales catedráticos! ¿Por qué extrañar que el eco de su voz y el centelleante fulgor de sus espadas siguiesen vibrando a través de dos o tres generaciones?

Estudiemnos nosotros, repasemos diariamente aquellas memorables lecciones, por si algún día la Providencia, en sus secretos designios, vuelve a poner a España, rejuvenecida en trances análogos de gloria.

(Diccionario Militar y Bibliografía)

V

ESTRATEGIA

Hasta el último tercio del siglo pasado, el Arte de la guerra se consideraba como un todo indivisible.

A la sazón, las victorias de Federico II de Prusia, despertando a la Europa militar de cierta apatía y entumecimiento, promovieron largos y ruidosos debates sobre todos los ramos, singularmente sobre mejoras y perfección de la Táctica, a las que exclusiva, pero equivocadamente, se atribuían las pasmosas ventajas de aquel monarca filósofo y guerrero. La discusión, enredándose, como siempre, en la personalidad, produjo, no como ahora folletos livianos y pasajeros, sino volúmenes macizos, de lectura para nosotros hoy casi imposible.

Los espíritus agudos y tenaces, desertando a veces del parlenque de la actualidad, penetraban por la nebulosa erudición de los tiempos griegos y romanos, buscando en ellos, y volviendo cargados con armas y pertrechos científicos, a los que primeramente era forzoso despojar de la capa mohosa con que los cubrió el transcurso de los siglos. De aquí, un aluvión de glosas y comentarios al antiguo tecnicismo griego y romano, cada vez más difícil de esclarecer; de aquí, la resurrección erudita de exóticos vocablos que bautizasen evoluciones y maniobras, a su vez exóticas y desconocidas; de aquí también, justo es decirlo, como de toda discusión, de todo choque, nuevos puntos de vista para el Arte, nuevos fulgores.

La discusión, como todas las de su género, embrollándose además en las palabras y esparciéndose desleída en las ideas, no dio por inmediato resultado grande adelanto material y fecundo; pero, así como el río en tempestuosa avenida suele dejar entre el limo de las orillas elementos de fertilidad futura, aquella agitación y sacudida del Arte militar, que bien la necesitaba, de-

positó indudablemente gérmenes, que hoy todavía se desarrollan y fructifican con más acomodo e inteligente cultivo. Sea como quiera, por aquellos tiempos nació, resucitó o se introdujo en la lengua militar de Europa la palabra griega *Estrategia*.

La voz griega, que sin duda ignoraba los altos destinos que en la ciencia le aguardaban, permaneció largos años, como otras, en misteriosa incubación, al calor exclusivo de los eruditos. A últimos del siglo XVIII la desconocían los generales franceses de la república y del imperio, y hasta se duda si llegó a pronunciarla el mismo Napoleón, el primero y más terrible “estrategista” de los tiempos modernos. Se verificaba, pues, lo que dicen sus compatriotas del personaje cómico de Moliere: “que hacía prosa, sin darse cuenta de ello”.

Entre los autores militares que, a principios del siglo, tomaron la demanda de la desairada voz griega, el célebre Archiduque Carlos, rival digno, aunque a veces desafortunado, del gran estratega francés, la acogió, la definió y la enaltecíó, poniéndola por rúbrica y epígrafe de su notable tratado. Este libro, justamente clásico, divulgado al punto por el mundo militar, traducido en todas las lenguas (a la nuestra por Ramonet), estudiado, comentado y plagiado también por multitud de escritores, dio por fin a la Estrategia, como palabra, carta auténtica de ciudadanía, y una consagración oficial, que no habían logrado adquirirla todavía Bulow y Jomini.

Excusado es añadir que en la docta Alemania, en ese país en que tanto se estudia, se piensa y se sabe; donde toma asiento y raíz cuanto se recomienda por abstruso, por abstracto, por nebuloso, por indefinible, ahí la Estrategia, palabra y cosa, ha hecho más que fortuna, ha hecho estragos. No fue tan exagerada la aceptación por estas nuestras tierras latinas y meridionales; pero, a vuelta de ciertos repulgos de algún francés atrabiliario, también logró la Estrategia asentar sólidamente su nombre y su trono.

El Arte de la guerra está hoy hendido por la mitad y técnicamente partido en dos: la *Estrategia* y la *Táctica*. Como es frecuente, la recién venida, sin duda en desquite del medio siglo que

anduvo huérfana y pordiosera, apenas el Archiduque Carlos le soltó los andadores, tan presurosa va haciendo su camino y tan ensoberbecida la vemos, que amenaza tragarse a su hermana mayor la Táctica, la que Guibet quería imprudentemente entronizar como única síntesis de todo el Arte de la guerra, logrando así excitar las iras de los escritores rivales, que, en venganza, enarbolaron la Estrategia como bandera, como credo de una nueva comunión científica y protestante.

En España y a raíz de la guerra de la Independencia, la Estrategia tuvo ya fervorosos adictos. Una sociedad de trece oficiales -cuenta la tradición- que se propuso explotar la nueva palabra como nueva ciencia, consagrándola un culto fanático y pedantesco, que pronto se hizo notar entre aquella ruda generación militar, verdaderamente titánica y más dada a los hechos que a las palabras. Ello es -y no quisiéramos ser eco de la malignidad- que los "estratégicos", así llamados por apodo, después de monopolizar con grandes medros el oficio, han muerto todos en olor de santidad, con sendos pares de entorchados.

De todos modos el hecho está consumado; la rebelión es inútil; el moderno Arte de la guerra se divide en dos, y ya, según algunos, en tres, contando aparte la Fortificación, que para Jomini no cabe ni en la Estrategia, ni en la Táctica. Y como la joven Estrategia, de suyo altanera y pretenciosa, no se contenta así como se quiera con ocupar lugar, sino con ocupar el primero, fuerza es cedérselo contra nuestra voluntad y proclamar que es la voz técnica por excelencia del Arte de la guerra y, por tanto, la más digna de figurar y sobresalir en un *Diccionario Militar* que, como éste, quiera despuntar por ciertos caracteres de novedad filosófica.

* * *

Señaladas las dos épocas históricas de origen y propagación de la Estrategia, lo que procede es definirla; pero tropezamos con

cierto embarazo personal, que, ingenuamente, confesaremos al confesaremos al lector, y es que...no sabemos. Esta humilde

confesión, si bien mortifica nuestro amor propio, abona, por otra parte, nuestra consecuencia.

Allá, en nuestra primera juventud, dedicamos profunda atención a la Estrategia, ilustrando todo lo posible los rudimentos que aprendimos en la Academia. Algo enconados ya con una ciencia, que nos ofrecía más vacío cuanto más creíamos profundizar, empezamos a dudar de ella; pero, modestos, aunque muy jóvenes, dudamos antes de nosotros mismos. Conferencias con hábiles y aguerridos generales, con célebres oficiales facultativos, cuya experiencia y compañía buscábamos siempre ansiosos y reverentes, nos persuadieron de lo vano de nuestro empeño de buscar cuerpo donde sólo hay fantasía, y ciencia en una ostentosa armazón de palabras. Nos hicimos, pues, ateos en Estrategia; tomamos luego parte en la corta campaña que un periódico militar (La Corona) de escasa publicidad, como casi todos, abrió contra los estratégicos (herederos de los de la guerra de la Independencia), y con intención y estilo volteriano, ya que no pudiéramos derribar el ídolo, blasfemábamos alegremente en artículo humorístico.

Amplíemos esta extraña confesión con otra que nos hará aparecer empedernidos y relapsos, En los años que desde entonces van transcurridos, hemos procurado saber "lo nuevo", por ver si nos reconciliábamos; pero, desgraciadamente para nuestro concepto militar, seguimos impenitentes, cada día más incrédulos en Estrategia, y, por lo tanto., incapaces de dar definición propia de una palabra que, en nuestro pobre concepto, está de sobra y nada realmente significa.

Esto sentado en descargo de nuestra conciencia, tiene el lector muchas definiciones en que escoger: largas, cortas, concisas, difusas, antiguas y modernas.

«Arte de formar los proyectos de guerra, de hacerlos encuadrar con los medios del Estado; de ejecutar los proyectos, las

marchas, los campamentos. El nombre de esta ciencia, derivado de Stratego, indica que abrazaba el Arte de la guerra (Jabro, 1777)

“La Estrategia es la ciencia de la guerra: bosqueja los planos, abraza y determina las empresas. Es, propiamente hablando, la ciencia del general en jefe.” (Archiduque Carlos.)

“Estrategia, ciencia de las operaciones; Táctica, pura ciencia de las posiciones, de las maniobras y del empleo de las diferentes armas.” (Heller.)

“El Arte militar propiamente dicho puede dividirse en Táctica y Estrategia. La Táctica comprende particularmente la forma del combate. Al contrario, la Estrategia abraza el uso de los combates y sus relaciones con el objeto de la guerra.

“La Teoría de la guerra se ocupa de la naturaleza, de los medios y del fin que se pretende conseguir. En Táctica, el objeto es la victoria, esto es, arrojar al enemigo del campo de batalla; los medios son las tropas. En Estrategia, el objeto es la paz o las circunstancias que más pronto la puedan producir la victoria, es decir, el éxito no es aquí más que el medio. En Estrategia como en Táctica entran igualmente por factores el lugar, el tiempo, la ocasión.” (Clausewitz.)

“No dejaremos de insistir en las definiciones de Estrategia y Táctica, por más que sea difícil darlas con exactitud, porque es de absoluto interés para la inteligencia del Arte de la guerra distinguir la una de la otra, y muchos militares las confunden y las interpretan.

“El plan general de una campaña pertenece a la Estrategia; el de una batalla pertenece a la Táctica; la primera es esencialmente especulativa; la segunda, práctica; aquélla, medita y decide; ésta, obedece y ejecuta; la Estrategia traza las líneas que se deben seguir y designa los puntos que se han de ocupar; la Táctica ordena; la una es el alma, la inteligencia; la otra es el

cuerpo, la forma visible y palpable; en el Arte bélico, como en todos, el artista ha de tener sentimiento y ejecución; y el sentimiento es aquí la Estrategia; la ejecución, la Táctica, etc...

“Se comprende la analogía que existe entre la Estrategia y la Táctica, entre el plan de campaña y el de batalla: hacer débiles los puntos estratégicos del teatro de la guerra y presentarse allí con más fuerza que el enemigo, Estrategia; hacer débiles los puntos tácticos de la línea de batalla y lanzarse en seguida sobre ellos, Táctica.

“Reuniendo ambas ideas en una sola frase, diremos: que todo el Arte militar consiste en presentarse en los puntos de interés con más fuerza que el enemigo, obligando a que éste distraiga la suya en puntos secundarios; así se comprende la victoria de pocos contra muchos, y así la ciencia equilibra al débil con el fuerte,” (Villamartín.)

* * *

Si de pueblo a pueblo, de época a época, la Estrategia puede diferir, la diferencia no está ni puede estar en las reglas mismas, sino en la diferente índole, constitución y objeto de las guerras; en el carácter de los mismos pueblos; en el impulso moral, o en el genio de sus capitanes. Atacar, conservándose; mantener la iniciativa y la libertad de movimiento; economizar medios, agentes, recursos; no comprometer todo a la vez; no operar sino con gran impulso y diligencia sobre puntos realmente decisivos, son máximas y preceptos de todas las edades y de todos los pueblos. Y tan vulgares son, tan obvios al instinto y a la comprensión común, que algunos hasta formulados están en esos refranes populares: “quien da primero da dos veces”; “dos contra uno...”; “a enemigo que huye, puente de plata”; “no poner toda la carne en el asador”, etc.

Un estudio militar atento de la Reconquista de España sobre los árabes nos hace descubrir todo lo que tuvieron de estratégico, de sistemático, de acompasado y oportuno, aquellas largas y dramáticas guerras, con sus teatros sucesivos en las cuencas

transversales; con sus pasos de cordilleras, como las Navas de Tolosa; con sus conquistas de objetivos, como Toledo y Sevilla, sabia y lentamente preparadas con intervalos de siglos, con esta

ESTRATEGIA **31**

tas y perseverantes combinaciones diplomáticas, sutiles unas veces, rudas otras, según prescribía la índole brava, pero tornadiza e inconsistente de las razas musulmanas. Sobre todo, en la Conquista de Granada, en aquel epílogo digno de aquella magnífica epopeya, que hasta en su duración de diez años se asemeja a las conquistas o guerras de Veies, de Tebas y de Troya, ¿puede darse plan más estratégico, ejecución más táctica, conjunto y pormenores más científicos?

Y en la edad de oro de nuestra -milicia española, ¡cuánta y cuán buena estrategia no pueden aprenderse en los hechos de Gonzalo de Córdoba, de Pedro Navarro, de Alba, de Farnesio, de Fuentes, de Spinola o del Cardenal Infante!

De todo lo dicho y del desenfado, quizá irreverente, con que descorremos el velo, también nosotros, de los misterios estratégicos, no se deduce, ni por asomo, que prediquemos un auto de fe rencoroso contra los tratados y tratadistas exclusivos y dogmatizadores de Estrategia. Creemos, con el juicioso Fallot, “que el único mérito de la Estrategia pura estriba en una nomenclatura fija para varios objetos que antes se expresaban por circunloquios, siempre que, al servirse de ella, no se le dé más valor, ni se pretenda transformar las abstracciones en reglas prácticas”.

Si el lector condesciende en acompañarnos hasta el punto en que nos queremos colocar, de seguro verá con nosotros el Arte de la guerra reducido, como todos, a la reunión de unos cuantos principios, comunes también a otros artes; principios sencillos como la verdad, y como ella eternos, que Dios revela de vez en cuando al hombre, como premio a los esfuerzos de la investigación humilde y perseverante; verá, a través de la historia, esos mismos principios, dispuestos casi siempre en variadas combinaciones, regir constante y coronar las célebres empresas llevadas a cabo por los elegidos de la victoria; los verá, despojándolos del pedantesco tecnicismo en que se ceba la irreflexiva medianía,

amoldarse con sorprendente docilidad a las sucesivas épocas y generaciones, revelándose, a su vez, indóciles contra el presun-

tuoso, que intenta trastornarlos, o el orgulloso, que afecta desconocerlos.

Nuestro empeño está muy lejos del de censurar el estudio, y por consiguiente, la crítica de los grandes ejemplos, ni la adopción de nuevas palabras, evidentemente necesarias para esclarecer y precisar el uno y la otra; lo que se combate es la intención, maligna o cándida, de levantar armazones científicas sobre la movediza arena de las palabras; y esto, no por vana afectación nuestra de magistral severidad, sino por el perjuicio real y palpable, que acarrea en todo el dispersar y extraviar la atención.

La manía de especializar nos corroe. El artillero, sólo ha de servir para “tirar cañonazos”; el ingeniero, para “hacer reductos”; el jinete, para “dar sablazos...”. Y luego, sobre este mosaico, a manera de cúpula y coronamiento, se quiere sobreponer un estrategista que, sin conocer un cañón, ni un reducto, ni un sable, lleve todo eso de golpe “sobre el punto decisivo...”; es decir, que mande un ejército. Esto es absurdo. Y, sin embargo, es verdad.

Para ser estratégico de gabinete, basta leer un libro; para ser táctico en el campo, es forzoso ser militar, buen militar.

* * *

Establecer con exactitud el sentido abstracto y trascendental de la moderna voz Estrategia, no tiene interés inmediato para el oficial particular. Cada autor fija a su capricho los variables linderos que separan modernamente la Estrategia de la Táctica, y las discusiones a que esto da ocasión suelen embrollar, más bien que esclarecer.

Lo positivo es que hoy se incluye en el significado de la palabra Estrategia todo aquello -llámese ciencia o arte- que concierne a extensos planes y proyectos; a la preparación del teatro de la guerra; a la determinación anticipada de puntos-llaves, objetivos

decisivos, esto es, de ocupación precisa, y donde el encuentro con el enemigo deba ser más favorable al éxito de la campaña; a la elección, por consiguiente, de bases, frentes y líneas de

ESTRATEGIA **33**

grandes operaciones; a la composición, número y dirección de los cuerpos o masas principales; a la creación y situación de almacenes, depósitos y fortalezas; a las grandes marchas, en fin, y a esos movimientos excéntricos, llamados puntas, diversiones, grandes destacamentos, incursiones y correrías.

Para todo esto, bien se comprende que han de jugar fuera de los conocimientos militares y puramente técnicos del Arte de la guerra otros varios y profundos sobre diplomacia, historia, geografía, política, administración, y que a todos ellos los ha de coronar una experiencia, un tino, un tacto exquisito sobre los hombres y las cosas.

La Estrategia, pues, siendo, como vulgarmente y con razón se dice, la ciencia del oficial general, y, en todo rigor, del General con mando en Jefe, no será inoportuno advertir al oficial particular, singularmente al joven y de inferior graduación, que no aplique esfuerzo prematuro al imposible y peligroso estudio de este elevado ramo de la ciencia, que podría conducirle a críticas irreflexivas o presuntuosas, llenando su cabeza de ideas abstractas y discutibles, sin provecho ni aplicación inmediata en la modesta esfera de sus deberes.

Los conocimientos estratégicos son hoy casi los mismos en los ejércitos europeos, y todo se limita, por consiguiente; a la aplicación, más o menos ingeniosa y afortunada por la personalidad del General en Jefe, de unos pocos principios sencillos e invariables.

En estos tiempos de subdivisión y clasificación suele añadirse a la Estrategia, por vía de complemento, la Logística, que, según Jomini, es “el arte práctico de mover los ejércitos; los pormenores materiales de las marchas y formaciones, y el establecimiento de los campamentos y acantonamientos sin atrincherar; en una palabra, la ejecución de las combinaciones de la estrategia y de la

táctica “sublime”. Esto, en la organización actual, incumbe especialmente al oficial del Cuerpo de Estado Mayor.

Sin entrar en discusión sobre los inconvenientes o ventajas de la tendencia a clasificar o aislar los diferentes ramos -

34

JOSÉ ALMIRANTE TORROELLA

íntimamente enlazados- del Arte de la guerra; sin examinar hasta qué punto podrá .ser admisible en la parte científica de la milicia el principio de la división del trabajo, tan fecundo en la industria, es un hecho que la moderna Estrategia ha contribuido a fijar la nomenclatura de varios objetos, que antes requerían circunloquios. Tanto por esta razón, como porque entre la Estrategia y la Táctica reglamentaria existe una Táctica superior, a la cual aquella nomenclatura es también aplicable, conviene, si, saber claramente las principales definiciones estratégicas y tácticas que tienen la sanción definitiva del uso común y que son indispensables para el servicio, para la lectura y hasta para la conversación vulgar.

(Diccionario Militar y Guía del Oficial en Campaña.)

VI

TACTICA

Para Federico II y Guibert, en el último tercio del siglo pasado, *Táctica* era el Arte de la guerra en todo su conjunto y extensión; desde principios del presente, la invención o adopción de la Estrategia fue restringiendo el significado, de modo que hoy la Táctica viene a quedar subordinada a la Estrategia, puesto que ejecuta lo que ésta proyecta o dispone.

Está admitida la división de la Táctica en dos partes: una, elemental, particular, ilimitada, pequeña y siempre reglamentaria; otra, compleja, ilimitada, general, grande, superior o sublime, aunque este último adjetivo parece algo hiperbólico.

En España, por fortuna, la táctica *elemental* de cada arma, la que cabe en reglamento, ha llegado a tal punto de novedad, sencillez y perfección, que los extranjeros la reconocen por la mejor de Europa. Nada, pues, hay que hacer, más que saberla y ejercitarla.

La *táctica superior* o *general*, teniendo por esencia y fundamento las múltiples combinaciones de las tres armas y entrando en ellas, además, otro complicado factor, que es el terreno, no puede ya ser encerrada en reglamento, y su amplia y discutible doctrina rebosa en voluminosos tratados.

Da incompleta idea definirla como parte exclusivo de manejar las tropas en el campo de batalla, o (según la frase consagrada) “a la vista del enemigo, y al alcance de su cañón”. No tiene por objeto único y limitado ((combatir bien sobre un terreno dado”; “ni combinar sólo en el acto del combate, la acción y efecto de las armas”; ni atender “al simple mecanismo de las formaciones o

ejercicios de las tropas”, como generalmente se dice. La táctica general se desenvuelve en más ancha esfera, que incluyo al pequeño destacamento, a la brigada, a la división y al ejército entero.

Positivamente, la Táctica gira sobre puntos indicados por la Estrategia, como favorables al éxito de una campaña; pero ella tiene, a su vez, elección y libertad para determinar el más conveniente al buen éxito de la batalla. Y como ésta, en la región de la teoría, no debe ser de encuentro casual o choque ciego, sino empeñada a consecuencia y en virtud de marchas y maniobras, viene a resultar, en conclusión, que la Táctica superior es una Estrategia en pequeña escala; que la Táctica resuelve en espacios reducidos los mismos o análogos problemas que la Estrategia en otros más dilatados. Y esto es lo cierto.

La Táctica, en toda su generalidad, es el arte de ordenar, disponer, mover y combinar prácticamente las tropas; ella enseña a formar, conducir y poner en juego todos los agentes y elementos de ejecución; a repartir y arreglar las unidades de fuerza; es el arte de los órdenes y de las maniobras aplicadas y concordantes; ella da conjunto, movilidad y precisión a cuerpos diferentes y heterogéneos; ella imprime a un ejército verdadera actividad y aptitud guerrera; busca, y encuentra, y vence, y persigue al enemigo, o bien le burla y esquiva, si conviene; tiene mucho menos de conjetural y mucho más de positivo que la Estrategia; es el alma de las operaciones secundarias; es el arte de las posiciones, de los caminos, de las marchas maniobreras y difíciles.

La Táctica reconoce y valúa el terreno; lo utiliza, prepara y modifica imponiendo sus condiciones a la fortificación; previene y se anticipa al enemigo en sus disposiciones de combate; obra sin confusión, manteniendo el orden en medio de un aparente laberinto de hombres, caballos y máquinas; tantea y desconcierta al enemigo, y le obliga a descubrir su intento, ocultando el suyo propio; suple la inferioridad numérica, busca sagaz el punto-llave de la posición y el débil o vulnerable del enemigo; sobre él, como la Estrategia, acumula fuerzas y esfuerzos reiterados de valor y

de talento; acude a las reservas y si, al fin, rompe con la victoria el equilibrio y corta el nudo de la batalla, ¡ay del vencido!, disperso, desbaratado, sin un punto de respiro a la tenaz persecución.

Si la fortuna no premia el valor, todavía es la Táctica la que disputa al vencedor, engreído y ciego con su triunfo, algún resto de gloria en hábil y sangrienta retirada.

En resumen, la Táctica superior, en su mayor latitud, comprende: elección y aprovechamiento de posiciones, puestos, campos atrincherados, órdenes y líneas de batalla; grandes maniobras; disposiciones preliminares para el combate; combates, encuentros, choques imprevistos; ataque y defensa de puestos; acciones parciales de vanguardia y retaguardia; ardidés, estratagemas, sorpresas, golpes de mano; en fin, cuantas operaciones secundarias se encargan a un pequeño cuerpo o destacamento aislado.

Es, pues, manifiesta la íntima y provechosa conexión entre la Estrategia y la Táctica. En toda gran combinación, el principio y el fin pertenecen a la primera; pero los medios son de la segunda; y, como dice Willisen, ¿qué son el principio y el fin sin los medios? Nada. ¿Y los medios sin principio ni fin? Nada también. Nunca pueden marchar desunidas o desacordes la Táctica y la Estrategia.

En tiempo de paz, en que esta última está ociosa, la Táctica, en continuo y laborioso ejercicio, preside a la organización, adiestra al hombre y al caballo, finge y estudia la guerra en cuanto es dable, y se corrige y perfecciona por todos los medios que la puedan hacer sencilla, precisa, flexible y adecuada al carácter nacional.

Queda, por consiguiente, demostrado que el estudio de la Táctica, no sólo ha de ser continuo y perseverante, sino más progresivo y profundo a medida que el Oficial sube en graduación.

A primera vista parece que no presenta materia de grave estudio este ramo del Arte de la guerra, cuyos principios, de puro sencii-

llos, dan en triviales; y, sin embargo, Rocquancourt advierte juiciosamente “que la mayor parte de los grandes capitanes no han debido su celebridad más que al empleo de un corto número de combinaciones, por largo tiempo ignoradas de sus adversarios,

y cuya invención nos parece hoy de la más trivial sencillez”.

No hay cosa más llana, al parecer, que la instrucción de batallón y su táctica rudimental; pues nada hay -diariamente lo vemos- que más se preste a ideas sistemáticas y extravagantes, que en todas partes atajan los gobiernos por medio de formales reglamentos. Esto, en lo más elemental. Pues dígase hoy, en 1867, con el nuevo armamento de la infantería, cómo ha de arreglarse la artillería, y, con ambas armas perfeccionadas, qué nuevo papel táctico le corresponde a la caballería.

Dicen que Napoleón dijo en Santa Elena: “es menester mudar de Táctica cada diez años”, sin duda comprendiendo que le tenía allí el no haberlo hecho. También dice Jomini que “la Táctica es la parte de la guerra quizá imposible de sujetar a reglas fijas”. Diego de Salazar, en su inimitable tratado *De re militari* en 1536, ya decía: “Las cosas nuevas y repentinas espantan los ejércitos”. Vejecio, en fin, hace más de trece siglos, sentaba entre sus máximas: “Maniobras siempre nuevas hacen temible a un General; la conducta uniforme le vuelve despreciable”. Y, en efecto, en la Táctica general se debe desechar toda rutina, toda costumbre tradicional y extraña a sus constantes móviles y conocidos fundamentos: las armas y el terreno.

Todo el siglo XVIII se ha pasado en sabias y estériles discusiones tácticas, sin acertar a desembarazarse de los resabios del anterior, ni de aquella singular preocupación de la derecha en cabeza y de las conversiones en batalla “como el minuterero de un reloj”. El coronel austriaco que, ingeniándose como un artífice chino, logró escribir con su tropa en el campo de instrucción la cifra de “María Teresa”, y el otro coronel francés que, envidioso de esta gloria, escribió a su vez “Viva el Rey”, dan la medida de cómo se había llegado a comprender la Táctica. Los Generales y

Brigadieres, alternando en el servicio como Jefes de día las veinticuatro horas y más, a veces, indispensables para desplegar un ejército en dos líneas, invariables, sujetas al suelo como con clavos; las célebres marchas en procesión y otra multitud de ridículas

TÁCTICA **39**

leces muestran cómo se entendían antes, no sólo la Táctica, sino la organización y la guerra.

Es menester desprenderse en el estudio y aplicación de la Táctica hasta de los antecedentes históricos, por más que los abone el éxito o la gloria, y discutirlos siempre a la luz de la sana crítica. El inmortal prisionero de Santa Elena antes citado, comedió en Waterloo, con sus disformes y espesas columnas, el mismo desacierto que en Marengo. Su discípulo Marmont, algo irreverente, le acusa de ser tan rutinario y amanerado en Táctica, como audaz y feliz innovador en Estrategia. En el intervalo de medio siglo, nuestros terribles tercios de Flandes sufrieron por idéntico motivo, por su clásica y bien puede añadirse gloriosa inmovilidad, los desastres de Rocroi, Lens y Fleurus.

Parece increíble, pero se necesitan siglos para instituir y perfeccionar una táctica. Desde 1515, el cañón francés, triturando, literalmente, la densa falange suiza en Marignano, advirtió que había concluido el orden compacto, cerrado o profundo; y todavía hoy, aunque aceptada, no es unánime esta doctrina. La formación inicial o normal en ocho filas tarda en irse adelgazando los dos siglos XVI y XVII; a principios del XVIII queda reducida a tres; pero se estanca allí, y necesitan siglo y medio todos los ejércitos europeos, incluso el francés veleidoso para persuadirse de que basta con dos: cosa que el inglés y el español sabían desde la guerra de la independencia.

Y es, si bien se mira, porque la Táctica envuelve una aparente contradicción. Mientras exige en su parte superior esta perpetua y flexible variabilidad, requiere, por otra que sus formas y resortes elementales se conserven fijos y reglamentados con una voluntad de hierro; los detalles se han de convertir en hábitos, hacerse puramente mecánicos para la tropa y clases inferiores poseyéndolos, meditándolos, cultivándolos los oficiales desde su

primera juventud. Sobre esta base indispensable hay que contar, para manejar la Táctica superior, con la victoriosa novedad y soltura con que, en sus respectivos tiempos, lo hicieron Gonzalo de Córdova, el Duque de Alba, Alejandro Farnesio. Gustavo

Adolfo y Federico II.

Las advertencias que ilustran la parte prescriptiva de los reglamentos vigentes bastan para guiar y esclarecer el criterio del oficial.

Pero, después de bien estudiados, comprendidos y ejercitados los preceptos reglamentarios, el jefe y el oficial no deben perder de vista que la Táctica es arte, y arte, no cómo los otros de ejecución tranquila en el taller, con dóciles e inertes elementos, como los colores o el mármol; sino de práctica difícil y azarosa; de inspiración momentánea, de trascendental consecuencia al frente de millares de hombres, que si arrostran el peligro, no es porque lo desconozcan, sino porque, además del deber, tienen la confianza de que se lo hará más pasajero la habilidad de quien a él los conduce.

En materia de reglas, nadie disputará la autoridad al que con tanta gloria supo estatuir las y aplicarlas, en tiempos que todavía podemos llamar nuestros. Pues, oigámosle en las dos máximas siguientes:

“Todas las cuestiones de Gran Táctica son problemas físico matemáticos indeterminados, que tienen varias soluciones y no pueden ser resueltos por las fórmulas de Geometría elemental. ¿Se aprende en la Gramática a componer un canto de la Ilíada o una tragedia de Corneille?...”

“La teoría no es la práctica de la guerra. Las reglas son buenas para dar ideas generales, que forman el espíritu, pero siempre es peligrosa su estricta ejecución. Son los ejes que deben servir para trazar la curva. Por lo demás, las reglas obligan a raciocinar, para saber si debe uno separarse de ellas.” (Napoleón I.)

(Guía del Oficial en Campaña)

VII

LA FORTIFICACION

Suele definirse y entenderse la fortificación “en general” de una manera tan incompleta o inexacta, que las ideas se tuercen y resabian, contribuyendo quizá a mantener esa especie de indiferencia o repulsión de algunos militares a esta importante ramo del Arte de la guerra. Para desvanecerla en lo posible, para rectificar y esclarecer algunas opiniones erróneas que cunden en las filas y fuera de ellas, no es inoportuno exponer ciertas consideraciones generales.

Ordinariamente se dice que la fortificación tiene solamente por objeto: “cubrir y flanquear”; o bien “ver sin ser visto, y herir sin ser herido”; o, en fin, “defender a pocos de muchos”. Todo esto es limitado, exiguo. Por fortificación -en toda su latitud- debe entenderse: “la mejora, preparación o modificación del terreno para la guerra, que produzca, no sólo embarazo, entorpecimiento, retardo y aniquilamiento en la fuerza enemiga, sino ventaja, holgura y acrecentamiento en la propia.”

Admitida, con toda su abstracta vaguedad, esta definición amplia y fecunda, se ve que la fortificación juega lo mismo hombre contra hombre, que ejército contra ejército, que nación contra nación. El círculo del significado técnico debe comprender, desde la cortadura que hacen en minutos unos cuantos gastadores en vados, puentes o desfiladeros, hasta los profundos fosos y robustas murallas de las grandes plazas de guerra, en que se invierten siglos, talentos y tesoros.

Y si el terreno constituye la base o, por decirlo así, la materia primera, ¿qué es la fortificación sino la ciencia de las posiciones, base también y principio del arte de la táctica?

Efectivamente: la fortificación y la táctica se enlazan sin confundirse; se engranan sin entorpecerse; se completan mutuamente; marchan, crecen, juegan con el mismo fin, en el mismo teatro, con reglas casi idénticas, por lo análogas.

La fortificación mal definida, la fortificación teórica de tiempos pasados queriendo vivir por si sola como ciencia abstracta, sin dependencia ni conexión con la táctica, ni con la topografía, ni con la guerra, ni con la política; esa fortificación enseñada por algunos libros extravagantes, que no presupone terrenos que la sustenten, soldados que la defiendan, ni ejércitos con quien combinarse, era, como idea, inconcebible, absurda.

Posición en la guerra, ¿es otra cosa que el terreno tácticamente escogido para aumentar el efecto de las armas o el valor de los hombres, para dar mayor vigor, incremento y energía a lo que llamamos abstractamente fuerza? Mientras que esta posición natural, es decir, este terreno, la mano del hombre no lo modifique, terreno se queda, más o menos utilizable, según lo hizo la naturaleza; pero, en cuanto suceda lo contrario, sea con sujeción a reglas, a instinto o a lo que se quiera, la posición, el nuevo terreno artificial se convierte de hecho en fortificación.

La posición, modificada o no por la mano inteligente del soldado, prescribe, para ser tal defensa, la presencia y acción del hombre sobre ella, porque, si no, será simplemente obstáculo. Un puente o un vado, que se corta y se abandona, retardará y embarrará por si solo el movimiento agresivo de una tropa; pero es forzoso que este entorpecimiento entre y juegue en la esfera táctica del combate y de las armas para que pueda considerarse como fortificación.

La idea, pues, de ataque y defensa, de combate o, en una palabra, de maniobra, es siempre implícita, correlativa, inseparable de fortificación. Es indudable que en ella el obstáculo, la difi-

cultad de acceso, impone atención preferente; pero de ningún modo única y exclusiva: favorecer, acrecentar, multiplicar el efecto de las armas, mientras el enemigo vence la dificultad de acce-

FORTIFICACION

43

so, es su fin más importante, fecundo y decisivo. Tal podrá ser esta dificultad, tal el artificio y poder defensivo de la fortificación, que el enemigo fallezca y sucumba en su empresa, desde luego; o que, a consecuencia de graves pérdidas sufridas, no sólo se restablezca el equilibrio numérico y material, sino que se incline del lado del fortificador. Este, entonces, saldrá de, su fortificación; la abandonará como un escudo, como un arma, que ya no le es necesaria, así como cesa el fuego cuando quiere combatir al arma blanca, y proseguirá en otro terreno su movimiento y su victoria.

Un ejemplo todavía para mayor claridad. Pancorbo, Despeñaperros, tal como están hoy, son posiciones: una simple cortadura, la cabeza de un puente, la voladura de un arco, unos reducidos, la modificación, en fin, por la mano y la voluntad militar, los convierte, en el acto, en verdaderas fortificaciones, es decir, en terrenos, en posiciones fortificadas; poro sería un error llamar ni tener por fortificación esos obstáculos, amparos o entorpecimientos, si no hubiese precedido a su artificiosa disposición y construcción la idea capital de una defensa más o menos inmediata y activa. De lo contrario, el embarazo, el obstáculo, nunca puede entrar en el concepto de fortificación, sino en el de otros medios de hacer daño, en que la guerra abunda, como cortar un convoy, interceptar un correo, quemar forrajes o talar territorios. Los rusos en 1812, modificando el terreno en Moscú y aniquilando a Napoleón 1, no fortificaban seguramente.

La fortificación, o sea, la posición militar modificada y mejorada, no tiene razón de ser sin tropas que la guarnezcan, cubran, maniobren y defiendan; la fortificación no puede existir sin la táctica. Y en efecto, no existe. Toda tentativa de alejamiento y divorcio entre la fortificación y la táctica sólo puede conducir a lamentables extravíos, que el raciocinio advierte, que la historia

comprueba; pero que, desgraciadamente, no corrigen ni escarmentan.

* * *

Establecido que la fortificación, si no hija, es hermana menor de la táctica, en cuanto modifica y mejora el terreno que ésta conquista o defiende, es consecuencia lógica que ni el ingeniero puede ignorar los fundamentos variables de la táctica, ni el oficial de fila dejar de saber algunos rudimentos de fortificación.

Hay más. De los tres elementos constitutivos de la guerra, que son los hombres, las armas con que se batan y el terreno sobre que maniobran, los dos últimos, como materiales, son susceptibles de arte; pero, adviértase bien, que en el momento en que el terreno sale de manos de la naturaleza o del hombre civil para entrar en las del hombre de guerra, y éste, con sus obras de fortificación, aumenta y multiplica su valor y condiciones tácticas, esto es, ofensivas y defensivas, el tal terreno podrá hacer veces de arma, ofrecerá un arma nueva.

No cabe duda que una tala, un foso, un muro, que detiene largo tiempo al enemigo bajo el fuego mortífero de un batallón, es, en rigor, el fuego mismo de ese batallón multiplicado por dos, por cuatro, por diez; por un coeficiente o multiplicador variable, que son los minutos o el tiempo en que obra, a mansalva, sobre el enemigo a quien detiene. Pudiera decirse que dispone de un arma nueva, o más perfecta o más mortífera, o, en fin, que “acrecienta y multiplica el valer y efecto de las suyas ordinarias”.

He aquí, pues, cómo la fortificación tiene o puede tener su más vasto, importante y esencial significado de arma. El de arte sólo conviene a la reunión de reglas dictadas por la observación y el raciocinio, y, a veces, desgraciadamente también, por la preocupación, la rutina y hasta por el capricho.

Al oficial de fila se le recomienda que, para estudiar con provecho el arma en que sirve, conozca ciertas propiedades generales y tácticas de las otras dos; y, por lo dicho aquí, debe entenderse de las otras tres. Positivamente: dejando al ingeniero que

cultive con ayuda de otras ciencias su estudio especial y profundo de la fortificación como arte, el oficial de las armas generales no puede prescindir de tocarlo como arma, que debe conocer y saber usar. Porque, si la fortificación es arma, necesita quien la

LA FORTIFICACIÓN **45**

manaje. La fortificación sin defensa bien se ve que es incomprendible: sería el cañón, sin artillero que le sirva; la lanza, sin jinete que la enristre.

Si la fortificación -esto es, el terreno preparado con arte- requiere para convertirse en elemento activo de guerra la intervención del hombre armado, es decir, de las otras armas, irremisiblemente tiene que sufrir entre sus condiciones técnicas y estratégicas las que le imponga la táctica, árbitra y reguladora de los movimientos de los hombres, de la elección y juegos de sus armas, de la elección y aprovechamiento del terreno más favorable a ellos y a ellas.

La fortificación -hay que confesarlo- sufre hoy las oscilaciones o incertidumbres de otros varios ramos del Arte de la guerra. El exagerado empeño que antes se ponía en construir, hoy se pone en demoler. Desde las guerras napoleónicas, que se ha dado en llamar nuevas, por oposición a las viejas o anteriores, de sitios y puestos, empezó a cundir, entre los que todo lo acogen sin examen, un cisma peligroso. Algunos profetas, derribando los viejos ídolos, quieren hacer ver en lo que antes era escudo, ahora techumbre que aplasta; en lo que antaño, y siempre, robustecía y amparaba, hoy lo que enerva y embaraza; en los muros torreados, que sirvieron de cuna a algunos pueblos (como España), de reparo a muchos y de salvación a todos, quieren hacer ver, repetimos, a los ejércitos, tumbas entreabiertas que los han de tragar sin esperanza ni gloria.

Pero la exageración trae la exageración. A la teoría absurda, sanguinaria y casi siempre infecunda del ataque sin conservación, corresponde, para el debido equilibrio, la de la defensa pasiva, absoluta, solamente conservadora, sin destrucción, sin iniciativa, sin provecho, sin gloria. Quien al atacar no se conserva, no puede comprender lo que es realmente conservarse, esto es,

defenderse atacando y destruyendo; el que fía sólo el éxito victorioso del ataque en la acumulación y abundancia de medios destructores, que le permita malgastarlos o perderlos estérilmente y sin remordimiento, mal se puede avenir a empeñar la partida con

notable inferioridad y cuando no le es lícito el despilfarro en hombres ni en cosas.

El que crea de buena fe que es acertado lanzar al son del cañalacuerda veinte mil hombres contra un muro intacto, para que diez mil queden cubriendo el glacis y los otros diez mil (si logran subir) acuchillen a los cuatro mil que haya dentro, es difícil que en el caso de mandar él a estos cuatro mil de dentro, pueda encontrar en su cabeza, o en su corazón, recursos bastantes para cubrirlos y conservarlos. Todas las ideas se eslabonan y se compensan; estas dos, tan contradictorias en la forma, tienen en el fondo un principio común de absurda negación: el desconocer la importancia, la influencia, por desconocer la definición verdadera, de la fortificación.

Lo singular es que, de los modernos adelantos de la táctica y de la guerra, y de la flexibilidad con que a ellos debe plegarse la fortificación, no sale, sí se raciocina con criterio, ni el desmantelamiento atolondrado, que algunos proponen contra la permanente, ni la proscripción, que otros decretan, contra la pasajera.

Cabalmente, abriendo las máximas de Napoleón 1, del que gratuitamente se supone “aborrecedor de la fortificación” en su calidad de gran estratégico y batallador, se leen las siguientes:

“Las plazas fuertes son tan útiles para la guerra ofensiva como para la defensiva. Es indudable que ellas por sí solas no pueden detener a un ejército; pero dan excelente medio de retardar, entorpecer, debilitar y molestar al enemigo vencedor.”

“Las fortificaciones de campaña son siempre útiles, nunca perjudiciales, si están bien entendidas.”

Es, en efecto, una vulgaridad insostenible, una verdadera blasfemia, que la fortificación bien entendida y oportunamente aplicada, embarace, acobarde, ni enerve las tropas. Para suprimir la fortificación en las guerras venideras, hay que suprimir lógica-

mente el terreno, las posiciones y hasta los lugares habitados, que ella cubre, mejora y defiende. Esas guerras tendrán lugar, sin duda, en la monótona llanura del desierto; y el Arte de la guerra tendrá por progreso retroceder al estado en que lo conservan los

LA FORTIFICACIÓN **47**

beduinos, heredado de aquellas innumerables hordas asiáticas, que chocaban sin más concierto que las olas encrespadas del océano.

* * *

Si se acepta como exacto lo que expuesto queda acerca de la fortificación, considerada como arma; si se reconoce su coexistencia, paralela o subordinada (poco importa), con la táctica, y su influencia eterna, visible sobre la guerra, fácil es discurrir con acierto y buscar estudio provechoso en la *fortificación como arte*.

Arte –según Balmes y según todos- es “el conjunto de reglas para hacer bien una cosa”. Si el oficial ha de cultivar con fe y esmero el Arte de la guerra y en él entra, como parte integrante e indefectible, el de la fortificación, no es voluntario, sino forzoso que lo comprenda y use en aquella proporción sencilla y racional que le compete y que para nada se reza con las matemáticas, ni la arquitectura.

Y no hay que desmayar por la inundación, realmente aterradora, de opiniones, libros y sistemas; el Arte de la guerra por entero, táctica, administración, artillería, organización, todo sufre los embates de la impaciencia y de la ignorancia, las oleadas de la discusión, el mareo de la incertidumbre. Hoy casi prescribe la fortificación como arte y como arma inteligente, en nombre de ese principio que adora y preconiza el empuje ciego, el armamento general, la multitud numérica, la masa, la fuerza... ¡Singular manera de aumentar fuerza: desprenderse de lo que la da!

Es probable, sin embargo, que seguirá en lo porvenir siendo cierto y provechoso lo que lo ha sido, desde las famosas líneas de contravalación de Escipión ante Numancia, hasta los atrincheramientos de nuestras últimas guerras, El mover la tierra, esa excelente y práctica fortificación que se llama *pasajera, del momento, de campaña*; que el ingeniero, a veces, traza, pero que la

infantería construye, ataca y defiende, formará, en todas épocas, un ramo preferente de la educación militar y ofrecerá en campaña recursos inagotables al talento y al valor.

Repetimos -por temor de que se interpreten mal nuestras palabras- que el oficial de las armas generales ni puede, ni debe convertirse en ingeniero; y tan lejos estamos de pretender abrumarle con pesados infolios, que recomendaríamos, si tuviéramos autoridad, la expulsión de las bibliotecas de cierta fortificación puramente teórica, que vive, o quiere vivir, por sí sola, sin dependencia ni conexión con la estrategia, ni con la táctica, ni con la topografía, ni con la guerra, ni con la política; fortificación cultivada antiguamente por hombres del estado civil y hasta del eclesiástico, que no presupone terrenos que la sustenten, ni soldados que la defiendan, ni ejércitos y pueblos con quien combinarse.

La fortificación, singularmente la de campaña, no es impracticable por costosa; no implica ideas absolutas de defensa y conservación, ni acude siempre en auxilio de la inferioridad numérica o moral; ni tampoco corrige la flojedad o la cobardía. Las malas tropas, tan malas o peores son detrás de parapetos que en campo raso. En la guerra nada hay absoluto: ni la destrucción, ni la conservación. El que ataca procura “conservarse y cubrirse”; el que se defiende “se conserva ofendiendo”. Estas dos ideas gemelas de ataque y defensa son, como se ha dicho, inseparables, correlativas, solidarias, y a entre ambas responde simultáneamente la fortificación bien entendida.

Del empeño de divorciar el ataque y la defensa, de definirlos, de aislarlos, de consagrar a cada uno hasta una ciencia especial; de la obstinación con que muchos pretenden despegar y hacer dos una sola idea, un solo sentimiento, un solo instinto, peculiar tanto al hombre suelto como a un ejército junto, como a la masa entera de la humanidad; de la tenacidad de presentar como simple, rompiendo en pedazos, lo que es complejo y compuesto e indivisible; de la descabellada tentativa de dar remedio absoluto a lo que no lo tiene; de todo esto junto es de donde emanan graves

errores en fortificación, que no son otra cosa sino corolarios o consecuencias de los que bastardean el Arte de la guerra. Con separar como antípodas el ataque de la defensa, la acción ofensiva de la defensiva, se ha llegado insensiblemente, por una

LA FORTIFICACIÓN **49**

pendiente de falsos raciocinios, a dar a la ofensiva, como único atributo, la destrucción, y a la defensiva, como atributo también único, exclusivo y concreto, la conservación. Aunque así no se confiese, el hecho no es menos cierto. Los resultados se tocan, por desgracia; pasan las ideas de los libros a los campos, y en ellos no es tinta, sino sangre generosa, lo que se pierde.

Esa teoría funesta de “ataque absoluto”, sin atención alguna a la propia conservación -porque eso es defensa-, es la que condujo en otros tiempos a Carlos V contra Metz, y, en los nuestros, a Saint-Arnaud contra Sebastopol.

En una profesión como la nuestra, en que el primer voto es el desprecio constante de los riesgos, la bravura personal, y aún su apariencia sola, cubrirán siempre con espléndido manto de gloria muchos arranques punibles de impericia, imprudencia o despecho. Lamentable sería que esta calurosa recomendación del arte y del uso de la fortificación quedase tan estéril en resultados como las pragmáticas sobre el duelo; pero es un deber -hoy más que nunca- llamar la atención del oficial hacia un ramo importante y descuidado del Arte de la guerra, sobre el cual las anteriores brevísimas indicaciones sirven meramente como de índice no completo para despertar, ya que no afición, curiosidad, y que ésta impulse a buscar, en los tratados especiales, más extensa y provechosa instrucción.

(Guía del Oficial en Campaña y Diccionario Militar.)

VIII

OFENSIVA Y DEFENSIVA

La *ofensiva* se usa como adjetivo y sustantivo. Como adjetivo, califica la guerra, la campaña, la acción. Pero, tomada de sustantivo, ya expresa con más generalidad iniciativa de movimiento, idea de agresión, de ataque; por eso se dice "tomar la ofensiva", que es buscar al adversario para batirle, bien sea por creerse uno mismo más fuerte en número, en saber, en valor; bien por querer aprovechar una ocasión favorable.

"Se dice que la guerra es ofensiva cuando, estando bien asegurada la propia conservación, se maniobra con el objeto de destruir al enemigo; y defensiva cuando, estando en peligro la propia conservación, se maniobra con el objeto de sostenerla, compensando las fuerzas hasta poder tomar la ofensiva" (Villamartín. *Noc. del Arte mil.*, página 37.) .

Estar a la defensiva se dice cuando se evita la presencia del enemigo, por creerse más débil o por querer sacar mayores ventajas, esperándole sobre un teatro o terreno estudiado y preparado de antemano.

La *defensiva*, en general, tiene por objeto ganar tiempo, allegar recursos y refuerzos; hacer, como vulgarmente se dice, la bola de nieve; aprovechar coyunturas, evitando golpes contundentes y decisivos; concentrando sus fuerzas para acudir por los radios. La buena defensiva rechaza el sistema desparramado o de cordón; al contrario, procura que el agresor se extienda y di-

semine, porque entonces el defensor, concentrado, es realmente superior.

En la defensiva juegan con provecho la fortificación natural y artificial: las montañas, las posiciones, las plazas, los atrincheros. Se acude a los ardides y estratagemas, y, sobre todo, a

las maniobras calculadas para distraer, turbar y fatigar al enemigo. Pero, bien entendido, que estas maniobras defensivas, por complicadas o cautelosas, por grandes o pequeñas que sean, siempre han de tener un objeto, por decirlo así, ofensivo, al cual se va con resolución; pues, si bien se mira, más que de la táctica, depende quizá el éxito de la habilidad del que manda y del valor y resistencia de los que obedecen.

En la guerra, desde las grandes operaciones hasta los más pequeños combates, se procura a toda costa tener iniciativa, o, lo que en el fondo es igual, tomar la ofensiva. Esto exalta el valor propio y desorienta, desconcierta, derrota, moral y anticipadamente, al enemigo. Ir en busca suya en vez de aguardarle; invadir su terreno; anticiparse a ocupar sus posiciones; estorbar su concentración; cortar sus comunicaciones; batirle sus destacamentos; cercenarle sus vituallas; establecer, en fin, una superioridad científica y moral probada con hechos, indudablemente es ventajoso y recomendable. Pero bien se ve cuán difícil será lograrlo sin superioridad numérica o, por lo menos, sin esa otra superioridad que da la calidad o el entusiasmo de las tropas, la clase de terreno, el talento del jefe.

Es evidente, repetimos, que toda ofensiva impone y desconcierta al enemigo; sin embargo, tan temeraria y descabellada puede ser que, a veces, le convendrá dejar que se hagan “profundas” o extensas las líneas estratégicas de operaciones o de invasión, como a los rusos en 1812 contra Napoleón 1. Sin estas grandes excepciones, la ofensiva razonable, la iniciativa rápida y audaz es siempre recomendable y posible en estrategia: El que espera tiene que estar prevenido por todos los lados, y esta situación indecisa le debilita o le aturde, porque ignora donde va a recibir el golpe.

Esta condición, cabalmente, hace que la ofensiva no sea tan provechosa en táctica, ni tan recomendable siempre en el combate; pues, descubierto al instante el movimiento ofensivo, pronto y fácil es el remedio, sabiendo maniobrar y siendo cauto en la prevención y uso de las reservas.

OFENSIVA Y DEFENSIVA

53

Conviene, por lo tanto, distinguir el sistema ofensivo, como medio, y como fin u objeto; como accidente, y como fondo, carácter o esencia de la guerra. A veces, efectivamente, una campaña es ofensiva en medio una guerra defensiva, sin que por ello cambie la índole, el carácter general de esta guerra. Así también hay momentos y periodos puramente de defensa en una guerra, cuya índole, por eso, no deja de ser ofensiva.

Contra algunos libros de Arte Militar, que andan en manos de todos, conviene insistir en esto de la defensa y defensiva, para advertir lo que hay de falso y peligroso en deslumbrar, en cebar, si puede decirse, a la juventud con esas ofensivas; con esas "puntas" locas y arrebatadas en estrategia; con esas cargas y ataques descabellados en táctica, que la fortuna veleidosa corona alguna vez, pero muchas castiga severamente.

Lo primero que se exige al tirador de esgrima en la sala de armas, la primera idea, innata en el hombre, de conservación propia, ¿se ha de olvidar cabalmente donde más se necesita, en la guerra? ¿Qué fundamento tiene -y más entre españoles- ese aforismo de que "el que se defiende está ya vencido a medias?"

¿Es bochornoso, acaso, defenderse, por ser inferior en números, en recursos? Creemos que pueden aceptarse sin rubor defensivas que producen resultados como los del Garellano, Pavía, Mühlberg, Gemminghem y Bailén.

La defensiva con Roldados españoles nada tiene de enervante y ocasionado, siempre que se les diga claramente que a la defensiva están. El atrevido resorte del célebre caudillo carlista en 1834, al enseñar adrede a sus bisoños batallones el imponente desfile de las columnas cristianas, prueba, como un hecho, que no es petulancia sostener que la defensiva es propia y característica de España. Porque en esta tierra, no es la defensiva absoluta, ami-

lanada, pasiva, cubridora, infecunda; es el cálculo sesudo del ánimo sereno, que juzga por entonces imposible y descabellado el ataque, pero que, juzgando al mismo imposible la derrota total, no perdida nunca la causa que defiende, huye, cede, evita; mas,

como el antiguo Partho, disparando al huir su temida flecha; como el peón de la edad media contra el caballero, buscando con la punta del chuzo el falso de la armadura; teniendo, en fin, la vista fija constantemente sobre el enemigo superior, para aprovechar su ignorancia, su desvanecimiento o su fatiga.

Para atacar se necesita valor, no hay duda; para resistir se necesita algo más que valor, se necesita fortaleza.

Inculcaremos de paso lo desventajoso del sistema de abultar las glorias y callar los reveses; de engrandecer la ofensiva y achicar la defensiva; de hacer la apoteosis de la fuerza brutal, que abrumba y arrolla más que vence, y no enaltecer la fe, la constancia, el patriotismo, siquiera no los premie la fortuna; la confianza propia; el destello de dignidad varonil y de legítimo orgullo, que impulsa a aceptar un duelo con más probabilidades de morir que de vencer.

Pero, dejando la parte moral, para dar militarmente a nuestro voto todo su peso, no leamos siempre en catecismo extraño; estudiémonos antes a nosotros mismos; veamos bien el papel importante, y malamente desdeñado, que el terreno y la fortificación hacen en la guerra, singularmente cuando ésta es nacional; amplíemos con perseverante prudencia y previsión nuestros recursos; ensanchemos sin miedo la educación militar, y entonces veremos, con mucha más claridad que en la guerra de la Independencia, que, en resumen, defensiva se reduce a lo contrario de ofensiva; que una, y otra son "accidentes", muchas veces alternativos, y de ningún modo estados constitutivos, inalterables. Que el considerarlas aisladas, desunidas, independientes, desquicia el arte; confunde sus principios, llevando, por un lado, la ofensiva por caminos de aventura quijotesca, y descarriándose,

por otro, la defensiva acobardada, sin esperanza de reacción ofensiva.

No demos a las palabras más valor del que tienen; y, así como los físicos dicen con razón que no hay frío, sino ausencia de calórico, pudiera decirse que defensiva es “que no hay ofensiva razonable, por el momento”.

OFENSIVA Y DEFENSIVA

55

Un cuerpo de tropas, sobre el que vienen otros tres enemigos iguales a él cada uno en fuerza, está inicialmente a la defensiva. Si la hace pasiva hasta el extremo, si permanece quieto, ofrece a las tres líneas un punto fijo de intersección invariable, como rectas tiradas con la regla sobre el mapa; y, positivamente, aquel cuerpo está en la relación de 1 a 3. Pero el cuerpo atacado se mueve. Sólo con esto, falta, desaparece ya el punto de encuentro de las tres líneas, o llámese vértice objetivo; y si, por hábiles maniobras suyas, o por torpezas y tropiezos de combinación, los que atacan no llegan a juntarse, y, lejos de eso, se encuentran interpuesto al defensor, puede muy bien éste derrotar uno a uno a los tres que le acometen. La primera campaña de Bonaparte en Italia, de todos sabida, se fundó en este principio, trivial, como todos los de la guerra, cuando se ve escrito en el papel; pero de dificultad incalculable en el terreno. Su aplicación afortunada valió al joven general republicano su primera corona de laurel, que ya presagiaba convertirse en otra de oro, quizá menos fulgente.

Recapitulando, y en vez de definir aisladamente la defensiva, dejemos sentado y repetido: que uno de los arduos problemas de la guerra, tanto en operaciones como en batallas y combates, es “pasar con tino y oportunidad de la defensiva a la ofensiva, y recíprocamente”.

(Guía del Oficial en Campaña)

IX

ORGANIZACION MILITAR

El significado de esta palabra, muy moderna, tiene en el día tal amplitud, que comprende casi por entero lo que pudiera llamarse Arte militar en tiempo de paz, y, a la vez, una parte importantísima y principal del Arte de la guerra, por cuanto la buena organización y composición del ejército que ha de hacerla, y que se llama ejército de operaciones, influye poderosamente, tanto quizá como la estrategia y la táctica, en el éxito rápido y venturoso.

Hay, pues, dos organizaciones: de paz y de guerra, Pero tan íntima es la conexión, o mejor dicho, la dependencia de la segunda con la primera; tan fácil, tan pronto es organizar un ejército, grande o pequeño, de operaciones, cuando se tiene bien organizado de antemano el ejército permanente y el estado militar del país, que la palabra compleja Organización casi puede asignarse ala de este último, y en este importante sentido la vamos a explicar.

Cuando la organización, que también pudiera decirse la constitución militar de un Estado, está asentada sobre sólidos y probados cimientos, la organización, la composición, la movilización de un ejército de operaciones para abrir en el acto una campaña, exige tan corto esfuerzo como, abierta ésta, sacar de aquél un destacamento, una división o brigada suelta, para llevar a cabo una rápida expedición, un sitio, una operación menor, de esas que en la guerra moderna se llaman secundarias.

En la manera de ser de los grandes Estados modernos, ya no cabe aquella desastrosa imprevisión con que en el siglo XVII, España muy principalmente, levantaba y mantenía ejércitos y armadas en las cinco partes del globo, singularmente en Flandes

y en Italia, para combatir, a veces, con la Europa coligada, sin recursos ni repuestos en el erario; sin ley ni forma de reemplazos; sin la menor preparación de material, de artillería, de remontas, de almacenes. Ya no es posible al estallar una guerra “hacer asiento”, como entonces se decía, levantar un empréstito con judíos o genoveses; alquilar por un tanto alzado algunos millares de reitres y lansquenets y dejarlos que entre sí se devorasen, devastando de paso la infeliz comarca, teatro de la guerra.

Las ideas han cambiado radicalmente desde últimos del siglo XVIII, y en este nuestro del vapor y de la electricidad, en que las guerras estallan como el trueno, y a veces sin relámpago precursor, no es posible, aunque se quisiera, la vieja organización metódica, medrosa y acompasada. La cuestión se plantea sobre otras bases que, hablando en puridad, no sabemos si acarrear beneficios o perjuicios a los pueblos.

Sea como quiera, es hoy peligroso, no sólo retroceder, sino quedarse rezagado o pensativo en medio del huracán “organizador” que arrastra y envuelve a todas las potencias del globo en lo que va de siglo y, especialmente, desde 1866. No hay remedio; la fiebre, por no decir la moda, de la época es convertir en soldados hasta los adoquines; y, como no hay dique posible para ciertos desbordamientos, por más que se calculen y hasta se presencien sus estragos, lo más cuerdo en todo caso es intentar, sin gran violencia, encauzarlos lateralmente y darles más segura y provechosa dirección.

* * *

Organizar un ejército, en general, es formar de los varios elementos que lo constituyen un todo perfecto, cuyos miembros

obedezcan concertada y súbitamente a los movimientos que se le quieran imprimir, y, jugando con cierta holgura, docilidad y precisión, hagan sin violencia los servicios y los esfuerzos que se le exijan.

El sueño dorado de todos los repúblicos, desde la Grecia antigua hasta nuestros días, ha sido tener soldados baratos, y mejor

ORGANIZACIÓN MILITAR

59

aún, de balde; tener ejércitos disciplinados, que en la guerra venciesen, ensanchasen el territorio, trajesen glorias y trofeos, y, concluida, se desvaneciesen como por encanto, no pidiesen un maravedí y ni exigiesen siquiera una expresión de gratitud.

A principios del siglo XVI, Maquiavelo, haciendo la apoteosis de los romanos, divulgó ideas, de todas conocidas, que se quisieron traducir prácticamente con el nombre genérico de Milicias locales, urbanas, sedentarias, provinciales, nacionales, como quieran llamarse.

El proyecto no podía ser más fecundo ni más económico. Contar con ejércitos hecho y derecho, y gratuito; al sonar la trompeta de la guerra, arrancar de su casa, de su taller, o de su choza, al propietario, al artesano, al labrador; no pagarles; si acaso, mientras hacen la guerra, y, concluida, permitirles que vuelvan a sus ocupaciones y a “cantar sus glorias” y mostrar sus cicatrices, cuidando de no olvidar la “práctica adquirida”...

Todo esto tiene un aire de candor, un perfume de beatitud, que ciertamente seduce y -enamora en las altas esferas del gobierno, en las medias del parlamento y en las bajas del periodismo. No hay más de malo sino que los pueblos, con su buen sentido práctico, no sólo no se dejan seducir, sino que vuelven la oración por pasiva. Ni se acomodan a dejar su casa, ni menos quieren que en ella entre el fisco a buscar el tributo.

España, por fortuna o por desgracia, no necesita de tan gigantesco resultados, ni tan sobrehumanos esfuerzos. En el aislamiento que nos proporciona nuestra situación geográfica y nuestra genial negligencia, bien se puede aflojar algo en materia de organización; pero no mirarla con descuido, porque el día del conflicto no vale protestar y querer neutralidad, si no se apoya

con el único argumento sólido que en el mundo existe, con la fuerza.

Con los caminos de hierro y las flotas acorazadas, la guerra de Crimea demostró que ya no existen costas ni fronteras inaccesibles. Hay que fiar principalmente la independencia y la gloria de la Patria a los ejércitos móviles, numerosos, maniobreros, para lo

60

JOSE ALMIRANTE TORROELLA

lo cual tienen que estar bien mandados y, sobre todo, superiormente organizados. La organización militar sin embargo, bien se ve que en el fondo no es otra cosa que un capítulo, que una parte principal e integrante de la organización política y social.

En 1867, España, que, por lo visto, necesitará todo el siglo XIX o quizá el XX para llegar a constituirse, tiene que vencer mayores obstáculos que otros países más prósperos, que también los encuentran insuperables. La inestabilidad gubernativa y parlamentaria; el encono creciente de los partidos, buscando impacientes en la lucha armada término más pronto y decisivo a su perpetuo conspirar; la perturbación, la inquietud, el desaliento que esto ocasiona y viene, como de molde, a disculpar nuestra genial desidia; la pobreza, en fin, resultado inevitable de tantas causas reunidas, no ayudan, por cierto, al desarrollo de una organización militar fija, normal, sencilla, fecunda y flexible.

Las altas clases de la milicia no pueden, no deben, por más que se diga, permanecer extrañas e indiferentes a la política, es decir, a la gobernación del país; pero, revueltas inevitablemente en sus convulsiones y torbellinos, ocupan y desalojan en pocos días los puestos importantes; adquieren en la oposición o en el destierro compromisos irreflexivos, amargas vengativas; y se da el extraño espectáculo de un hombre que en corto tiempo pasa rápidamente tres o cuatro veces por el mismo puesto, y en cada una contradice o restaura o deshace, pero jamás completa, lo que dejó emprendido o comenzado su antecesor.

* * *

Es evidente que la organización militar, lejos de poder improvisarse, requiere un estudio previo de clasificación y ordenación;

un conocimiento exacto y anticipado de las propiedades y defectos; una manera de agrupación apropiada a las varias circunstancias de todos los diferentes elementos que constituyen la fuerza pública, o, llámese, el ejército permanente.

De aquí resulta que la organización eventual, particular y concreta de un ejército de operaciones, depende con íntima conexión

ORGANIZACIÓN MILITAR

61

de la organización militar y permanente en conjunto.

Un ejército de operaciones, en el día, nace, y luego sigue alimentándose, del ejército permanente que queda a la espalda. Este es quien vela solícito por aquella parte principal de su propio ser, diariamente diezmada y expuesta a ser destruida, aniquilada de golpe, tanto por la fatiga como por el plomo y el hierro enemigos.

Gira, pues, el importante y temeroso problema de la organización, como en dos polos, sobre las dos leyes, realmente orgánicas, de reemplazos y reservas. Sometidas ambas en los países constitucionales a los Cuerpos Colegisladores, naturalmente o se resienten algo de las oscilaciones políticas, que suelen conmover a estas respetables asambleas; del espíritu civil, que tiende a la investigación fiscal y minuciosa, pero que desconoce el tecnicismo; y del laudable deseo de armonizar, combinar, equilibrar lo que irremisiblemente se necesita, con lo que, sin gravamen, pueda exigirse al contribuyente. En este inevitable escollo tropieza y se estrellan muchas veces los planes más vastos y fecundos, y en varias naciones de Europa se observa, desde hace años, la viva contradicción que existe entre las ineludibles necesidades del poder ejecutivo y las tendencias económicas del poder legislativo.

Tres medios hay de aumentar el efectivo de un ejército permanente, para producir ejércitos de operaciones: 1º, creando nuevas unidades orgánicas, batallones o regimientos; 2º, aumentando en las que ya hay fracciones o compañías; 3º, rellenando los cuadros existentes. No hay que demostrar todo lo que el primer sistema envuelve de abusivo, de imprevisor, de costoso, de perturbador, de ineficaz; reclutas todos, oficiales y soldados, no

llegan a formar tropa, sino tropel; la disciplina no tiene donde arraigar; y la fatiga sola, sin aguardar al fuego del enemigo, pudre en agraz estos cuerpos improvisados. El segundo medio, aunque no tan vicioso, desorganiza y desordena la constitución y la táctica. El tercero, parece el único admisible en los tiempos actuales.

Es, pues, de toda evidencia que se necesitan, preparados en la paz, cuadros con elasticidad suficiente. ¿Pero qué es cuadro?. Cuadro, en toda su generalidad, orgánico, agregativo, administrativo, constitutivo, es la reunión de todos los hombres que en la milicia y en el ejército activo tienen mando, graduación, jerarquía, es decir: todo el ejército, substrayendo el soldado raso.

Todo el secreto, se dice, está en los cuadros. ¡Tener buenos Cuadros! Convenido; pero no se quiera dar a este principio una latitud tan absoluta que pueda conducir al error de suprimir el soldado raso en tiempo de paz. El principio es exacto; pero es reciproco. Los buenos cuadros constituyen buenas tropas; pero, a su vez, las buenas tropas son las que alimentan los buenos cuadros; sin buenos soldados, no se pueden hacer buenos cabos de escuadra, ni buenos sargentos; y desde esta primera y humilde, pero importante graduación, hay que atender a la bondad y a la firmeza del cuadro.

Además, los hombres solos no constituyen el ejército de nuestros tiempos: se necesita armamento, vestuario, equipo, montura, caballos, cañones, material, fortificaciones, servicios administrativos, sanitarios, de transportes... ¿Se improvisa también esto? Positivamente, a primera vista, el problema de organización, con tan extenso y complicado planteo, parece insoluble; pero esto no debe desanimar al Oficial para prestarle atención y estudio.

Dado por resuelto, dada por buena y completa la organización general, mejor dicho, la constitución militar o del estado militar del país; es decir, las leyes de reemplazos y reservas, ascensos, recompensas y retiros; los varios reglamentos sobre servicio de guarnición y de campaña; sobre administración, educación,

manutención, entretenimiento, armamento, remonta, legislación, acuartelamiento, sistema defensivo...; dado todo esto; supuestos corrientes en la paz todos los resortes de la “máquina militar”, que dice Lloyd, la organización particular y exclusiva de un ejército de operaciones para abrir una campaña, no puede ser ya lenta ni laboriosa; sale, brota, si pudiera decirse, como de la planta el

ORGANIZACIÓN MILITAR

63

fruto; es el simple engarce del Arte militar con el de la guerra; y el General en Jefe con el Ministro, al crear, o más bien en este caso, al movilizar el ejército de operaciones, en rigor no tendrían que atender más que a razones y preceptos, puramente militares, de composición, de estrategia y de táctica.

(Diccionario Militar y Guía del Oficial en Campaña.)

X

LA OPINION PÚBLICA

Entre las varias extrañezas que ha de causar este libro, no será de seguro la menor este artículo así encabezado, cuya conexión sin embargo, con el Arte militar es íntima y antigua, por más que algunos finjan desconocerla.

Una fuerza más expansiva que las de la pólvora y del vapor, acostumbrada en nuestros días a barrer tronos y nacionalidades, pueden también barrer ejércitos; y no es cordura dejar que ella y éstos anden por mucho tiempo divorciados, a riesgo de que en un día de conflicto sean más duros y prolongados los sacudimientos. Veamos, pues, si en el terreno científico y neutral de esto Diccionario pueden aproximarse y entenderse el ejército y la opinión pública.

En el desarrollo visible de la organización social de nuestro país, el deber de todo publicista bien intencionado es trazar y abrir breves y cómodos caminos a la inteligencia, para que en todos sentidos cruce el ancho campo del saber, hoy que la civilización, nos lo ofrece abierto en dilatados horizontes, para siempre demolidos los muros y barreras con que antes lo acotaban el exclusivismo y la rutina, hijos legítimos del interés y de la ignorancia.

La ocasión es oportuna. España ha tomado resueltamente su puesto y su actitud ante la moderna Europa, que, al seguir con ojos atónitos las varias peripecias de su trabajosa reconstitución,

adquirió la convicción de que no se habían extirpados los antiguos gérmenes de exuberante vitalidad, por lo que, como la experiencia lo muestra, habían de retoñar con nuevo vigor al primer soplo del aura vivificante de la paz, a la primera fórmula de gobierno que acertase a mantener en equilibrio las encontradas fuerzas de los partidos políticos. Así, efectivamente, ha sucedido;

y España, copiando con más o menos fortuna los aciertos y los extravíos de otras naciones, puede decirse que ya tiene jalonado su camino, iniciada su marcha y visible, aun para los más escépticos, un rosado y glorioso porvenir. Porque es locura sostener que las oscilaciones que se sienten, y se sentirán más tarde todavía, provengan de terremotos pasados, pudiendo ser, como son, arranques impacientes de la nueva generación, que avanza con ímpetu irreflexivo y choca involuntariamente con la pasada retaguardia de los veteranos, ya cansados, que nos preceden.

Pero, si bien es cierto que España avanza, y con paso más que acelerado, por el camino de la prosperidad material y de la civilización, tampoco debe ocultarse que se percibe en esa marcha algo inseguro y vertiginoso, si así puede decirse, que, no procediendo de la excesiva velocidad, infunde en los ánimos débiles terrores vagos, desconfianza y desaliento. Y, realmente, hay algo de eso: si detenidamente se analiza en el crisol de la imparcialidad el múltiple conjunto de nuestra vida como nación, se encontrará, con sorpresa, que falta por ahora el principal elemento de conexión y de fuerza, la materia envolvente que presta trabazón y dureza, la liga, el lazo de las discordantes opiniones de la muchedumbre; el *focus* que las concentre, la fórmula concreta que las exprese.

Fuerza es confesarlo. La España constitucional no tiene todavía lo que se llama "opinión pública" en los países constitucionales, cuyo mecanismo pretende imitar. Sea que circunstancias puramente locales se opongan; sea que tan precioso adelanto sólo pueda obtenerse como premio de nuevos esfuerzos y mayores pruebas, el hecho es desgraciadamente inconcuso. En cuanto aparece en el horizonte de la política europea una de esas nubes

preñadas de tempestades que encapota el cielo, casi siempre azul, de los pueblos modernos, España -pueblo y Gobierno- pierde su asiento majestuoso y el reposado continente que tanto se aviene -con su carácter y tradiciones; se lanza al foro con la túnica desceñida y la voz ronca; no sabemos si siente o vocifera, si sufre efectivamente o si declama; y al querer, recoger el sentido

LA OPINIÓN PÚBLICA **67**

de los lamentos que exhala por las mil trompetas de publicidad, hay que taponarle los oídos para no ensordecer con tantas bravatas, peticiones, amenazas, seguridades, lamentaciones, proyectos y dislates.

Si se va a las oficinas del Gobierno, se encontrará, acaso, el enunciado del problema, pero no la menor tentativa de solución; si se busca en las tribunas del Parlamento, allí se encontrará tantas como individuos lo componen; si se desciende a las columnas de los periódicos, hallaremos tantas contradicciones como párrafos, y si de allí se baja a los corrillos, daremos por averiguado que España, en conjunto, no tiene criterio en materias de política interior ni exterior, por más que a cada español le sobren tres o cuatro opiniones inconciliables, que conserva libremente para su uso particular.

En tan discordante clamoreo, el alzar la voz para hacerse oír sólo consigue aumentar la confusión y el tumulto; es, pues, preferible, y más conforme a la modestia, dirigirse en voz baja y parcialmente a la masa de hombres sensatos, que, más por curiosidad que por interés ni por pasión, se agolpan a ver el espectáculo de los vocingleros, confundiendo inocentemente con ellos.

Podría suponerse que el hábito del libre examen, contraído en la práctica de la vida social moderna, es el más poderoso obstáculo a la unidad de miras; a la homogeneidad de sentimientos y, a la marcha concorde y calculada de una gran nación, en presencia de eventualidades militares que la tocan por entero, amenazando su tranquilidad o su independencia. Pero a tal argumento se contesta presentando el ejemplo vivo de la libre Inglaterra, que hace y ha hecho frecuente abuso de su facultad de pensar y decir en sus asuntos domésticos, y en los que no lo son;

pero que, al surgir una cuestión grave, que le interesa y conmueve como nación y potencia militar, presenta instintivamente ante los ojos y los oídos, ya conocedores, de sus hábiles gobernantes, una fórmula no escrita, un grito unísono, que más bien resuena en la región del sentimiento que en la del cálculo; que sirve de alerta, si no hay vigilancia en la esfera de Gobierno: de reprobación, si no hay acierto; de estímulo y de recompensa al patriotismo, ayudado por el talento y la fortuna.

Inútil es buscar, para copiarla, la expresión gráfica y puramente material de ese fenómeno imponente llamado opinión pública: como todas las grandes fuerzas de la naturaleza, la electricidad, por ejemplo, /así la opinión, en el orden moral, se presenta incorpórea, pero invade, penetra y avasalla los espíritus, dándoles el temple heroico y perseverante con que se llevan a cabo los grandes hechos.

Así, pues, los hábitos de discusión, la libertad del pensamiento y esa misma altivez individual (cuya adusta esquizofrenia nos censuran, quizá con razón, los extranjeros) son elementos que, si bien a primera vista divergen, concurren a la manifestación solemne y espontánea de la opinión pública, única y verdadera reina de las modernas sociedades. El juego, no muy corriente ni concertado, en verdad, de nuestras instituciones políticas, ha causado con sus continuos sobresaltos y tropezones tal inquietud y tan frecuentes alternativas de fogosidad y de indiferencia o laxitud, que puede recelarse si se habrá perdido en la masa general la fuerza de resorte necesaria y la aplicación de espíritu indispensable para juzgar y apreciar hechos complejos o trascendentales, y para manifestar luego con tranquila medida el resultado de la apreciación.

En puridad, de tal manera hemos llegado a bastardear y empuqueñecer la política a fuerza de personalizarla, que ni en las funciones del Poder ejecutivo, ni en las de los Cuerpos consultivos y legisladores, puede la vista más perspicaz distinguir otros resortes que los del cabildeo y pandillaje; las eminencias políticas hacen diariamente alarde de lo que en el hombre privado se mira

JOSE ALMIRANTE TDRROELLA

como un defecto, la inconsecuencia; allí se proclama el derecho de insurrección militar, siempre que el éxito lo sancione; aquí se amenaza sordamente con intentonas catilnarias; allá se confía en el ejército; acullá se le abomina y se le irrita con proyectos de extinción, como el imprevisor marino que arroja el último lastre en deshecha tempestad.

Verdaderamente, repetimos, no son los momentos actuales (1867) los que parecen más propicios para la creación, o, más bien, para la manifestación clara, noble y espontánea de esa opinión pública, cuyo advenimiento deseamos como una aurora de tranquilo resplandor, que alumbrará grandezas, hasta hoy desconocidas por el país mismo que las encierra en su seno. Los ojos del espíritu, así como los del cuerpo, una vez acostumbrados en la oscuridad, o en la penumbra a seguir objetos microscópicos de pequeñez en giros impensados y tortuosos, temen, cegar de pronto al sufrir la pasajera y desagradable ofuscación de una luz solar, que, al principio insoportable por lo viva, se va luego admirando por lo esplendente y germinadora,

Todo esto, en verdad, desanima y desconsuela. Pero, ¿no hay sobre la voluntad de algunos hombres, por tenaces que sean, otra voluntad superior, que en el momento más imprevisible deshace en polvo los alcázares más imponentes de la arrogancia y del orgullo? ¿Qué nación, qué individuo no pasa por días de abatimiento, precursores y como forjadores silenciosos de otros nuevos de emprendedora energía? ¿Qué es lo que hay de eterno, ni de duradero sobre la tierra? ¡Fuera, pues, la estéril desconfianza, la indiferencia, el fatalismo!

Dados por vencidos ciertos obstáculos de pura actualidad; adelantando nuestra esperanza a mejores tiempos o mejores gobiernos, cúmplenos señalar todavía algunos de los varios escollos con que puede tropezar en su marcha esa misma opinión pública, en el primer período, que esperamos, de su naciente desarrollo. Los límites de nuestros artículos no nos permiten abarcar gran conjunto de ideas, y teniendo que dispersarlas en otros muchos, encerremos en éste, una sola y concreta, cuya

oportunidad es indispensable. Nos referimos a la apreciación por el criterio público de los asuntos exclusivamente militares.

En tiempos pasados, hubiera sido intempestivo y aventurado sentar, como sentamos hoy, por principio, que "todo ciudadano educado para la vida pública puede y debe entender algo en asuntos de guerra y de milicia".

Desde luego, comprender, entender, tener conocimiento de un arte dista mucho de cultivarlo, ejercerlo, practicarlo. El hombre en su juventud escoge un oficio o carrera, a la cual dedica las primicias de su vida, y sigue luego consagrando la fuerza principal de su voluntad y de su talento. Por esta carrera busca medro, gloria, descanso; pero la aptitud legal que el hombre adquiere en un ramo del saber o del servicio social, ¿anula las otras aptitudes o aficiones, contradictorias muchas veces, que todo espíritu aplicado puede muy bien reunir, sin salir por eso de la medianía? Al dejar la universidad o la academia, ¿queda el hombre transformado en tarro de botica sin poder contener más que lo que el rótulo señala? Por otra parte, la educación algo enciclopédica de nuestros tiempos, no sólo tolera, sino que prescribe cierta universalidad de conocimientos, indispensables para el simple trato social. Aunque haya algo en esto de "erudición a la violeta", fuerza es confesar que hay mucho de civilización.

La ilustración de un país se mide, no sólo por el número y la calidad de hombres aptos legalmente para cada ramo especial de su servicio, sino también por la atmósfera más o menos densa de saber que cubre a la parte restante, y siempre mucho más numerosa. Los esfuerzos del legislador filósofo tienden siempre a hacer entrar en esta masa del pueblo la mayor cantidad posible de conocimientos elementales: de aquí la protección moderna a la primera y segunda enseñanza, a las escuelas industriales, a los manuales, a los catecismos, a los periódicos, como elementos reconocidamente poderosos de adelanto, de ilustración, de civilización. Los sabios más distinguidos de los países extranjeros no tienen a menos publicar, a la par de sus voluminosos y profundos escritos que hacen avanzar las ciencias, otros pequeños y claros

“Elementos” de aquella misma ciencia, despojada de su alto tecnicismo y puesta al alcance de todas las inteligencias y de todos los bolsillos.

En España, no sólo se siente esta necesidad, sino que ya se “la satisface, y por todos los poros del cuerpo social principia a filtrarse el bálsamo de la ilustración.

LA OPINION PUBLICA

71

Preciso ha sido levantar este alto parapeto de razones para resguardar detrás de él el principio, que antes hemos sentado, sobre la conveniencia de enlazar los varios servicios del Estado, de propagar y generalizar ciertos conocimientos militares, como complemento de ilustración, como elemento integral de opinión pública, como prenda de acierto en la solución de los más terribles problemas de la humanidad, como garantía de independencia, como luz de la historia, como aptitud, en fin, para apreciar a *priori* los hechos, la conducta y los talentos de los hombres de guerra, a quienes, después de los largos desdenes de la paz, siempre hay que acudir en última instancia para que escriban con su espada las sentencias sin apelación, que aguardan temblando las naciones.

Esta pretensión tiene este libro, y no es, por cierto, exorbitante hacer entrar en la opinión pública, tal como arriba queda definida, una pequeña dosis militar, si así puede decirse; esto es, una primera afición, si no al estudio, a la lectura provechosa, que haga descubrir el atractivo indispensable para cautivar la atención y ejercitar el juicio. Esto no es querer hacer soldados, ni mucho menos generales.

¡Cuántas desilusiones, cuántas mortificaciones de amor propio, y, en nuestros tiempos, cuánta sangre se ahorraría; si la conciencia pública apreciase en todo LU valor el sacrificio inmenso de todos los minutos de su vida que el militar de profesión hace en aras de la patria! Si tal sucediese, se evitaría para lo por venir la resurrección de instituciones anómalas, que principian por festivas parodias y acaban en sangrientos conflictos, y que, bajo el insidioso lema de propagar el espíritu militar, lo que consiguen es envilecerlo y extirparlo. La historia de todas las épocas está acor-

de en demostrar que nunca la milicia nacional se asimila el espíritu militar del ejército; mientras que éste fácilmente absorbe el espíritu antimilitar de aquélla.

Pasaron ya los tiempos en que las ciencias y las artes se rodeaban del alto muro de la soberbia para ocultar y engrandecer con el misterio los sencillos resortes de su mecanismo, que no

pueden ser nunca otros sino el estudio y la perseverancia; desapareció el monopolio con los gremios y sociedades de protección mutua; abierto hoy a todos el vasto templo, cada uno hace sus votos ante el altar que quiere escoger. Un más ritos ni ceremonias que el propósito de cumplir y la promesa de trabajar. ¡, ¿Qué perdería con eso el Estado Militar? ¿Qué la juventud, como más impresionable, fascinada por la perspectiva de gloria, se agolpase entusiasmada a las filas del ejército? Enhorabuena sería; y el ejército debería felicitarse el día en que jurasen sus banderas reclutas espontáneos, con criterio y reflexión para comprender lo estrecho y solemne del juramento. Si los hombres maduros, afiliados ya en otras carreras, llegasen a juzgar con datos y aciertos de la militar, ¿no valdría más que juzgarla sin ellos?

No tengamos recelo los militares: por mucho que se extiendan la afición y el conocimiento de las Bellas Artes, no perderán la ganancia los pintores y arquitectos; cuanto más avance en el pueblo la predisposición inteligente a las obras públicas, más brillante y provechosa será la carrera de ingeniero civil.

La idea es de suyo fecunda y provechosa, y si por medio de libros no es realizable, si es también imposible el periodismo militar, tal como lo comprendemos, debería ensayarse otro procedimiento, trivial de puro fácil, pero que exige el concurso de más voluntades. Sólo con ponerse en contacto las publicaciones exclusivamente militares y los diarios políticos se lograría el objeto.

Las revistas y periódicos científico-militares no son accesibles para un paisano; son leídos solamente por reducido número de militares, en general facultativos; al paso que la prensa política da lectura universal para toda la sociedad, incluso los militares que

leen sus revistas profesionales y los que no las leen. Pues bien: si los periódicos técnico-militares modificasen un poco su áspera estructura y su descuidada dicción, haciéndose legibles a cuantos tienen su juicio ejercitado en otras materias, y si los diarios políticos, a su vez, previniesen a sus redactores especiales de artículos sobre milicia o guerra (casi siempre militares de profesión)

LA OPINION PUBLICA

73

que escatimasen lo posible las voces altisonantes de una tecnología innecesaria, acompañando las puramente indispensables con un circunloquio o sucinta definición que las explique, ¿no es de presumir que en corto plazo, al entrar esas palabras en circulación por el valor real que tienen, entrarían también las ideas que ellas expresan y los principios que con ellas se sostienen, rodeados de sencillez, de claridad y de precisión?

Déjese, enhorabuena, en la parte consagrada a sueltos y telegramas la holgura necesaria para que jueguen en el acto la curiosidad, el capricho y la murmuración; la importancia de esta sección en todo periódico ya se sabe que prevalece por menos tiempo aún que el invertido por la mentira en correr el alambre; pero en los artículos llamados doctrinales, en los de comentarios de redacción sobre hechos militares averiguados, sobre proyectos del Gobierno, en los que se llaman en la guerra de "correspondencia del campamento", destinados a ejercer más decidida y razonable influencia sobre la opinión, parécenos que pudiera ensayarse la reforma estudiando un poco el lenguaje militar-civil que debiera emplearse.

Pasando por esta instrucción rudimental e insensible, el lector ávido de profundizar encontraría en los periódicos especiales militares, preparados ya a recibirle, el solaz o el provecho que ahora les está vedado, y éstos mismos periódicos, condenados a las pocas entregas a morir de inanición, a pesar del talento y de la fe de sus redactores, encontrarían quizá, sin buscar precario apoyo en Reales Ordenes, sin apelar a esa mendicidad que repugna al oficial pundonoroso, en el ensanche sólo de su círculo de lectura, la doble recompensa de honra y provecho, que la "ambición honrada" busca con sus esfuerzos.

XI

ESPIRITU MILITAR, DE LAS TROPAS Y DE CUERPO

I.-Espíritu militar.

En dos sentidos se toma esta expresión: con relación al ejército o con relación al país. En el primero, inútil es la definición: toda está compendiada en la palabra disciplina. ¿Qué ejército se concibe sin espíritu militar? ¡Desgraciado el que ciña espada sin energía para empuñarla, sin fe ardiente, incontrastables, en su noble profesión, sin ilusiones plácidas de gloria, sin ambición “honrada”, sin entusiasmo bélico, sin abnegación y desprendimiento, sin la aceptación serena y meditada de todos los lances, de todos los peligros, de todas las amarguras que entraña el solemne compromiso de guardar y engrandecer la patria!

Si en un ejército hay raros individuos sin vocación, sin espíritu militar, será excepción, deformidad; pero tiempos hay en que puede correr por el organismo entero de un ejército permanente algo que debilite y entibie, en ciertas manifestaciones, ese espíritu militar, que de suyo es fogoso, espléndido y comunicativo.

El espíritu militar, dicho se está que ha de residir en el ejército -tanto valdría, si no, suponer al cuerpo sin alma-; pero donde ha de estar su germen es en el país, en el país que nutre al ejército. ¿Qué espíritu puede desarrollarse, ni qué planta crecer si, en vez

de cultivarla con esmero, se le niega el aire y la luz, poniéndole el pie encima?

Cuando se dice espíritu militar de un pueblo no se entiende de espíritu belicoso o guerrero; afición a la riña, como el duelista; exasperación momentánea y pasajera de cólera o quizá de miseria y mal humor. No; el verdadero espíritu militar de un grande

Estado constituido reviste, por el contrario, formas tranquilas, silenciosas, constantes; es fruto del razonamiento, consecuencia de su dignidad, condición de su vida.

Al delegar en unos pocos el noble y penoso encargo de velar por todos, el pueblo que comprenda lo que es honor, comprende que el suyo lo pone en manos de aquellos delegados a quienes confía las armas para defenderlo. Esta confianza ha de ser absoluta, sin restricción. Y bajando a la parte material y grosera, ¿no nos reíríamos del labriego que, convencido de la necesidad de mantener un guarda en su viña, estuviese a todas horas ponderando su forzosa holganza, regateándole el salario, echándole en cara lo que grava su renta y participándole sus proyectos de supresión?

Por consiguiente, la expresión inequívoca del espíritu militar de un pueblo, es el respeto, la consideración, el cariño a su ejército, a esa parte de sí mismo que constituye el Estado Militar. Porque no basta votar de mala gana el capítulo anual del presupuesto para Guerra, como si fuese capítulo de calamidades públicas; no basta una vez cada medio siglo arrojar flores desde los balcones sobre las bayonetas que vuelven victoriosas; es preciso algo más, que hable a la razón y al sentimiento, que se vea, que se toque con frecuencia; es preciso el amor, el desvelo paternal del hombre hacia el hijo primogénito, en cuyo brazo vigoroso descansa la quietud, la honra, el engrandecimiento de la familia.

El país que así no piense no tiene espíritu militar; tendrá, espíritu filosófico, mercantil, industrial, devoto, artístico; podrá ser un gran país (mientras sus vecinos le dejen que lo sea); será rico y alquilará ejércitos, como Cartago y como Venecia; será feliz

como los cuákeros, tranquilo como una tebaida, moral como un falansterio; pero, al sentarse en los consejos de las naciones, no hará figura muy airosa con las manos metidas en los bolsillos, mientras los demás las apoyan gallardamente sobre el pomo de la espada.

Tampoco es síntoma o signo de espíritu militar, como algunos pretenden, el rápido armamento de una bulliciosa milicia nacional,

ESPIRITU MILITAR

77

como instrumento político. Quizá lo fuese perdiendo su carácter apasionado y siempre transitorio, enlazada a las instituciones militares permanentes; pero, aun así, el ejemplo actual de los voluntarios de Inglaterra no nos permite la afirmación completa.

Para mantener vivo en un pueblo su espíritu militar no hay necesidad de que todo ciudadano lleve bigote y remede al soldado de profesión, así como para tener fe religiosa no se necesita que todos vistan sotana. Basta, en primer lugar, persuadirse ingenuamente de la necesidad -y se ahorran discusiones sobre la conveniencia- de un ejército permanente; en segundo lugar, mantenerlo con resolución varonil, sin la duda continua y la zozobra de si convendrá “deshacer lo hecho”.

Para tener ejército, tenerlo bueno. Si la profesión militar se enaltece, a ella se agolpará la juventud. Entre la muchedumbre se podrá elegir. El ascenso no corresponderá más que al merecimiento y al valor; y el ciudadano, viendo justificada su confianza, redoblará su estimación. Así, en breves, pero claras palabras, es como entendemos el espíritu militar de los pueblos modernos.

No entraremos en la debatida cuestión de cuál sea la forma de gobierno más favorable al desarrollo del espíritu militar. República era Roma en el apogeo de sus glorias militares; monarquía era Prusia en su engrandecimiento con Federico II; no sería más militar Inglaterra porque tuviese Gobierno despótico, y Francia, con república, con monarquía, con imperio, nunca deja extinguir su envidiable espíritu militar, que tan extrañamente se aduna con su espíritu positivista, revoltoso, materialista y descreído.

Omitiremos también la creación del Tiro Nacional, el que “toquen las músicas en los paseos” y otros remedios anodinos, que

los arbitristas proponen como eficaces para despertar y avivar el espíritu militar de un pueblo. Este, lo repetimos, estriba en la estabilidad, en el fomento, en la continua mejora de las instituciones militares.

II. -Espíritu bélico o guerrero.

El espíritu bélico es parte integrante del espíritu militar, pero dista mucho de constituir el todo; este último tiene por base la disciplina; aquél, el valor, o, más bien, el temperamento individual. El espíritu bélico lo da la naturaleza; el espíritu militar es producto de la civilización, y puede crearse de una manera, por decirlo así, artificial.

En los enjambres de bárbaros, que asolaron el imperio romano, dominaba el espíritu belicoso; en las legiones imperiales, aunque ya decaídas, reinaba espíritu militar. Si hombres ha habido destinados a conquistar el mundo, sin duda fueron los árabes, cuando, fanatizados y unificados en lo posible por su Profeta, sojuzgaron el Asia, el África, la España. Sin embargo, se le ve en el primer ímpetu chocar en vano y retroceder ante el muro de hierro, ante la disciplina relativa de los francos con Carlos Martel; y luego, cejando siempre, volver, atravesando la España, a su núcleo natural, donde siguen viviendo en guerra eterna.

En el espíritu bélico hay algo de primitivo, de salvaje, que pugna con nuestra moderna sociedad y, casi pudiera añadirse, con la verdadera disciplina, cuando llega a ser de todo punto Indómito.

III. -Espíritu de las tropas.

Para el que cree de buena fe que un ejército es una máquina, esta expresión, espíritu de las tropas, será vacía de sentido; pero, componiéndose los ejércitos de hombres y siendo en éstos lo

principal el espíritu, a él se ha de atender con preferencia. Desde luego, esta expresión no puede referirse a las milicias, sino a un ejército, o parte de él, en campaña abierta.

En tiempo de paz, el espíritu es, simplemente, la disciplina; pero, en cuanto un ejército se mueve en pie de guerra, y la fatiga y el peligro empiezan a poner a prueba su constitución, se desarrolla, por encima de la táctica, de la ordenanza y de la misma

ESPIRITU DE LAS TROPAS

79

disciplina, otro elemento puramente moral y local, imposible de reducir a fórmula, que se llama, a falta de otra denominación, espíritu de las tropas.

La relación, desconocida para el hombre, que existe entre el alma y el cuerpo viene a complicar esto del espíritu, ya de suyo bastante metafísico, y de aquí proviene la confusión entre espíritu y estado de una tropa. Si no temiéramos resbalar en sutilezas, encontraríamos entre estado y espíritu la diferencia que hay entre el hecho y la idea. Por ejemplo: una tropa que lleve muchos días de marchas y combates, sin ración, sin abrigo, sin descanso, estará indudablemente en mal estado y puede, sin embargo, tener excelente espíritu. Al contrario, una tropa perfectamente atendida, no estropeada ni mermada por el fuego ni la fatiga, se presentará en un estado brillante, y, sin embargo, puede tener mal espíritu, ya sea por inesperados reveses, por desconfianza en el jefe, por sugerencias del enemigo, por poca fe en su causa. Dadle a la primera, descanso, raciones y zapatos, y ella os seguirá en cuanto se reponga de su abatimiento material o corporal; por mucho que le deis a la otra, quizá cuanto más la miméis, se os escurrirá como el agua cuando se quiere apretar entre los dedos.

Indudablemente, las tropas tienen espíritu, y en conocer ese espíritu, en saber usarlo, o quizá en saber crearlo, es en lo que han sobresalido los grandes capitanes, más acaso que en estrategia o en táctica. Repetidos ejemplos nos ofrece la Historia de unas mismas tropas que, al pasar de las manos de un general a las de otro, han cambiado radicalmente de espíritu. Luego, el

espíritu da las tropas, si bien depende mucho de su constitución originaria, mucho depende también del general que las manda.

IV.-Espíritu de Cuerpo.

Con nuestra habitual franqueza, que acaso degenerare en libertad, lejos de detenernos en este importante artículo, al que desde

luego damos el carácter de una recomendable virtud militar, vamos a resbalar deliberadamente, sin el conato siquiera de narrar sus excelencias para inculcar su observancia.

Como nuestro propósito es escribir para españoles, traduciendo lo menos posible del francés, enunciaremos sin rubor nuestra convicción personal sentando que en España, lejos de tenderse a fomentar el espíritu de Cuerpo, sería quizá conveniente restringirlo, debilitarlo.

Esta proposición, atrevida en la fórmula, pero que en el fondo no puede ser más sensata, se funda, no en consideraciones pasajeras y transitorias, sino en la indeleble y duradera de nuestro carácter nacional, cuyo rasgo dominante es la altivez, el personalismo.

Dejemos el estado militar, que predispone más que otro alguno al noble deseo de sobresalir, y miremos entre la muchedumbre ocupada en las artes, en las letras, en la industria, en el culto religioso, ese afán de constituirse en grupos aislados y hostiles, en gremios, academias, liceos, sociedades, cofradías, con sendos uniformes y collares, reglamentos y ordenanzas, privilegios y exenciones, iglesias y cementerios exclusivos.

Si de la masa común pasamos a los servidores remunerados del Estado, nuevos grupos y nuevas subdivisiones independientes, y nuevas distinciones: primero, en Ministerios; luego, en Cuerpos; dentro de ellos, en pandillas; en aquéllos, en éstas, en todo, el personalismo. El ciudadano español no puede resignarse a ser la quince millonésima parte de un gran "todo". Es demasiado molecular su papel; y en la imposibilidad de pasar su vida

sobre un pedestal, como San Simeón Estilita, cede a compartir con otros pocos, pero con la cláusula reservada de absorberlos. Ponga cada uno la mano en su pecho y atrevase a negar esta verdad; si se concede, no tenemos más que decir.

Se repite -y es muy cierto- que el espíritu de Cuerpo es un resorte poderoso de organización, "de estímulo, de disciplina; pero se calla la propensión a exagerarlo, característica, repetimos, en España. Los que creemos desacertada y peligrosa esa

ESPIRITU DE CUERPO

81

dirección, que algunos quisieran imprimir al ejército, divergente y aun opuesta a la general de la sociedad mal podemos recomendar, dentro del mismo ejército, agrupaciones soberbias, miembros desobedientes, feudalismos anacrónicos. La raíz, fácil de extirpar a nuestro juicio, está en el período preparatorio de la instrucción o educación militar. Mientras el templo de la milicia tenga tantas puertas independientes como altares y fachadas, imposible es pretender la unidad de culto, de dogma, de doctrina.

Esa vieja obstinación de rechazar, para ciertos servicios, al joven algo hecho y buscar alumnos tiernos, casi en la cuna, que puedan amoldarse como cera y no alcancen a sacar la cabeza por encima del recinto sagrado, podrá, sin duda, mantener el espíritu de Cuerpo; pero conserva cierto misterio egipcio, no muy en armonía con la educación abierta, seglar y universitaria de los tiempos modernos. Y para que las dos Armas generales no se engrían, creyendo en esto alusiones a Cuerpos que ellas no respetan, las incluiremos las primeras en el anatema, por la duda de si reside en ellas o en ellos el elemento egoísta y repulsivo que lamentamos.

De todos modos, la repulsión debe desaparecer y ser reemplazada por el compañerismo, por el amplio y verdadero espíritu militar, bajando un poco las vallas respectivas del espíritu de Cuerpo. Muy loable es la satisfacción interior de pertenecer a una familia de abolenjo; pero la sociedad moderna, y antes que ella las Ordenanzas (de 1768), posponen esa cualidad muy secundaria al mérito no heredado, sino adquirido, propio y personal. Respecto a la preferencia que pueda dar el ir a pie o a caballo y cu-

brirse la cabeza con un casco o con un chacó, todos convenimos en que la discusión es puro pasatiempo. Esperemos, pues, que llegue el día en que el espíritu de Cuerpo se funde en ilustrar y enaltecer con hechos cada uno el suyo, sin negar a los otros su participación de gloria.

(Diccionario Militar.)

XII

DISCIPLINA

En la antigüedad, según opinión general de los eruditos que la estudian y comentan, la voz disciplina comprendía en toda su extensión cuanto cabe hoy en el Arte militar y en el Arte de la guerra.

En Grecia y Roma, la relación del estado civil con el militar; a veces, hasta el mismo gobierno superior del Estado en general; la organización, la composición, el reemplazo, el ascenso, la instrucción, la moral, el premio, el castigo, la estrategia, la táctica, la logística, la castrametación, todo cuanto directa o indirectamente concierne a la milicia, en su más alta acepción, entraba en el amplio significado de disciplina, que se ha sostenido hasta muy entrado el siglo XVI.

La legión romana ha sido mirada en sus buenos tiempos como el tipo inmortal de la disciplina; en ella, la idea envuelve algo más que ciencia, disposición u orden táctico; penetra en la moral militar; se roza con la parte penal.

Para el antiguo romano, eran desconocidas la humanidad, la fraternidad, la clemencia; para él, la civilización estaba en Roma; de allí partían sus rayos para iluminar más tarde las comarcas conquistadas; todo lo que no era romano era bárbaro; las pobres razas vencidas recibían, entre la servidumbre, la mutilación y el saqueo, la lengua, las leyes, los dioses romanos, "dii patrii", como

expresivamente los llamaban. Aquellos hombres, gigantescos en todo, hicieron al patriotismo base de su rígida disciplina, y la sostuvieron, además, con el castigo y el rigor, por un lado ; con el honor y la recompensa lucrativa, por el otro. Unidas en su mente las dos ideas, hoy separadas, de Patria y Dios, el juramento militar no era vana fórmula de disciplina, sino la consagración absoluta a los dioses que velaban por la patria.

En el largo paréntesis de la civilización, o en su sombría

transformación de pagana en cristiana, que se llama Edad Media, la disciplina militar no existe realmente, puesto que no existía ejército, tal como los romanos y nosotros lo entendemos.

Los Reyes Católicos, al reorganizar España, imprimieron pasajeramente algún orden y método en sus escuadrones de Toro, en su heterogénea hueste de Granada; pero ahí está la pragmática de 18 de septiembre de 1495 atestiguando la rápida decadencia, casi la extinción súbita del espíritu militar en la Península. Y decimos en ella, porque justamente coincide la expansión de nuestra gloria fuera, con las primeras tropas que en Italia guía la espada gloriosa y disciplinaria del Gran Capitán.

Cuando estudiamos las lentitudes estratégicas, las maravillas tácticas, las escaseces, las fatigas, los peligros que incubaron las victorias de Ceriñola y del Garellano, claro se ve a la par del talento incomparable del caudillo, la estricta disciplina de sus tropas.

La voz disciplina resucita entre los eruditos del siglo XVI, pero al pasar de la lengua de los sabios a la de los militares, el significado se restringe y modifica; pierde el conjunto de ciencia y arte de la guerra, y conserva algo de moral, de educación, de entretenimiento y conservación de un ejército.

La antigua disciplina, comprendiendo ciencia, arte, moral, va en todo el siglo XVI, y mucho más en el XVII, perdiendo su generalidad para ceñirse a la acepción puramente penal que luego le queda.

En el siglo XVIII ya no eran las clases de tropa ciudadanos romanos, ni aquellos “magníficos señores”, como los llamaban en

sus proclamas Requesens y Don Juan de Austria. La serie verdaderamente disciplinaria se había roto: el soldado, recogido en las últimas capas sociales, envuelto entre la basura de las levadas, y destinado por los golillas, con vergonzosa y epigramática sinonimia, a “cumplir bajo la bandera la condena de presidio”, se convirtió en cosa, para la cual era innecesaria la parte noble y moral de la disciplina.

La importancia de la palabra es indudable, porque lo es la de **DISCIPLINA** **85**

la cosa que representa. En todos los tiempos, en todos los pueblos, desde Roma a Bizancio, en el momento en que la disciplina se relajó, el ejército y la nación, que lo nutre, están heridos de muerte; al paso que, por más desdichas, por más derrotas, por más desastres que ambos sufran, no hay que desesperar de la salvación y de la victoria, si la disciplina queda en pie. No hay duda que merece meditación este poder invisible, este virus impalpable, que así crea y vigoriza ejércitos, como los enferma y mata con su ausencia.

Envuelve ideas muy complejas, al parecer contradictorias o incompatibles, y, sin embargo, simultáneas y correlativas, de deberes y derechos, de estímulo y desaliento, de ímpetu y depresión, de elevación y humildad, de orgullo y modestia, de premio y castigo. En la milicia romana, como ya hemos dicho, casi siempre se pone de realce su bárbara penalidad, omitiendo sus espléndidas y magníficas recompensas.

La disciplina prescribe puntualidad minuciosa, policía sistemática, hábitos uniformes, detalles mecánicos, repeticiones invariables; y, simultáneamente, esta misma disciplina promueve estímulos y esperanzas, incita a sobresalir, empuja fuera de la fila; inculca que nadie “debe contentarse con hacer lo preciso de su deber” y recomienda también “al cumplir exactamente con las obligaciones de su grado, el acreditar mucho amor al servicio, honrada ambición y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a conocer su valor, talento y constancia”. (Artículos 12 y 13, título 17, tratado 2.º de la Ordenanza.)

La disciplina varía y oscila con las épocas históricas, con las tradiciones, con las evoluciones sociales y políticas de los pueblos.

Depende también de otras causas, al parecer lejanas: de las tradiciones, de la organización, de la elección de generales, del carácter provincial, de la latitud geográfica, hasta de la comodidad, de la salubridad de las tropas...

* * *

En resumen ¿qué es hoy la disciplina? Ya no es el mando, ni la conducción de los ejércitos activos; ya no es la estrategia, ni la táctica, ni la castrametación; tampoco es sinónima de la antigua "Re militari", cosa militar; no es la administración de justicia. Esta última, especialmente, está deslindada desde los tiempos de Alejandro Farnesio (1587).

La disciplina, en rigor, no puede confundirse con la justicia, que tiene procedimientos judiciales, tribunales, sentencias y leyes, código, sanción penal preexistente. Es verdad que en nombre de la disciplina se impone, a veces, el último castigo. Cuando Zumalacárregui diezma sus compañías, más por falta de tino que de valor, en su abortada sorpresa de Echarri Aranz; cuando Van Halen fusila en el acto por el robo de una gallina, no ejecutaban sentencia judicial, sino terrible escarmiento disciplinario. Desde este extremo, hasta el oficial de semana que castiga por el poco lustre del calzado, hay una serie de castigos y medidas gubernativas, que en nada se rozan con la acción judicial. Al contrario; cuando la disciplina prescribe la separación del servicio de un oficial abandonado, incorregible, pide a las fórmulas de justicia la sanción de aquel acto, que ella por sí sola no puede, o no debe ejecutar. Aquí se ve que la justicia castiga delitos; la disciplina reprime faltas.

La disciplina no es la policía, como muchos creen, porque aquélla la contenga como parte mínima de su conjunto, mas moral que material ; por igual razón, tampoco es el todo, sino parte de la disciplina, la subordinación y la obediencia. Las Ordenanzas dicen en su portada que son "para el régimen, disciplina y subor-

dinación de los ejércitos”; en ellas, efectivamente, se encuentra desleída la disciplina; pero, en vano, después de su lectura, se intentaría concretar una definición.

¿Será que la disciplina no es definible? Por nuestra parte, confesamos francamente que lo creemos así. Pero, ya que no nos arriesguemos a dar aquí una definición nuestra, la sustituiremos, en ventaja del lector, con otra más autorizada:

“El carácter de mando nos da la disciplina, virtud que en si sola

DISCIPLINA

87

la circunscribe todas las otras, que es el complemento de todas ellas, y la manifestación visible y constante en todos los actos de la buena educación militar de las tropas. La disciplina es el respeto al ciudadano, a la propiedad; es el aprecio de si mismo, el aseo, los buenos modales, la aversión a los vicios, la puntualidad en el servicio, la exactitud en la obediencia, el escrupuloso respeto a las leyes y reglamentos, la austera dignidad en la subordinación; sin ella, el ejército es odiado en su mismo país; con ella, es amado hasta del enemigo; ella conserva en toda su fuerza las demás virtudes; al relajarse se relajan todas, por consiguiente; celando y fomentando ésta, se asegura el imperio de las demás.

“La disciplina no se crea en un solo día; es efecto de las costumbres y de la educación moral del ejército; es el resultado de la acción lenta e incesante del mando justo, y esta educación no se consigue tanto por los grandes castigos de los delitos notables, cuanto por la acertada aplicación de los correctivos a pequeñas faltas.” (Villamartín, *Noc. del Arte Militar*, págs. 45 y 46.)

* * *

Aunque hay muchos que confunden subordinación y disciplina, y no faltan otros que las usan como sinónimas, son, sin embargo, muy diferentes en su esencia, relaciones y extensión, y, por consiguiente, en su significado.

La subordinación no es otra cosa que la obediencia pasiva que en asuntos del servicio deben todos los militares a cuantos les sean respectivamente superiores. De esto fácilmente se de-

duce que el constitutivo esencial y único de la subordinación es la obediencia; en tal manera, que todo lo que no sea obediencia no pertenece a subordinación. Por eso tiene un objeto marcado y limitado, que, si bien es de absoluta necesidad para la disciplina, como su primer elemento que es, -de donde sin duda trae su origen la confusión que se nota en el uso de estas dos palabras-, no es con todo la disciplina misma.

Esta abraza y comprende, además de la subordinación, la

88

JOSE ALMIRANTE TORROELLA

instrucción teórica y práctica que deben tener todos los militares, cada uno en su clase; la exactitud y precisión con que, así en guerra como en paz, se deben ejecutar, todos los actos de las obligaciones respectivas, en conformidad a la instrucción que hayan recibido; la rigurosa y estricta sujeción a cuanto previenen las ordenanzas y reglamentos, aun en aquellas cosas que parezcan más insignificantes; el respeto y la consideración con que habitualmente los inferiores deben distinguir a los superiores, no sólo fuera del servicio, sino hasta en los actos más familiares, valiéndonos de la expresión de la Ordenanza, y la deferencia y atención que, a su vez, deben los superiores a los inferiores; la conformidad, resignación y espontaneidad con que se debe sufrir, sobrellevar y ejecutar todo lo que exija el deber militar, sean las que quieran las exigencias y sus causas; el respeto religioso que todos deben profesar a la propiedad, por insignificante o despreciable que parezca, ya sea en tiempo de paz, ya en el de guerra; el modo atento y contenido, en el trato particular de las gentes, así en país amigo como enemigo; la moralidad en todos los actos de la vida pública o privada, así por los principios generales de ella, como por los particulares que recomiendan y exigen las reglas militares; la, temperancia, la sobriedad y la moderación en el lujo, los excesos y los placeres; la observancia y sujeción al sistema higiénico y morigerado que haya establecido y se establezca en circunstancias dadas para conservación de la salud del soldado y de su dignidad; la fortaleza física y moral que deben tener o adquirir todos los militares para soportar las penalidades y fatigas del servicio; para arrostrar los peligros que necesaria y

frecuentísimamente ofrece la profesión; para sufrir con ánimo fuerte los reveses y la inconstancia de la fortuna, y para conservar la serenidad de espíritu y sangre fría en las infinitas situaciones, comprometidas por más de un estilo, apuradas y difíciles; en que la combinación de los sucesos suelen colocar a los militares.

La adquisición, pues, la práctica y desempeño de todas estas cualidades, deberes y obligaciones es lo que constituye la disciplina militar; y mientras no se llegan a poseer y cumplir por la

DISCIPLINA

89

fuerza del convencimiento y de la instrucción y por el hábito que imprime la costumbre, no se puede decir que una tropa está completa y perfectamente disciplinada.

La disciplina no reconoce tiempo ni circunstancias, porque es tan precisa para la paz, como para la guerra; así como la indisciplina es tan terrible y perjudicial en la guerra, como en la paz. Un ejército que carece de disciplina es tan funesto a su país, como poco temible a los enemigos; pues en este estado sólo ofrece dos cosas: en los pueblos y en las guarniciones, el pillaje y el vandalismo, y en el campo, la facilidad a los enemigos de alcanzar la victoria. Por esta razón, es preferible un ejército ignorante, pero obediente, a otro muy instruido, pero indisciplinado. Porque la mayor o menor fuerza de un ejército consiste en su mayor o menor disciplina.

Y es tan exacto esto, que, si un ejército está bien disciplinado, no hay que temer que sea bisoño, porque al primer cañonazo estará aguerrido. Podrá, sin embargo, ser sorprendido, pero no derrotado; al paso que en otro sin disciplina la derrota será la consecuencia precisa de la sorpresa. Y, por último, aunque un ejército disciplinado sea batido, no por eso será deshecho, ni tardará en tomar el desquite.

(Diccionario Militar.)

.....

XIII

ORDENANZA

Desde luego, no pudo haber Ordenanza, en el sentido completo que hoy tiene esta voz, mientras no existieron ejércitos permanentes, es decir, antes del siglo XVI; pero, si no ejércitos a la moderna, hubo tropas más o menos allegadizas y disciplinadas u organizadas, que llevaron a cabo –singularmente en España– inauditas empresas y gloriosos hechos militares, cuyo varonil recuerdo interesará, por lo menos, al que no lo tenga por instructivo.

El desventurado y sabio Alfonso X descuella en la historia como autor o compilador de las *Siete Partidas*, consideradas siempre por hombres de guerra y de pluma, como puro manantial de nuestra lengua, de nuestra legislación y ordenanza militar. Evidentemente, la Partida Segunda, que supera quizá en belleza literaria a todas, es, para el militar que hoy la recorre, la revelación sorprendente de un riquísimo venero. Allí, con sabrosa frase, con inimitable estilo, con candor que enamora, unas veces se tocan y desfloran, otras se revuelven y discuten, otras se resuelven, se desatan, se terminan gravísimas cuestiones de jerarquía, de organización, de ceremonial, de política militar y aun de estrategia; como hoy decimos; de penalidad, de polémica o poliorcética y de táctica.

Las Partidas, redactadas de 1256 a 1263, no estuvieron en vigor hasta 1348, en Cortes de Alcalá, y, realmente, hasta los Reyes Católicos, en cuyo tiempo se hizo .la primera impresión en Sevilla (1491) con las adiciones y concordancias de Alonso Díaz de Montalvo.

Durante el siglo XV, la cosa militar siguió en el mismo estado, bajo el triple aspecto de organización, de ordenanza y de táctica;

pero faltando todavía la materia primera, esto es, el ejército regular y permanente, mal podrían nacer reglamentos técnicos ni ordenanzas orgánicas o penales. Ningún país las tenía tampoco, incluso Francia, a pesar del ejército florido y memorable, tanto por su magnificencia como por su inutilidad, que llevó a Italia su atollado rey Carlos VIII.

En todo el siglo XVI tuvimos “fuera siempre de España” inmejorables soldados, brillantes capitanes, magníficos y terribles ejércitos; pero no tuvimos Ordenanzas. Porque no merecen este nombre, aunque lo lleven, las *Ordenanzas de los Señores Reyes Católicos* para la buena gobernación de las gentes de sus guardas, artillería y demás gente de guerra y oficiales de ella, en 1.503, firmados por Fernando el Católico a 28 de julio, en Barcelona, y por Isabel, en Monasterio, a 5 de agosto. Puede verse en ellas un origen inmediato, moderno si se quiere; pero de ningún modo bajo el aspecto principal de organización, régimen, servicio y disciplina; sino bajo el exclusivo casi de contabilidad y administración. No pueden tampoco entrar en cuadro ciertas ordenanzas sueltas, por decirlo así, locales, como la que Hernán Cortés dio en Taxcatecle, a 22 de diciembre de 1.520.

A nuestro juicio, la Ordenanza -en el sentido lato y complejo que hoy damos a esta voz- tuvo origen en el famoso *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, que el Maestre de Campo Don Sancho de Londoño redactó en 1.568, de orden del duque de Alba, para el ejército de ocupación de los Países Bajos. En este libro notabilísimo se defi-

nen y especifican las funciones de los diferentes grados y oficios de aquella milicia, y en 70 artículos o estatutos se fija la penalidad.

Pero el eminente escritor, , antes de enumerarlos, advierte juiciosamente: "... y sería andar por las ramas hacer ordenanzas y estatutos para enfrentar y tener a raya los que han de obedecer, si no se introducen primero todos los necesarios en los que han de mandar, Pero por supuesto que ya estén introducidos,

ORDENANZA

93

promulgando y observando los estatutos siguientes se reduciría la disciplina militar a buen estado. Cuantos estatutos y ordenanzas se puedan hacer para haber siempre victoria, vendrán a parar en que ni Dios se ofenda, ni el prójimo se agravie. Para estas dos cosas se requieren otras tres, es a saber: obedecer, no turbar orden, ni desamparar lugar. A estas tres son anexas tantas, que difícilmente se pueden reducir a número preciso ni clara brevedad",

En este libro de Londoño, repetimos, se encuentra visible el germen de las Ordenanzas posteriores, que nacieron con el siglo XVII, que rigieron durante todo su transcurso, y que bien podemos llamar actuales por lo cercanas y semejantes.

En 8 de julio de 1603 apareció el primer embrión, que tomó volumen mayor y forma más determinada en 17 de abril de 1611, y que, retocado y ampliado, constituyó la célebre *Ordenanza de 28 de junio de 1632*, que merece ser citada especialmente, tanto por su legítima importancia y larga duración en vigor, como por que refleja, como limpio espejo, el estado algo declinante y enfermizo, no sólo de aquel ejército, sino de aquella sociedad.

No se habla palabra en ella del Capitán general (así se llamaba ya el General en jefe), ni del Maestre de Campo general (Jefe de E. M.), ni del Teniente de Maestre de Campo general, ni del Sargento general de Batalla, que también asomaba, ni de Gobernadores de Plazas, ni de ataque y defensa, etc. Esta Ordenanza entristece por lo descosido de sus artículos, por el descuido del lenguaje, por lo esponjoso del estilo.

Dejémosla, pues, y vengamos de un salto a 1700, en que sobre el sepulcro, largo tiempo abierto, de Carlos II, el hechizado austriaco, se levanta el vacilante trono de Felipe V, el hipocondríaco francés.

Todas las reformas de Felipe V el Animoso, tendiendo a la pueril pretensión de que nada austriaco quedase en pie, se reducen, en los primeros tiempos, a que el tercio se llame regimiento; el

Maestre de Campo, Coronel, etc.

Las ordenanzas de 1632 desaparecieron con su inevitable fárrago de aclaraciones, distinciones y ampliaciones. Por de pronto, tal era la prisa de afrancesar, que no habiendo tiempo material para traducir e imprimir, vinieron de Francia, escritas, naturalmente, e impresas en francés, unas cuantas cargas de órdenes y reglamentos sueltos.

Y se dirá el lector: ¿por qué no vinieron ordenanzas? La razón es sencilla: porque ni entonces, ni mucho tiempo después, las tenía el ejército famoso que nos servía de modelo. En fin, zurciendo y traduciendo, pudo llegarse a un cuerpo de doctrina indigesto, que todavía conserva el nombre de *Ordenanza de Flandes* (1701), primer relámpago de la espantosa granizada que nos había de caer después.

Así, un nuevo Reglamento de 28 de septiembre de 1704 modifica ya y trastorna lo resuelto. En 22 de febrero de 1706, una ordenanza, suelta por supuesto, para los Guardias de Corps: esto era urgentísimo. En 30 de diciembre, otra ordenanza para infantería y caballería. Los dragones tendrán luego la suya; en 22 de febrero, otra para la guardia real; en abril otra, para no sabemos qué; en el mismo año, 30 de diciembre, otro Reglamento para la paga, servicio mecánico y forma en que deberá subsistir (*sic*) y servir la infantería. El año 1706 no pudo ser más fecundo: cinco o seis ordenanzas formales, entre los correspondientes reglamentos y aclaraciones. Todo muy malo; pero muy francés.

Tanto, que, en lo sucesivo, ya ni se llamó “Ejército español”, sino, como se ve impreso en el mismo Santa Cruz y otros, “Ejército de las dos Coronas”.

Varias traducciones y tanteos concurrían felizmente a incubar y fermentar otra lucubración más profunda, más filosófica, la Ordenanza de 1728. Fue redactada por una Junta, en la que, hacia 1724, figuraban el Marqués de Ledesma (presidente), el Duque de Osuna, el Príncipe de Maserano, el Conde de Charny, el Conde de Marcillac, D. Pedro de Castro, D. Luís de Ormée y D. Andrés

ORDENANZA

95

Benincasa. En 1726 la revisaron el Conde de Montemar, Inspector general de caballería, y el Conde de Siruela, de infantería.

Llegamos, en fin, a la *Ordenanza de 1768*, vigente en el momento en que esto se escribe (1868): un siglo justo.

* * *

El punto de partida para la *Ordenanza de 1768* lo fija Vallecillo en 1749; y, como es de presumir, en tan larga preparación tomaron parte más de veinte generales. Si en nuestros tiempos de electricidad y vapor los expedientes caminan por lo regular en carreta, calcúlese su velocidad en el siglo pasado. Por fin, el trabajo llegó a su término, y en 1762 se publicaron tres de los seis tomos de la nueva Ordenanza, que mandó observar desde luego la real orden de 27 de abril de 1763. Pero en el mismo año se revocó este acuerdo, se suspendió la impresión, y la Ordenanza, a medio nacer, quedó virtualmente derogada o como no nacida.

Vallecillo, de quien se toma esta curiosa noticia, achaca la peripecia al influjo del Conde de Aranda y de su camarilla, entrando en largas consideraciones políticas, que de ningún modo reproduciremos. Todo el que conozca la árida historia de nuestro insípido siglo XVIII, que respecto a guerra no registra más que inútiles desastres, sabe que lo que hoy llamamos política, y que entonces ni llegaba a “cabildeo”, se concentraba, no en la cámara, sino en la antecámara de Su Majestad.

El volteriano Aranda, según la usanza de todos los tiempos, disolvió la antigua Junta, que presidía D. Jaime Masones, con D. Nicolás Labarre por secretario, y trajo a la nueva, y bajo su presidencia, a sus amigos O'Reilly, Zermeño, Gazola, Manso, Bretón y Pazuengos. El secretario fue el coronel D. Antonio Oliver, hechura naturalmente de Aranda, y que luego subió a teniente general, reemplazando a O'Reilly en la Capitanía general. Fue el verdadero redactor de las Ordenanzas de 1768.

Nuestra Ordenanza de 1768, con toda su desigualdad de lenguaje y su falta de método, encierra principios que hoy mismo

llamamos liberales y filosóficos y que llevan medio siglo de delantera a los de la sociedad en general. Ya no se enaltece la sangre ilustre, como en 1632, a pesar de seguir dominando con mayor fuerza las mismas ideas en el Estado civil; el juicio por jurado, el Consejo de guerra, no lo tiene, ni quizá puede tenerlo un siglo después, la sociedad española; y, por entre las durezas irremediables del oficio, brilla siempre, como estrella de consuelo, aquel derecho de "llegar hasta el Rey con la representación de su agravio".

La Ordenanza de 1768, en su parte esencial y elevada, es inmejorable; mirada desde 1868 es un venerable monumento. ¿Puede, no obstante, seguir hoy respondiendo, sin anacronismo, a ciertos principios políticos y sociales sancionados por el tiempo, a ciertos cambios radicales en el Arte militar, y, sobre todo, a las necesidades prácticas del servicio diario en paz y guerra?

* * *

Persuadidos estamos de que en España no hacen falta leyes, sino costumbres; y éstas sólo el tiempo puede traerlas y afirmarlas. Por eso, no opinamos con los que pretenden que la Ordenanza sea nueva, esto es, la derogación absoluta y rencorosa de todo lo viejo. Táchese enhorabuena lo malo, lo incompatible, lo impracticable; pero no con la veleidad francesa, sino con el pulso, el tino y el envidiable patriotismo inglés.

Respetemos, pues, lo viejo cuando es bueno, probado y practicable. La vieja Ordenanza de 1768 lo que exige, con premura ya, es una inteligente restauración, para lo cual no se necesitan muchas personas, sino, como para una vieja catedral, un sólo arquitecto.

La reforma de la Ordenanza no es tarea de ciega demolición, sino de reconstrucción artística, artificiosa; es, si pudiera usarse lenguaje forestal, labor menuda de poda y escamonda de ramas viejas, inútiles o muertas, con manos acostumbradas, más bien que de hachazo en el tronco con el brazo vigoroso del leñador.

ORDENANZA

97

El tiempo con su guadaña tiene ya hecha la mitad de la tarea. ¿Quién recomienda al soldado que empuña una carabina Minié, Berdan ó Remington que conserve “las dos famosas piedras con sus zapatillas de baqueta? ¿Quién hizo desaparecer la “vara del cabo”? ¿Quién, sin ella, imprime al actual soldado su marcial apostura y su intachable policía?

Difícil es, sin embargo, mantener en el fiel una balanza, cuyos platillos tan rápidamente oscilan al peso de los partidos y de sus pasiones.

El más avanzado, que en 1.867 toma consistencia democrática y republicana, tiene la manía imprevisora de resucitar con ruidosa apoteosis hechos que ninguna ley militar podrá absolver, ni consideración política atenuar; el retrógrado, a falta de una aristocracia que nunca ha existido como cuerpo, quiere apoyarse en la teocracia que se va o se fue, olvidando que los tiempos se suceden, pero no se parecen. Para aquéllos, la Ordenanza es impasible y el Ejército también; para estos otros, ya que no en un convento, el país se ha de convertir en un cuartel; sólo de ese modo es gobernable. Nunca sobrada autonomía para aquéllos; jamás bastante atonía para éstos. Unos y otros, para conspirar, rasgan sin escrúpulo la Ordenanza “gabacha” de 1.768; escalado el poder, la ponen compungidos sobre su cabeza con reverencia farisaica.

Si ridículo es el cardenal Portocarrero, coronel del regimiento de la chamberga en 1680, ridículo sigue siendo el mismo Cardenal en 1704, coronel de la guardia real. ¿Tan difícil es en un país ya mayor de edad encontrar una legalidad común, según ahora se dice, y aceptable para todos en asunto tan trascendente como la Ordenanza del Ejército? Aun en plena guerra civil, es forzoso que cada partido, de por sí, tenga ordenanza y disciplina.

A nuestro juicio, no es tan ardua ni pavorosa esa larga empresa de reformar la Ordenanza. La primera y fundamental condición de la nueva debe ser la concisión, la brevedad. Cada artículo un aforismo liso, llano, inteligible, tan sólido y aplicable a ejércitos musulmanes o protestantes, como a ejércitos jesuitas.

En la profesión y en el Arte militar hay poco de inmutable de permanente, de sagrado, y mucho de variable, pasajero y contingente. La plancha de bronce con que se grabó la famosa carga en once voces y cincuenta tiempos, que acibarró nuestra niñez en el Colegio, cae hecha polvo, no al impulso de sangrienta rebelión, sino entre las carcajadas de los actuales alféreces a la sola presencia del Chassepot o del Peabody; como estos mismos fusiles van ya causando compasión en 1867 ante los Spencer, Vinchester y demás repetidores. La marcha a la prusiana ya no la usaban en 1830 más que los maestros de baile. El "paso triplicado de Luchana", en 1840, llevó al hospital a todos los cornetas. Si tales menudencias ha de estatuir, reglar, prevenir y precaver una Ordenanza, fuerza es convenir en que la obra será babilónica; si ha de dar gusto a ciertos militares, la obra es imposible. Un ordenancista, cuyo corbatín emballenado le ensangrentaba las orejas, no puede comprender que haya Ordenanza con oficialitos desabrochados y enseñando la nuez.

Porque -triste es confesarlo- militares hay, y no pocos, para quienes la Ordenanza no va más allá; pero, como aquí se escribe para que se lea, y esos ordenancistas no abrirán este libro porque "les estorba lo negro", bien podemos reírnos a mansalva y seguir afirmando que la nueva Ordenanza no debe incluir puerilidades. Al oficial no ha de decirle la Ordenanza que vista levita de

dril en la Habana y de paño en Madrid; pero si le inculcará fuertemente que en toda latitud geográfica, con frío o calor, conserve ileso su honor, que ame a su patria, que obedezca y respete a sus jefes, que cuide a su tropa, que estudie su obligación y que la cumpla leal y puntualmente.

Despojada la vieja Ordenanza de 1768 de algunos galicismos; de algunos primores de Oliver (sólo por complacer a Vallecillo); de algunas definiciones inexactas; del tecnicismo ya anticuado, y del fárrago de nimiedades o disposiciones transitorias, con las circunstancias y hasta con las modas que las ocasionaron, quedaría un fuste, duro y seco en verdad, mas, por lo mismo, sin huelgos, vacíos ni contradicciones; sin rendijas para la interpreta-

ORDENANZA

99

ción; sin estorbos para la memoria;- sin logomaquias ni anfibologías. A este catecismo del dogma militar, ya que por reverencia no se le llame evangelio, deben acompañar dos largos reglamentos, conexos, gemelos, independientes, retocables cada decenio, si se quiere: uno, para el servicio de guarnición, y otro para el servicio de campaña. Cualquiera puede hacerlos, tomando lo que convenga a España de los de Francia, Italia, Austria y Prusia, que son excelentes y probados.

El reglamento táctico de las armas debe ser tan elástico y variable como lo es el arte mismo. Si hoy se forma en dos filas, mañana puede que se vuelva a formar en ocho; si hoy todo es línea y esponjamiento y guerrillón, puede volverse al escuadrón cuadrado de Rocroi y a las columnas cerradas de Waterloo.

La Administración militar podía compendiar en reglamento, variable también, pero redactado con lógica y trabazón, todo lo que concierne a sueldos, víveres, municiones, material fijo y costoso.

Para toda esta parte puramente moral y militar, técnica y científica, la dificultad no es invencible; pero la Ordenanza no es esto sólo; tiene que abrazar elementos de Organización, y, sobre todo, de Justicia militar. Aquí se atascó el proyecto de reforma de 1.853, y aquí es donde siempre surgirán gravísimos embar-

zos. Nuestra incompetencia en tan hondas materias nos impide entrar en ellas.

Que la milicia forzosamente ha de tener un Código suyo, exclusivo y especial, nadie lo niega. Desde luego, la Legislación militar, por especial o privativa que sea, tiene que enlazarse y depender de la Constitución del Estado y de su Legislación civil. Primera dificultad: fijar bien los límites donde concluyó el hombre y principia el soldado. El militar es, a la vez, hombre y ciudadano; hay, pues, que distinguir bien las dos entidades. Dentro ya del círculo militar, hay diferencia entre el soldado y el oficial: aquél pasa, éste permanece.

Uno y otro tampoco pueden ni deben ser juzgados y condenados por una misma ley, o por igual procedimiento, cuando es

100

JOSE ALMIRANTE TORROELLA

tán en guerra o en paz, en campaña o en guarnición. Tal cosa, que en paz es falta grave y leve, en guerra es delito y grave. Al decir la vieja Ordenanza, muy bien dicho, “que todo servicio en paz o en guerra se haga con igual puntualidad y desvelo que al frente del enemigo” hace una recomendación expresiva y oportuna. Dentro de nuestras costumbres, ya no cabe interpretar que un recluta, en plena paz, si se duerme estando de centinela, en guardia de honor, a la puerta de una autoridad, de un museo o monumento público, sufra igual pena que el escucha avanzado en campaña, que por miedo, descuido o traición entrega un puesto y quizá una brigada.

Un código militar sólo debe contener la calificación y graduación de faltas y delitos militares, con su sanción penal correspondiente. En tiempo de paz, la violación, el homicidio, el contrabando, deben ir a ley común. El deslinde es lo principal y, ciertamente, lo más difícil. Es evidente que, señalando la ley militar deberes especiales no comprendidos en esa ley común, crea delitos que no lo son para el resto de los ciudadanos, y una represión especial también. Y aquí entra de lleno la debatida y realmente ardua cuestión de unidad de fuero.

Admitido el código especial, trae consigo tribunales y procedimientos militares también, a los cuales por las nuevas leyes y

costumbres, hay que restringir mucho la atracción. La futura Ordenanza no debe ser código represivo de tumultos.

"Todo esto es evidentemente complicado. En tales trabajos, pretender la perfección absoluta es un absurdo; y debilidad, no acometerlos por inseguridad en el éxito o en el aplauso. Con los datos acumulados y un poco de voluntad, la nueva Ordenanza podría completarse en poco tiempo.

(Diccionario Militar)

XIV

JUSTICIA MILITAR

Al agruparse, en el siglo XVI, las Compañías en Tercios y Regimientos; formando ya unidades orgánicas más crecidas y permanentes, la justicia se ejerció por los jefes superiores, llamados Maestros de Campo y Coroneles, que tenían su auditor, preboste, capitán de campaña, barrachel, alguacil y verdugo.

No existiendo entonces Ordenanzas militares, regía para ciertos delitos el fuero común y, para los puramente militares, servían los bandos generales, publicados al abrirse la campaña o emprenderse las operaciones, como el que todavía en 1580 se publicó por el Duque de Alba para el ejército de invasión de Portugal.

Las tropas que doce años antes condujo el mismo Duque a los Países Bajos para sofocar la insurrección habían tomado ya la consistencia y el carácter de un verdadero ejército permanente, de un cuerpo de ocupación en un país enemigo, que mandó con tino y energía el Duque de Parma, Alejandro Farnesio, con título y

atribuciones de Capitán General, o, como hoy decimos, de General en Jefe en campaña.

Se hizo visible entonces la necesidad de uniformar y centralizar este ramo disperso de la justicia militar, y con este fin se publicó el decreto que lleva por título: *Ordenanza e Instrucción del Duque de Parma y de Plasencia, Lugarteniente, Gobernador y Capitán General por S. M. en los Estados de Flandes, sobre el ejercicio y administración de la jurisdicción y justicia de este felicísimo ejército. En Bruselas a 13 de mayo de 1587*. Este reglamento se completó con el "Edicto, ordenanza e instrucción, del mismo Farnesio, sobre el oficio de Preboste general y de los demás Capitanes de campaña y Barricheles del Ejército. Bruselas, 22 de mayo de 1587". De aquí nace, pues, la Justicia Militar moderna.

102

JOSE ALMIRANTE TORROELLA

Atendida la índole del Estado militar en el siglo XVII y la forma, todavía colecticia, de los ejércitos de operaciones, es presumible que se mantuviesen las Ordenanzas de Farnesio sin grandes modificaciones.

En el largo y borrascoso reinado de Felipe II; en el largo también y desdichado de Felipe IV, a pesar de la sublevación de Cataluña y Portugal, no se les ocurrió a los monarcas, ni a sus palaciegos, rodear el trono de un ejército, ni menos, asentarlo sobre sus arcabuces. Y la persona misma del monarca nunca necesitó en los dos siglos, para seguridad ni para esplendor, más que la escasa guardia de arqueros, o de la lancilla, tropa o, más bien, séquito palatino en grandes ceremonias, necesario siempre en el servicio interior del palacio, inferior quizá en número y ostentación al de algunos próceres o magnates contemporáneos.

Al advenimiento de Felipe V fue cuando realmente empezó a modificarse el organismo del ejército y mudarse el asiento de todo el estado militar. Su primera y constante preocupación, atizada por los defensores del nuevo orden de cosas, era, naturalmente, borrar hasta el último vestigio de todo lo austriaco, llevando la puerilidad hasta el extremo de suprimir y cambiar la nomenclatura y el uniforme. Tal era la premura de montarnos a la fran-

cesa, que las primeras ordenanzas se promulgaron en esa lengua, por falta de tiempo para traducirlas.

Mirado ya el ejército como sostenedor "armado y permanente" de un nuevo orden de cosas en el interior, preciso era crearle una posición especial y desembarazada para que obedeciese a la mano del gobierno, personificado entonces en el rey."La tendencia general era, a la sazón, extremada por todo género de prerrogativas, exenciones y distinciones; y, naturalmente, el Estado militar, verdadero fundamento de aquella máquina, tenía iguales derechos y más fuerza que la nobleza o el clero. Entonces nació esa compleja expresión de *fuero militar*, desconocida, en rigor, como reunión de exenciones y privilegios.

Es evidente que las tropas en todos tiempos, singularmente

JUSTICIA MILITAR

102

en campaña, han gozado de ciertos derechos que con toda propiedad pueden llamarse ilegislables o imprescriptibles, puesto que no necesitan estar consignados en código alguno; su ejercicio, siempre arbitrario, sólo ha sido regulado por la civilización relativa de las diferentes épocas históricas; pero no son derechos de esa clase los que se codifican o estatuyen en el fuero militar, como en el siglo pasado se entendía. Ese fuero, cabalmente, era más bien para el tiempo de paz, y sus reglas destinadas a fijar las relaciones sociales y políticas del Estado militar, en conjunto, con la masa general también del Estado civil, del cual se consideró perpetuamente segregado.

Sobre esta base tenía que adquirir gran ensanche la Justicia Militar que vimos nacer, no en la Corte, sino en el campamento de Alejandro Farnesio. Rigiéndose el militar por leyes especiales hasta en los actos más comunes y civiles de la vida, su justicia, peculiar y exclusiva, tenía que abarcar forzosamente extremos muy distantes; y, con tan extenso radio, tropezar continuamente y rozarse y envolverse con los círculos y curvas infinitas de otros fueros y de otras jurisdicciones.

Si tal era el objeto de los que entonces empezaron a llamarse golillas, rama desprendida de los antiguos juristas; si lo que se

buscaba era enredarse en un laberinto de tortuosos expedientes, conflictos y competencias, hay que confesar que el resultado fue satisfactorio, y el siglo XVIII puede envanecerse de haber atestado los archivos de papeles insulsos, fiel espejo de aquella milicia y de aquella sociedad.

Predominando hasta la manía, en una y otra, el afán de fuero, claro está que, en abrazando el fuero un crecido número de individuos, dejaba de ser fuero, dejaba de ser prerrogativa y exención; así es que el fuero militar ya no podía ser aceptable ni suficiente para las orgullosas tropas de la Casa Real. La Artillería no quiso ser menos; los Ingenieros tampoco; la Marina, ni entonces ni ahora ha tenido nada que ver con el resto de la raza humana. Por otra parte, los Capellanes de regimiento reclamaron su fuero; los funcionarios jurídico-militares también quisieron estar a dos

104

JOSE ALMIRANTE TORROELLA

palos; la Hacienda militar se consideró desairada sin fuero privativo; de modo que, dentro ya del fuero militar como entonces se entendía, giraban y se entrecruzaban seis o siete fueros y semifueros ordinarios, extraordinarios, especiales, privilegiados; todos con pretensiones y preeminencias de atracción; todos tan indóciles, revueltos y díscolos en la forma, como vacíos, vanos y pueriles en el fondo.

Pero el objeto, repetimos, se lograba. El militar gozaba su inmensa dicha de no ser paisano; el oficial de la Guardia Real, de no ser blanquillo; el de Alabarderos, de no ser de la Guardia; y el de Guardia de Corps, sobre todos, de ser... Guardia de Corps.

Todos estos esfuerzos nobiliarios ya se comprende que eran para obtener la derecha en alguna parada inofensiva, sobre algún otro regimiento más plebeyo.

Tal es la época, y conviene pintarla con sus colores, por lo mucho que se va alejando de la nuestra.

Para atender al cúmulo de incidentes que este sistema debía producir, ya la Ordenanza de 18 de diciembre de 1701, llamada de Flandes, amplió en este sentido las anteriores austriacas con el Consejo de Guerra o Tribunal de capitanes, y otras disposiciones.

En 23 de abril de 1714, recibió nueva planta el Consejo de la Guerra, tomando la presidencia el Rey y componiéndolo dieciséis ministros: seis militares, seis togados, tres abogados y un secretario; pero, en 17 de agosto de 1715, se redujo a diez, y creciendo el militarismo o el fuerismo, mejor dicho, se tomó el sesgo, bastante radical, en 1717 de dejar sólo ministros togados. Por fin, en 1724 volvieron los Generales.

En 16 de enero de 1769, nueva planta, a consecuencia de la Ordenanza vigente (1768); nuevas atribuciones en 4 de noviembre de 1773; y, pasando por alto pormenores, en 3 de junio de 1812, una nueva reorganización cambió el nombre de Supremo Consejo de la Guerra por el de Tribunal Especial de Guerra y Marina, que posteriormente cambió el adjetivo.

Tracemos ligeramente el cuadro orgánico de la Justicia Militar

JUSTICIA MILITAR

105

antes de la revolución de 1868.

Dentro del fuero militar común o genera], con sus dos ramas, la militar propiamente dicha y la criminal, quedaban los fueros político-militares de los cuerpos o institutos denominados así, y los privilegiados, especiales o privativos, reducidos al de Alabarderos, Artillería e Ingenieros, Vicariato castrense y Extranjería.

Del todo o parte de estos fueros gozan, respectivamente, tanto los individuos en servicio activo y los retirados y jubilados, como las mujeres, hijos y criados, las viudas y los huérfanos. Conservan el fuero criminal los retirados a los quince años de servicio y los caballeros de las Ordenes de San Fernando y San Hermenegildo, aun después de tomada la licencia absoluta y pase a otras carreras.

Los privilegios esenciales del apoderado de guerra consisten en ser juzgados por tribunales militares, tanto en delitos como en testamentos y pleitos civiles; exención de cargos concejiles, de alojamiento, de bagajes y de embargo por deudas de ropas, armas y efectos militares. El fuero militar tiene atracción sobre el común en casos de infidencia, conjuración, atropello a centinelas, patrullas o puestos, insulto a la autoridad militar, desertión y robo

en cuartel y en cuadrilla, y, en general, resistencia a la tropa y contravención a los bandos y disposiciones militares.

En contraposición, hay numerosos casos de desafuero: delitos contra la moral, la religión, la imprenta, la propiedad literaria; los de contrabando y fraude; y, en asuntos judiciales, muchos casos también de pleitos y contratos; por último, en los gubernativos, de sanidad, policía urbana, montes, portazgos, caza, contribuciones, espectáculos y otros, tampoco hay fuero.

La jurisdicción militar reside en los Capitanes Generales de Distrito o en los Generales en Jefe de los ejércitos de operaciones. Tienen a su inmediación un Auditor de Guerra, un abogado en concepto de Fiscal, y un escribano, que, bajo su presidencia, componen el Juzgado. Los Auditores y Fiscales son de Real nombramiento, disfrutando aquéllos asimilación o consideración de Coronel en lo militar y de Magistrados de Audiencia en lo civil.

No ejerciendo los Auditores jurisdicción sin la concurrencia de la Autoridad militar, en nombre de ésta encabezan las providencias y las firman después de ella.

Los Juzgados subalternos de los Gobiernos o Comandancias militares son meras delegaciones de las Capitanías Generales, compuestas del Gobernador, con un Asesor letrado y un escribano, para entender en las primeras diligencias de causas criminales o fallecimientos de aforados. En asuntos graves, la prosecución compete al Juzgado de la Capitanía General; en los leves y sumarios, los Gobernadores resuelven con dictamen del Asesor.

El Tribunal Supremo de Guerra y Marina, después de las varias modificaciones arriba mencionadas, quedó compuesto de un Presidente y Vicepresidente, ordinariamente Tenientes Generales; de dos Salas, una de Gobierno y otra de Justicia; aquélla con cinco Generales del Ejército, dos de la Armada, un Ministro político-militar y un letrado asesor; ésta, con seis, y luego ocho, Ministros togados; en ambas puede haber cierto número de Ministros suplentes. Dos Fiscalías, una militar y otra togada, una Secretaría, un Archivo y una Escribanía de Cámara, completan el Tribunal Supremo, que tiene tratamiento de Alteza y de Muy Poderoso

Señor, por escrito. Sus empleados de todas clases son político-militares; no concurren en corporación a ningún acto público; ejerce jurisdicción militar y es uno de los altos Cuerpos Consultivos del Estado. Entiende, además, en lo referente al Montepío militar, en los retiros y en las cruces de San Fernando y San Hermenegildo, en cuyas Órdenes ejerce funciones de Asamblea Suprema.

El Cuerpo Jurídico militar se compone, pues, de los Auditores y Fiscales de los Juzgados, de las Capitanías Generales, y de los Auditores, Abogados Fiscales y Relatores del Tribunal Supremo de Guerra y Marina. El destino de Fiscal en los Juzgados de Capitanía General no se consideró permanente hasta 1841, en que se le asignó sueldo. Los Asesores de Gobierno de Provincia no pertenecen al Cuerpo Jurídico Militar, y desempeñan ese cargo los Promotores Fiscales de los Juzgados de primera instancia.

JUSTICIA MILITAR

107

Los delitos puramente militares, cometidos por individuos del Ejército que no tengan fuero privilegiado o privativo, se juzgan por los Consejos de Guerra, cuya composición y denominación varía según la clase o graduación de los acusados.

Por lo que respecta a las Comisiones militares o Consejos de Guerra permanentes, cabalmente en estos últimos años es cuando la opinión fluctúa más sobre su conveniencia y oportunidad. Relacionados lastimosamente con la política, sufren sus oscilaciones; enaltecidos, quizá con exceso, cuando aquella es preventiva o represiva; vituperados, indudablemente con rencorosa pasión, cuando aquélla entra en sus períodos expansivos. Nada más elástico ni ocasionado que la famosa ley de 17 de abril de 1821, desenterrada por todos los partidos, interpretada de distinto modo en cada aplicación y destinada a turbar la conciencia del militar recto y prudente, que, si acepta y aplaude lo rápido, lo severo de su propia justicia y procedimiento en delitos puramente militares, teme que su aplicación, tal vez irregular, a cuestiones puramente políticas (singularmente no interviniendo delitos comunes, ni graves desmanes), produzca fallos poco meditados,

penas insuficientes un día, exorbitantes otro, y ejecutorias, a veces, que dejen cruel remordimiento.

Los conatos de una ley de orden público de todos los Gobiernos demuestran, al parecer, que esa ley es imposible, mientras no tome asiento más seguro nuestra organización política y social; mientras la opinión pública no logre encontrar una expresión franca, legal y respetable.

Pudiera, sin embargo, evitarse a los militares la frecuencia lamentable con que, en apuradas situaciones políticas, se les encarga una represión judicial, que repugna a sus hábitos, por el dejo amargo y odioso que inevitablemente queda. El Ejército, que nunca ha manifestado sino profundo respeto a lo severo de sus Ordenanzas, porque sabe cuán necesario es a veces todo su rigor; el Ejército, que nunca vacila en reprimir con las armas el desorden y restablecer, prodigando su sangre, el principio de autoridad menoscabado, varias veces ha manifestado su disgusto

108

JOSE ALMIRANTE TORROELLA

en aplicar sus terribles procedimientos judiciales, cuando el combate cesa y la justicia ordinaria, si abreviase los suyos, pudiera ser suficiente.

La última expresión de la Justicia Militar, en lo rápido y sumario del procedimiento, es el Consejo de Guerra verbal, raro y terrible trance en que, forzosamente, obligan a abreviar y suprimir trámites, altísimos intereses comprometidos: la moral, la disciplina, la salvación quizá del Ejército y del país. Por cruel que sea, por mucho que repugne a los principios de humanidad, cada día más respetables, hay momentos supremos en que el castigo tiene que ser inmediato, la expiación sangrienta, para que la reacción por el terror sea instantánea y el escarmiento, luego, duradero y saludable.

* * *

Este voluminoso y complicado aparato de la Justicia Militar, desde hace muchos años no satisface ni responde ya al nuevo orden de cosas, que, con repetidas conmociones, puede darse por asentado desde 1840. Desde la misma guerra de la Independencia hubo asomos y conatos de necesaria modificación o re-

forma. Detenida ésta por la restauración absolutista de 1823 y, luego, por la guerra civil de los Siete Años, en los momentos relativamente tranquilos siempre ha vuelto a subir a la superficie, mostrando su verdadero carácter de urgente necesidad. En 1854, cuando la Ordenanza general estuvo a punto de salir reformada, esta parte de justicia militar produjo, como era natural, por su manifiesta gravedad, tropiezo y retardo.

El lector que guste profundizar este ramo, tan árido y escabroso como principal y trascendente, puede consultar los notables y contrapuestos dictámenes de Núñez Arenas y Fernández de la Hoz, Fiscal éste y luego Ministro aquél del Tribunal Supremo, tan eminentes jurisconsultos ambos como distinguidos escritores.

Aquí nos falta competencia y espacio para tocar, ni de pasada, tan graves cuestiones.

(Diccionario Militar.)

XV

ADMINISTRACION MILITAR

Desde el momento en que se organiza una agrupación de hombres, la administración es indispensable. Cuando la agrupación tiene, como la milicia, un objeto exclusivo, determinado, y algo diferente de los otros servicios del Estado, es a todas luces, conveniente que tenga su administración especial e interior, que pueda englobarse luego toda junta en la administración pública o general.

Es obvio que el hombre a quien se destina y prepara para combatir tiene lo bastante con este encargo, sin añadirle el de armarse, equiparse y mantenerse; pero lo que ahora tenemos por trivial, ha tomado en otros tiempos las proporciones gigantescas de arduo y temeroso problema.

En la instauración de los ejércitos permanentes y nacionales puede verse, sin gran sagacidad, algo más que nubes perpetuas de langosta, destinadas a devorar la flor de la juventud y del presupuesto de un pueblo, y, cabalmente, impedir que esto suceda es, a nuestro juicio, la definición más concisa y general que puede darse del elevado cometido señalado a la agregación de funcionarios conocida con los antiguos nombres de "Oficio del sueldo y Hacienda Militar", o con la reciente denominación de "Administración Militar o Cuerpo administrativo del Ejército". Sueldos, víveres, armas, caballos, cuarteles, hospitales, utensilios, transportes y el costoso material de fortificación y artillería entran en la órbita administrativa del ejército.

Salir del paso con alguna chanzoneta contra esos papelistas llamados militares, que no vierten sangre, sino tinta, es perpetuar en el ejército malos resabios, ideas estrechas, rivalidades mezquinas.

No es concebible siquiera la máquina voluminosa de un ejército en el día, sin el principal resorte de una excelente administración económica.

Hoy, el ejército permanente no es la mesnada feudal, sencillamente administrada en su rápida algara por un modesto cebadero (1); no es la tropa temporera de reitres, lansquenetes, estradiotes o "condottieri", alquilada por un tanto alzado; es una parte integrante y muy principal de las naciones, cuyo mantenimiento absorbe irremediabilmente en todas ellas respetables sumas y cuya inversión requiere minuciosas garantías de comprobación y acierto.

Es evidente que la milicia tiene el derecho de que el Estado satisfaga sus necesidades justamente reconocidas; pero todo derecho implica un deber, y la milicia lo tiene ineludible de dar a los fondos que recibe el destino señalado, comprobándolo por los medios consagrados en la moderna ciencia económica. Atención tan primaria, tan indispensable, no puede encomendarse a todos a un tiempo; tiene que ser encargo de unos pocos; debe constituir

lo que en el día llamamos "especialidad", y admitida ésta como útil, como forzosa, es una puerilidad perderse en averiguaciones de cuál es preferente: si hacer guardias, o hacer ciudadelas, o hacer cañones, o hacer cuentas.

Todo individuo, tanto en la sociedad como en el ejército, que desempeñe honrada y diestramente su cargo, sea el que fuere, tiene en su esfera iguales derechos al aprecio y consideración de los demás.

Sentado esto, la Administración Militar tiene que ser un instituto de la milicia, instituto esencialmente militar, resorte muy principal de su complicada máquina, cuyo mecanismo regula, y el cual debe forzosamente conocer en todos sus pormenores.

Esta opinión, sin embargo, no es unánime, y, si buscamos

(1) Nombre con que en los ejércitos godos se designaba al asentista de viveres, que se obligaba a satisfacer los pedidos bajo pena de pagar el cuádruplo por día de retraso. Recuérdese que la caballería predominaba entonces. A fines del siglo XV todavía se usaba "dar cebada" por "alto para comer".-(Nota de la Editora.)

ADMINISTRACION MILITAR

111

imparcialmente los puntos de divergencia, "quizá se encuentren tan abajo, que parecerán algo fútiles.

Puede ser uno, el significarlo estrecho y vulgar que se da a la palabra ejército, aplicándola sólo a la tropa que forma al son de corneta; puede ser otro, la repulsión invencible que inspira en las filas la aparición, algo fastuosa, de un nuevo cuerpo especial con atribuciones fiscales no deslindadas, con numerosa escuela (1855), con asimilaciones jerárquicas, con tropa exenta, con pretensiones ya visibles, que, a través del lujoso uniforme y de las divisas militares, pueden llegar hasta el fuero privativo (perdido por ley de 11 de julio de 1865); hasta la escala rigurosa, hasta los humos facultativos, intolerables cada día más en las armas realmente principales. Podremos equivocarnos; pero si el nuevo Cuerpo de Administración Militar encuentra algo premioso su encaje en el cuadro orgánico de la milicia, quizá lo deba a presentarse de pronto algo más hinchado y voluminoso de lo que convendría al lugar importante, pero estrecho, que en buena organización le cabe.

La Administración Militar debería prevenir y calmar ese recelo, que despierta involuntariamente la vista de su escalafón y el programa de estudios de su Escuela en 1865; se teme que algún día llegue a haber más intendentes que soldados, o que el comisario exhiba más derechos científicos para mandar un ejército que el general a cuyas órdenes sirva.

Con la misma imparcialidad con que sostenemos la utilidad y la conveniencia del Cuerpo Administrativo, señalamos el escollo en que puede tropezar un excesivo celo y el afán de especialidad facultativa. Estos son "meros detalles; pero muchas veces suelen ahogarse en ellos fecundos y cardinales pensamientos de organización. Quizá recogiendo un poco el vuelo; dando al tiempo lo que es suyo; dejando entreabierta por arriba la escala a ciertos oficiales de fila, de justificada inclinación y aptitud, lograrse la Administración Militar extirpar antiguas preocupaciones y adquirir en el ejército merecida popularidad.

Por lo demás, su abolengo es envidiable: si los ingenieros

112

JOSE ALMIRANTE TORROELLA

vienen de Pedro Navarro y los artilleros de Francisco Ramírez de Madrid, a nuestro juicio, la Administración Militar moderna bien puede tomar su origen en aquella noble reina que tan acertada y asiduamente cuidaba de las vituallas, de los convoyes de los hospitales, de la pólvora, del inmenso y desconocido material, en la estratégica conquista de Granada. Las extrañas nociones de contabilidad, severamente militar, que manifestó aquella pura y perfecta señora, no eran fruto del acaso, sino de una predisposición feliz y armónica que involuntariamente la lleva a descubrir, muy por debajo de su trono, aptitudes y méritos modestos, como el de su Intendente militar Alonso de Quintanilla. Las Ordenanzas firmadas por Fernando en Barcelona, a 28 de julio de 1503, y por Isabel en Monasterio, a 5 de Agosto, son el punto convencional de partida para la historia de la Administración militar.

La radical reforma que, en el siglo XVIII, sufrió toda la organización, introdujo hasta la nomenclatura francesa. Los Veedores y Contadores cambiaron sus castizos y expresivos nombres por los de Comisarios y Ordenadores; el Oficio del sueldo se tornó en

Intendencia; y una plaga de franceses financieros, acaudillados por el célebre Orry, lo que logró fue confirmar que no es posible en España la repetición del milagro de los panes y los peces. En 1748y 1749, la vuelta al sano principio de que no debe gastarse más de lo que se tiene, produjo, más bien que las Ordenanzas de Intendentes y Comisarios de dicha fecha, mayor regularidad económica. Nuevas Ordenanzas de Utensilios en 1760 y las generales de 1768 fueron desembrollando el caos.

Como el siglo XVIII en España es desgraciadamente una traducción literal del francés, a Francia hay que ir a buscar los originales, por más que ahora ya principie a repugnamos. Napoleón 1, aunque crease el tren de equipajes, daba muy poca importancia al hombre, y menos al material, para cuidar de la conservación de uno y otro. La atrevida máxima de Catón y de Gibert, "la guerra debe alimentar la guerra", recibió literal y bárbara aplicación. Alemania; Italia, España, conservan hondas cicatrices del cauterio brutal con que entonces se restañaba la sangre;

ADMINISTRACION MILITAR

113

y los horribos desastres que precipitaron "la caída del primer imperio francés vinieron a probar lo ya probado desde Atila: que un ejército no lo constituye la aglomeración de hombres, mientras no le dé cohesión el orden, la disciplina, la administración.

En las guerras de la Independencia y Civil mal podía funcionar con regularidad la Administración Militar, si en rigor no existía la Administración pública. La guerra de África será la primera que registre el Cuerpo Administrativo como ejercicio ordenado de sus vastas funciones, y en ella suplió con celo lo que pudo haber de inexperiencia.

La Instrucción provisional de 1827, el Real Decreto de 17 de julio de 1837, las Reales Ordenes de 20 de febrero de 1840 y 7 de mayo de 1847 desprendieron la Hacienda militar de la civil y deslindaron sus atribuciones. Suprimida en 29 de diciembre de 1852 la antigua Intendencia general, que con el nombre de Dirección se confió a un General; reorganizado el Cuerpo en 18 de febrero de 1853; creadas las compañías de obreros, y sin necesidad del programa de su Escuela, aprobado en 4 de julio de 1864,

la Administración Militar española tiene sobrados elementos para competir con la que más sobresale en Europa.

El gran paso está dado; la conveniencia de separación entre el mando de armas y administrativo está fuera de toda discusión; ya, no sólo los jefes de división o brigada, sino los coroneles de regimiento, por reciente disposición, quedan desembarazados de los enojosos pormenores de contabilidad y administración; pero, por lo mismo, el Cuerpo administrativo está moralmente más comprometido, no sólo a redoblar su ya probado celo, sino a facilitar, en vez de entorpecer, la gestión administrativa, haciendo ver el orden y bienestar que al ejército proporciona; a suavizar la aspereza de su acción fiscal, y no ceder, con pretexto de fútiles asimilaciones, a la vanidosa tendencia de formar otro Cuerpo facultativo más.

(Diccionario Militar.)

LA NACION EN ARMAS

**UN LIBRO SOBRE ORGANIZACIÓN DE EJÉRCITOS Y CON-
DUCCION DE GUERRA EN NUESTROS TIEMPOS**

Federico Von Der Golz

1

El cuerpo de oficiales

“El espíritu del Ejército prusiano radica en sus oficiales”. Esta frase del general von Rùchel, uno de los mejores representantes del Ejército prusiano de 1806, quien en el campo de batalla de Jena selló con su sangre el juramento de fidelidad al Rey y a la Patria, quizá sorprenda por su forma altisonante. Pero su fondo es excelente.

En todos los tiempos y en todos los pueblos el estado del cuerpo de oficiales decide la calidad del ejército conducido por ellos. Se repite aquí lo que se puede observar de un modo general en la vida política. Mientras las clases cultas que gobiernan conservan la aptitud para ello, el pueblo permanece capaz y fuerte. Pero la decadencia de las clases dirigentes arrastra también la de todo el pueblo. Aun una gran revolución social sólo logra cambiar esto si las clases elevadas por ella demuestran pronto que poseen todas aquellas condiciones que son necesarias para la dirección provechosa de los negocios de la Nación. También en

este sentido la revolución alemana de noviembre de 1918 ha quedado debiendo la prueba de su justificación.

En el antiguo ejército alemán el cuerpo de oficiales se formaba, por principio, de acuerdo con las tradiciones prusianas *de las clases superiores de la nación*, las que ya en la vida ordinaria ejercen una influencia natural sobre las masas. Federico el Grande, el creador del cuerpo de oficiales prusiano, lo formó exclusivamente de la nobleza hereditaria, pues solamente ésta se hallaba en condiciones de suministrar el personal apropiado, por su posición social, educación y tradición. Cuando estas condiciones no fueron, privativas se modificó también la composición del cuerpo de oficiales. Aunque se reclutaba como antes en la aristocracia de la nación" ella ya no significaba únicamente la nobleza de nacimiento, sino toda la aristocracia de educación, a la que le correspondía tanto en la vida política como en la social la dirección del país.

2

Con razón se dio en la elección de los aspirantes a oficial una importancia especial a la educación general, pues se veía en ella la base de elevadas condiciones morales. Pero no se atenía exclusivamente a la instrucción, es decir, a la científica, sino que se tomaba también en cuenta la educación del corazón y del carácter:

Se exigía del oficial que en interés de su servicio renunciara al lucro, a ventajas personales, a la riqueza y al bienestar. Se consideraban, por consiguiente, especialmente apropiadas como fuente de reclutamiento de oficiales a las partes de la población que ya por su carrera estaban llamadas a servir los intereses de una gran causa común y menos los suyos propios. En las antiguas familias de oficiales y de funcionarios del estado los hijos eran educados en el cumplimiento del deber ya por el ejemplo de sus padres.

El peor enemigo de la capacidad del cuerpo de oficiales es, indiscutiblemente, el *egoísmo*. Toda actividad que se prestaba para fomentarlo se consideraba: como incompatible con la situación de oficial. Fue, por lo tanto, muy conveniente dar a la oficiali-

dad de un ejército el carácter de una corporación en la que cada uno de sus miembros estaba socialmente a igual altura que otro, con intereses y deberes comunes: La comunidad se sentía responsable de las acciones individuales, sucediendo lo propio en el individuo con respecto a la comunidad: De este modo nacieron en el cuerpo de oficiales particularidades que hacían recordar las antiguas hermandades en sus mejores tiempos. Debía presentarse como una verdadera orden de caballería.

Si el cuerpo de oficiales no hubiera estado animado por *ideales*, no habría podido cumplir su misión, que culminó en la guerra mundial. Se puede expresar sin vacilaciones que en las luchas de esa guerra, las más difíciles que jamás se hayan desarrollado en esta tierra, el oficial alemán ha sido siempre para su tropa modelo de valor y de fidelidad. Él no ha considerado su vida, sino que frecuentemente se ha expuesto a la muerte en una medida mayor de lo que el objetivo del combate en sí lo exigía, Si no hubiera sido así, se hablaría hoy menos de los incomparables actos

3

heroicos de las tropas alemanas. Pero el ejemplo del superior inflamaba los corazones de sus subordinados; desarrollando los instintos nobles, sin los cuales no se pueden realizar los grandes hechos.

En la guerra mundial hallaron la muerte por la patria 12.613 oficiales activos del ejército patrio y colonial, es decir, el 24,8 % del cuerpo de oficiales activos. Más del doble fueron heridos. Estos números hablan por sí solos en forma elocuente. Ellos constituyen; para todos los tiempos, un monumento de honor en la tumba del antiguo Cuerpo de Oficiales, en el cual el pueblo alemán no debía dejar de colocar de tiempo en tiempo una corona de recuerdo.

Para semejante esfuerzo se necesitaban condiciones sobresalientes, que no podían ser innatas en todos. Fue el resultado de la educación dentro del círculo de camaradas, en el cual se daba oportunidad hasta al más joven de entrar en todo momento en relación con hombres sobresalientes de mayor edad. Éste fue el sentido más profundo de la comunidad de esa clase.

En lo que respecta a la influencia del oficial sobre el soldado, se la procuraba obtener por la instrucción y dirección de éste, mediante el acertado empleo de las condiciones superiores de espíritu y carácter del primero. Sobre todo, debía abarcar este empleo también la preocupación por el bienestar del soldado. Bien se sabía que la decadencia de un Cuerpo de Oficiales y de su influencia principia tan pronto como los oficiales empiezan a no preocuparse de cada hombre y se limitan a ordenar. Se era de opinión que cuando la autoridad de los superiores se hace sentir en forma ruidosa, ya se halla de hecho sobre bases, poco sólidas, y que cuanto más deficiente es la disciplina en el ejército, tanto más despótico es el hábito con que ella se cubre. Los reglamentos disciplinarios eran moderados. Su aplicación se efectuaba de una manera absolutamente benévola. El objetivo supremo era que el castigo tuviera un fin educador.

Las relaciones entre el oficial y el soldado en el ejército de paz fueron siempre buenas. Se han transmitido sin alteraciones al ejército movilizado, influyendo en él hasta el último momento. De

4
esto da prueba la retirada ordenada del ejército de millones, del frente occidental alemán en noviembre de 1918, después de la firma del armisticio. Perseguido de cerca por un enemigo muy superior, amenazado por la revolución en la zona de etapas y del interior, exhausto, mal alimentado y moralmente quebrantado por el triste resultado de la lucha de tantos años, el Ejército se hallaba en la situación más difícil imaginable. Y, sin embargo, debía ejecutar un movimiento que imponía exigencias extraordinarias a la disciplina de marcha. Sólo podía tener éxito si la tropa permanecía firme en la mano de sus jefes. Y éste era el caso, a pesar de las circunstancias adversas, puesto que la confianza mutua, que imprimía su sello a las relaciones entre el superior y el subordinado, no había sido destruida completamente, ni aun por la revolución.

La situación privilegiada en el Estado, de que gozaba el Cuerpo de Oficiales en Alemania, tenía su razón de ser en una necesidad profunda. El oficial debía exponer su vida en la guerra sin miramientos. A esto se prestarían más fácilmente aquellos

que ya en tiempo de paz estaban acostumbrados a considerarse como algo superior y que, por lo tanto, sentían en sí el deber moral de realizar también acciones extraordinarias. Personas de una posición insignificante y subalterna raras veces sentirán impulsos para ello. Los esclavos siempre son cobardes. Pero la esclavitud de una vida triste y difícil no es menos depresiva que cualquier otra. Ella priva al hombre del sentimiento de su dignidad, y éste es absolutamente indispensable al oficial en campaña.

La consideración social que se tenía a su clase fue un capital ventajosamente invertido. Aun los prejuicios, que algunos oficiales jóvenes manifestaban, cuando se les rendían más honores que a otras personas de su edad, dieron un buen interés en él campo de batalla en beneficio de la patria. El que debe mandar y dirigir debe poseer cierto orgullo de su posición. Si está algo más posesionado de su dignidad de lo justamente necesario, realmente no hay un gran daño. Solamente un alma de filisteo lo tomará a mal.

5

Como, además, el oficial debía renunciar a labrarse una fortuna, a establecer un hogar permanente y a asegurar el porvenir de su familia, como es posible en las demás carreras, no era más que justo y equitativo recompensarlo por distinciones exteriores. Pero fueron precisamente éstas las que con mayor frecuencia atraían a la situación de oficial la envidia de compatriotas cortos de vista y de corazón mezquino.

Sobre la situación del Cuerpo de Oficiales en el Estado un autor militar se ha expresado ya hace, bastante tiempo de una manera que aun hoy merece nuestra atención.

“El egoísmo se ha extendido de los hombres aislados a las clases sociales enteras. Una clase aprecia a las otras únicamente de acuerdo con la proporción de beneficios que de ella pueda obtener cuando reconozca una analogía en la forma o una tendencia común inmediata hacia el mismo fin. En un estado monárquico el gobernante favorece a la nobleza, puesto que así puede contar con su apoyo. En un estado comercial, el comerciante es

más estimado, y éste considera a la navegación, después de la suya, como la más honrosa ocupación. El interés personal, apreciado de acuerdo con las diversas necesidades, es la vara con la cual una clase mide la importancia de las otras, otorgándole la consideración consiguiente.”

“El sabio aborrece la milicia, porque las musas huyen al estruendo de las armas. El hombre de estado palidece cuando calcula los grandes gastos que ocasionan las instituciones militares. El funcionario civil se muestra celoso de la parte de autoridad que tiene que ceder al militar y mira a menudo a los soldados como ciudadanos pertenecientes a otra nación. El moralista, se fastidia por el modo alegre de ser de los oficiales, mientras el dandy les envidia el brillante uniforme y la espada; el labrador no le puede perdonar, que le lleva a sus hijos y peones.”

“Pero en cuanto alguien ha tenido la desgracia de provocar nuestro desagrado, nos inclinamos de inmediato a notar todos sus defectos, aun los más pequeños, que de otro modo no hubiéramos advertido y, en cambio, no echamos de ver ni una de sus

6

buenas cualidades. Una vez que hemos tomado antipatía a alguna clase, todo cuanto fortalezca nuestro sentimiento interesado es como un nuevo afluente, que finalmente convierte el arroyo en un inmenso río”.

“Cuando, por último, durante una larga paz se pierde el recuerdo de los servicios prestados y no hay probabilidades de guerra, el elemento civil dirige cada vez más su atención a los sacrificios ocasionados por el mantenimiento de un ejército y trata de convencerse de la inutilidad de tal institución, para lo cual no faltan razones de solidez aparente.” (*Von der Decken.*)

Los primeros decenios del Imperio Alemán fueron, en este sentido, favorables para el Cuerpo de Oficiales. Tres guerras felices habían levantado su estimación y disminuido la antipatía de las otras clases sociales. Así pudo desarrollar su particularidad sin inconveniente. En recuerdo de Koniggrätz y de Sedan, se concedía mucho al oficial, porque se esperaba mucho de él en acontecimientos que pudieran presentarse en el futuro.

Pero la benevolencia que todas las capas sociales le ofrecieron se extendía también al simple soldado que llevaba el uniforme de la patria. Esto se manifestaba en la complacencia con que se soportaban las cargas militares. Gustoso daba el aldeano hasta lo último cuando en las maniobras su granja era ocupada por las tropas acantonadas, como si lo fuera por una manga de langosta.

Pero cuanto más duraba la paz, tanto más se olvidaban los méritos que el Cuerpo de Oficiales y el Ejército tenían en la unión y en el florecimiento consiguiente de la patria. A esto se agregó, en forma siempre creciente, la agitación del socialismo, que, de acuerdo con su punto de vista internacional pacifista, combatía por principio al Cuerpo de Oficiales, como el más sobresaliente representante de la idea del estado monárquico militar. Pero también en los círculos burgueses se empezó a adoptar una posición menos benévola hacia el oficial. Por lo menos, no debía gozar de privilegio alguno con respecto a los demás connacionales. En la disposición de ánimo pacifista, que pudo desarrollarse en el pueblo por una política débil, se esperaba del oficial que fuese ante

7

todo un ciudadano aplicado, pacífico y virtuoso, en vez de procurar que viviese en condiciones que le permitieran instruir soldados audaces y emprendedores. Se olvidaba que una clase social que no puede enriquecerse, forzosamente tiene que hundirse muy pronto en la insignificancia, si no se le conceden privilegios sociales, pues en la vida civil es principalmente la riqueza la que regula las categorías, y los oficiales alemanes fueron y lo son todavía -a Dios gracias- en su mayoría tan pobres como ratas de campanario.

Cuando estalló la guerra mundial y principió con una serie de victorias sin igual para las armas alemanas, el oficial fue de nuevo una figura de gran simpatía general en el pueblo. Esto cambió cuando, contra todas las esperanzas, no se alcanzó el gran éxito final.

Cuando, por último, la Nación se vio de improviso ante el hecho de la guerra perdida, *el amor se trocó repentinamente en odio.*

Esto no fue otra cosa, que la repetición de un fenómeno que se puede observar en todos los grandes movimientos revolucionarios. Siempre se dirige el furor de la masa contra determinadas clases de la nación, en las cuales ella ve los representantes de la situación a combatir. De este modo los sansculottes llevaron al rey y a la aristocracia al cadalso, los bolchevistas dirigen su furor contra los que poseían cultura y bienes, y en la más grande revolución alemana de la edad media, las guerras de los campesinos, los perseguidos fueron los caballeros y los juristas del derecho romano. Como la agitación socialista consiguió presentar a los oficiales como los autores y prolongadores de la guerra, pudo suceder -lo que en el Ejército Alemán se había considerado completamente imposible- que a generales canosos, cuya vida entera no había sido más que trabajo en el servicio de todo el pueblo, se les arrancasen las presillas del uniforme y que algunos oficiales fuesen hasta asesinados y maltratados. Es cierto que fueron los culpables de tales atrocidades generalmente los llamados "combatientes caseros" y "combatientes lejanos", mientras que el sol

8

dado del frente continuaba demostrando a su oficial respeto y consideración.

Con intención aviesa se expresa con alguna frecuencia que esta suerte que le cupo al Cuerpo de Oficiales no es del todo inmerecida. Episodios ingratos que siempre se producen en una guerra tan larga y en un cuadro tan grande, se generalizan y sirven de reproche al conjunto del cuerpo de, oficiales; tales reproches pueden ser justificados en casos aislados, pero de ninguna manera aquellos episodios son característicos para el conjunto. En todo caso, ellos no lesionan al cuerpo de oficiales activos, por la simple razón de que en la época de la revolución ya, había pocos de ellos en las unidades de tropa, pues la mayor parte yacía en las tumbas colectivas o en los hospitales. Y el que se refiere a los que reemplazaron a aquellos -se nombraron durante la guerra unos 150.000 oficiales- no insulta al cuerpo de oficiales, sino a todo el pueblo alemán, pues los nuevos nombrados proce-

dieron de todas las profesiones, desde el artista y erudito hasta el hijo del obrero y del labrador.

Al igual que toda la Alemania, su fuerza armada, especialmente su cuerpo de oficiales, tiene que *organizarse de nuevo desde sus cimientos*. Al proceder a esto se han reanudado las mejores tradiciones del tiempo pasado, y como el delirio revolucionario fue de corta duración, el pueblo ha recobrado paulatinamente su anterior actitud frente al oficial. Esto es halagüeño, pues de la capacidad y energía del cuerpo de oficiales depende más la vida de la nación que de cualquier otra clase. Por eso es necesario que el oficial se sienta elevado y estimulado en su labor por el cariño y la confianza de todo el pueblo.

No está en contradicción con esto que el Cuerpo de Oficiales fomente el *espíritu de cuerpo*. Este, como es natural, no debe manifestarse en una exclusividad altanera contra otras clases sociales, sino que debe manifestarse en que todos los miembros del Cuerpo se rijan por los mismos conceptos de camaradería, honor y deber. Únicamente entonces podrá el oficial cumplir su alta misión de educador del pueblo. De gran importancia es también el *lado económico* de la posición del oficial. Está en el

9

interés del estado proporcionarle una situación que lo libre de las preocupaciones materiales; con un haber suficiente y nada más.

Se le exige, que conserve su frescura juvenil hasta una edad relativamente avanzada. Su profesión, es arriesgar en la guerra, en medio de la incertidumbre, en una azarosa partida; su bienestar, su vida y su reputación. Para eso debe poseer, además de las cualidades militares, una cierta ligereza de carácter, que le haga no desesperar jamás y nunca tomar las cosas demasiado trágicamente. Pero será muy difícil que pueda conservar esa modalidad el que ya ha sido doblado en una vida llena de penas y sinsabores. De los oficiales que viven ocultamente en forma mísera, esperando el momento en que pueden vivir en algún rincón con un módico retiro, nada debe esperar el Ejército ni la Patria. ¿De dónde puede venir les a esas personas los impulsos francos y audaces indispensables para el conductor en la lucha?

También la conservación del *vigor* físico debe ser tenida en cuenta. La guerra mundial lo ha probado. No era poco pedir de un hombre de 45 a 50 años -esta era la edad de nuestros jefes de regimientos y comandantes de brigada de infantería en la segunda mitad de la guerra- acompañar a sus tropas sobre campos arados o cultivados y por terreno pantanoso, moverse en los campos de cráteres bajo un intenso fuego enemigo, pasando a la carrera de un cráter a otro, o llevar en la posición, durante semanas enteras, la vida de un troglodita. Que se imponga tal exigencia alguna vez a nuestros obesos comerciantes, a los propietarios de vida cómoda, a los fabricantes o rentistas de igual edad, y sé hallarán pocos que no la rechazarían como una locura completamente incompatible con sus años.

El oficial debe conservar una parte del bullente espíritu de la juventud hasta el final de su carrera. Esto lo podrá hacer únicamente si su posición le permite librarse en cierta medida de la presión de la vida diaria. Un sello de aristocracia debe manifestarse a través - de toda su existencia.

La profesión del oficial es hoy más compleja y se ha hecho, por consiguiente, más difícil que antes. Los medios y procedi-

10

mientos de combate presentan hoy una variedad tan grande y se callan en un estado tan manifiesto de evolución, que únicamente con un estudio afanoso y una dirección acertada pueden adquirirse todos los conocimientos que necesita poseer todo oficial para llenar su puesto.

Al lado del cuerpo de oficiales activos, *el de reserva* ha satisfecho en la guerra mundial plenamente las esperanzas que la nación había cifrado en ellos. A él le corresponde una gran parte de la gloria que la nación alemana en armas conquistó en los años de 1914 a 1918.

Todas las grandes potencias disponían de instituciones semejantes a las nuestras para el aumento y reemplazo del cuerpo de oficiales del ejército permanente en caso de guerra, pues ninguna de ellas era suficientemente rica como para mantener ya en

la paz un Cuerpo de Oficiales que hubiera bastado a las necesidades de la fuerza armada movilizada.

Ni aun el verdadero Ejército de Campaña, en caso de que hubiese existido tal intención, podría haber sido provisto exclusivamente de oficiales de carrera, puesto que éstos tenían que ser destinados en gran número a los nuevos estados mayores a formarse, a las unidades de reserva, de guardia nacional y territorial y a las de depósito. En su lugar se emplearon oficiales de reserva. Ya se ha mencionado, en otra parte, que hubiera sido más acertado enviar una menor cantidad de oficiales de carrera en seguida a campaña de lo que realmente se hizo. En todas las unidades, no pertenecientes al Ejército de Campaña, los oficiales de reserva constituyeron desde un principio la mayoría.

A medida que aumentaba la duración de la guerra y que se acrecentaban las pérdidas, tanto mayor fue la importancia de los oficiales de reserva. Ya desde el año 1915 un gran número de compañías y baterías se hallaba en manos de jóvenes tenientes de reserva. Hasta batallones de infantería y grupos de artillería fueron más tarde mandados por oficiales de reserva. En casos excepcionales se hallaron pasajeramente al frente de regimientos.

11

La formación de numerosas divisiones nuevas, a que se vio obligada Alemania por la superioridad numérica de sus enemigos y por el aumento de los teatros de operaciones, no hubiera sido posible si en la población civil no hubiesen existido personas aptas, con las que, después de una, instrucción suficiente, se podían cubrir los puestos de oficial subalterno en las unidades de tropa. En una época en que Rusia, por ejemplo, no podía sino reunir masas de hombres, Alemania podía aun por mucho tiempo formar tropas de real capacidad.

La obtención del título de oficial de reserva era en Alemania el deseo natural de todos los jóvenes pertenecientes a las clases en que debía reclutarse. Esto no se hacía sólo por el honor, sino que se apreció en su justo valor la importancia práctica de ese paso y su significación ideal. En el pueblo alemán, entusiasta por

las armas, todo habitante, aunque no tuviera inclinación o condiciones naturales para ser oficial de carrera, sentía en una época de su vida el deseo de ser soldado. El agricultor, el industrial, el jurisconsulto, el artista o empleado, a quienes la vida había encaminado hacia otros rumbos, trataban de satisfacer la vieja inclinación por lo menos en la condición de oficiales de reserva. Con gusto se dedicaban de tiempo en tiempo a la noble profesión de las armas. Fue en beneficio de la patria que esto fuera así, pues en la grave lucha de vida y muerte de la Nación nunca careció ella del apto oficial de campaña.

Podría parecer una injusticia que no pidamos iguales ventajas y la misma solicitud para los suboficiales y soldados. Pero hay una notable diferencia, a lo menos en el ejército formado por el servicio obligatorio general, puesto que ellos pertenecen al ejército sólo pasajeraamente. Su situación militar no es para ellos, como para el oficial, su única y exclusiva orientación.

Ellos cumplen, además, el servicio en la juventud, en que el hombre está aún lejos de las preocupaciones de la vida. Al soldado se le presenta en la vida civil la esperanza de formarse un porvenir seguro, después de un corto servicio bajo banderas. El suboficial cuenta con obtener por su servicio en el ejército, un empleo en la vida civil, en las distintas reparticiones del estado, al 12 que de otro modo no podría aspirar.

Una preocupación adecuada por el soldado será naturalmente de gran utilidad. No, debe sufrir privaciones ni sacar conclusiones desfavorables al comparar su situación con la de sus semejantes en el pueblo. El estar contento constituye un elemento de no escasa importancia para la capacidad interna de una tropa. Se produce por la justa medida entre el trabajo y el cuidado de que es objeto. Pretorianos acostumbrados a la comodidad prestarán tan malos servicios, como una tropa hambrienta y agobiada por el trabajo. El orgullo por su estado, el amor al servicio y el entusiasmo por él, deben producirse también en el soldado por el modo como es cuidado y tratado.

Sobre todo debe saber que en caso de caer herido o enfermo no sufrirá privaciones y que se cuidará de aquellos de quienes es

sustento y amparo, en caso de hallar la muerte en el servicio. De aquí nace el sentimiento de seguridad, del cual a su vez emana el valor y la energía.

En un ejército mercenario hay que contemplar todavía algunos otros puntos de vista. Los hombres se enganchan por una serie de años. Precisamente en la edad en que en la vida civil se procurarían una posición o se casarían, quedan circunscriptos a los cuarteles. Esto debe tenerse en cuenta para el cuidado y tratamiento del soldado. Su alojamiento no debe ser de la sencillez espartana usual en los ejércitos de corto tiempo de servicio, sino que debe ser de una naturaleza tal que permita nazca en él un verdadero sentimiento de hogar. También es de importancia para elevar el entusiasmo por el servicio que la Dirección del Ejército se empeñe en facilitar al soldado, terminado su largo período de servicio, el pasaje a una carrera civil. En este sentido se puede hacer mucho ya durante el servicio, por la intensificación y ampliación de la instrucción general, o facilitándole la iniciación en estudios especiales en cuanto lo permita la actividad militar. Es muy deseable nombrar a los soldados que hayan cumplido su tiempo de servicio para los empleos de que dispone el Estado, obligando, además, a las municipalidades a emplear un cierto número de ellos.

13

En el ejército nacional, los suboficiales y soldados cambian en breve tiempo. Únicamente el cuerpo de oficiales forma el elemento permanente. Por sus manos pasan todos los años una clase nueva de conscriptos. Todo el pueblo está de este modo sometido a su influencia. Todas las obras de los grandes conductores y de períodos históricos excepcionales, realizadas en el ejército, sólo pueden ser transmitidas por los oficiales a las generaciones sucesivas. Como los oficiales, así será el Ejército.

En el ejército de mercenarios, el radio de acción del cuerpo de oficiales es en este sentido considerablemente más reducido. En cambio, el soldado queda más tiempo que antes bajo su influencia. Esto da oportunidad de adelantarlo de manera que pueda cooperar eficazmente en la gran misión educadora que el

cuerpo de oficiales debe cumplir en el pueblo. Lo que el soldado aprendió de sus oficiales debe propagarlo al seno de su familia.

Por esta razón, *la frase de Rûchel* es hoy aun más exacta que cuando fue pronunciada. El espíritu que anima al Cuerpo de Oficiales es el espíritu del Ejército, y, extendiéndose más allá de los límites de éste, debe *ser el de la nación*.

II

DE LA CONDUCCIÓN DEL EJÉRCITO

1. El conductor de ejército

La historia nos señala la extraordinaria importancia del conductor de ejército. Vemos a los macedonios triunfar de enemigos diez veces superiores, y no dudamos que hubieran sucumbido si otro que Alejandro hubiera estado a su frente. Aníbal hizo de los cartagineses por algún tiempo los vencedores del primer pueblo

guerrero del mundo. Únicamente el genio de un César pudo triunfar en Alesio, Farsalia y Alejandría. Federico resistió al mundo, aun cuando las excelentes tropas, con las cuales marchó él a la guerra, ya habían muerto en los campos de batalla o se hallaban heridas en los hospitales, viéndose en la necesidad de alistar en sus filas a todos los que podía conseguir para su ejército en tan grave situación. Los franceses vencidos en Rossbach recorrieron victoriosos la Europa, cuando Bonaparte los guiaba. Grandes capitanes fueron capaces de dar nuevo brillo a las armas de naciones oprimidas o decadentes, como lo demuestran los ejemplos de Aristómenes, Belisario, Narres y Aetio. Hasta el postrado pueblo persa emprendió hacia mediados del siglo XVIII vigorosas guerras de conquistas y avanzó hasta Delhi, cuando Nadir-Cha se puso por la fuerza a su cabeza. Con la muerte o el retiro de un gran conductor, desapareció también frecuentemente la gloria guerrera de su nación. Cuando Alcibíades ya no mandaba a los atenienses, sus ejércitos fueron aniquilados. Pronto se consumó el destino de Cartago, cuando abandonó sin refuerzos y sin medios de acción a Aníbal. Las hordas de los conquistadores mongólicos fueron fácilmente aplastadas cuando dejaron de ser conducidas por Gengis Kan y Tamerlán; el terror que inspiraban las armas turcas cesó con la serie de los grandes sultanes.

Cuando

Turena murió en medio de una guerra victoriosa poco faltó para
16

que sus sucesores sufrieran una derrota completa; finalmente no pudieron hacer más que salvar al otro lado del Rin al ejército hasta entonces victorioso. "Asombra -escribe Federico el Grande en la historia de su tiempo- encontrar el fin del reinado de Carlos VI tan inferior a su brillante principio. La causa debe atribuirse exclusivamente a la pérdida del príncipe Eugenio. Después de la muerte de este gran hombre, no había nadie quien lo reemplazara". Más notable aún es observar cómo en 1813 y 1814 los franceses fueron vencidos casi sin excepción allí donde no se hallaba Napoleón, venciendo en cambio casi siempre tan pronto como se ponía a su cabeza.

Después de estas comprobaciones históricas, podría uno llegar a su conclusión de que las condiciones de los ejércitos influyen poco y que todo depende del genio del conductor.

Pero esta conclusión no es del todo justa para nuestro tiempo. Aunque la influencia de una personalidad genial se hará sentir hoy como siempre, ha cambiado, sin embargo, la medida de ella comparada con la de épocas pasadas.

En nuestros tiempos se necesitan cualidades especiales para alcanzar un grado en la jerarquía militar, en que los talentos sobresalientes del conductor recién pueden brillar y ser útiles.

Con razón decimos que el carácter hace el jefe. Pero los caracteres fuertes suelen exteriorizarse de una manera que más bien impide en vez de facilitar su rápido ascenso en tiempos de paz. Sin la Revolución Francesa, Bonaparte y Carnot hubiesen terminado probablemente como tenientes coroneles o coroneles. Federico el Grande, si no hubiera nacido príncipe, sin duda hubiera sido retirado como teniente.

Los grandes conductores de ejércitos sólo pudieron surgir independientemente de las circunstancias que los rodeaban en los tiempos en que los ejércitos estuvieron compuestos de personal más o menos voluntario, y en todos sus aspectos dominaba, por así decir una cierta espontaneidad.

En tales condiciones la energía y la influencia personal encuentran el más amplio campo de acción, el que desaparece con las condiciones culturales ordenadas y, por lo tanto, restrictivas.

17

Nadir-Cha en la Alemania actual habría parado en una cárcel, pues empezó su carrera como capitán de bandidos.

La capacidad de las tropas está hoy más íntimamente relacionada con la de los jefes que antes. Únicamente cuando existen condiciones sanas en el Ejército se hallarán buenos generales a su cabeza. Para éstos está cerrado el camino tan pronto domine el favoritismo, los círculos y el espíritu de partido, cuando la sumisión se estime más que la franqueza y la convicción.

La leyenda de valientes ejércitos derrotados únicamente porque poseían jefes ineptos, sufre en nuestros tiempos una fuerte limitación. ¿Cómo es posible que malos generales hayan formado

buenas tropas? ¿Cómo pueden fallar completamente en la guerra; por otra parte, los jefes que supieron organizar, instruir y equipar un buen ejército en tiempo de paz?

Es cierto que el genio constituye una excepción, en cuanto a que es capaz de hacer grandes cosas con medios que a otros mortales parecen insuficientes. Pero, en general, podemos considerar inseparables los buenos ejércitos y la buena conducción.

El conductor de ejército debe dirigir en la hora de peligro las tropas de acuerdo con su voluntad. Debe ser, por lo tanto, de una naturaleza destinada más bien para dominar a los hombres, que para agradarlos. Hombres que nacen con el don de mandar resultan después también buenos guerreros, y no debe extrañarnos el hecho de que los más grandes conductores de ejércitos procediesen del trono.

El dominio de los demás se funda en primer lugar en la *voluntad*. Una exigencia impuesta con decisión raras veces encuentra resistencia. Tiene algo de coercitivo y esto es lo que la masa quiere sentir para obedecer. Ella adquiere así un sentimiento de propia seguridad. Todo esto aumenta su valor y su capacidad. Una vigorosa voluntad no es concebible sin *la confianza en sí mismo*. Esta presupone, a su vez, cierta unilateralidad, que redunde en beneficio del guerrero. Personas dotadas de una inteligencia superior fácilmente diseminan sus esfuerzos, lo que es 18

desfavorable para la obtención de éxitos en el marco más estrecho de la vida de campaña. El que muy pronto abarca la verdadera naturaleza de las cosas, reconoce también más claramente que otros las dificultades y los peligros. De ahí surge la duda, destructora de la confianza, en sí mismo, la enemiga mortal del éxito. En la muy numerosa junta de guerra, que tuvo lugar el 5 de octubre de 1806 en, el cuartel general prusiano en Erfurt, pronunció Scharnhorst la siguiente notable frase: " En la guerra importa mucho menos qué es lo que se hace, sin hacerlo con *unidad de concepción* y con la *energía* necesarias." Su opinión no fue atendida, y, aunque de manera alguna allí faltaban buenas cabezas,

se ejecutaron solamente medidas secundarias. Hombres muy intelectuales buscan generalmente demasiado tiempo el mejor medio y pierden de vista que se trata ante todo de hacer a tiempo lo *conveniente*. La pérdida de importancia que sufre en tiempo de guerra la inteligencia -que en la paz goza de la mayor consideración, - comparada con la voluntad, se ve claramente en el resultado de casi todas las juntas de guerra. Indudablemente se reúne en ella una gran suma de capacidades intelectuales por el concurso de hombres experimentados. Sin embargo, Federico tuvo razón cuando prohibió terminantemente a sus generales que celebraran juntas de guerra. El profundo conocedor de hombres sabía muy bien que en ellas sólo resulta la preponderancia del partido de los tímidos. Las inteligencias reunidas en las juntas de guerra no producen otra utilidad que el señalar perfectamente bien todas las propias debilidades y probar lo peligroso que es cualquier acción de campaña. De este modo tiene que confundirse y debilitarse aún más la voluntad del conductor. Así la expresión *junta de guerra* ha venido a ser una frase de mal agüero, cuyo eco suena generalmente a rendición o derrota. Nació siempre con el presentimiento de un desastre inmediato o del deseo del conductor de compartir la responsabilidad con otros. La influencia decisiva en la guerra no la ejercen tanto los hombres intelectuales, sino los hombres llenos de firme voluntad y de confianza en sí mismos.

La firme voluntad es, por cierto, una noble cualidad, pero no
19
muy beneficiosa. Impone a su poseedor una carga extraordinaria de responsabilidad.

El valor de la responsabilidad, el entusiasmo de cargar con ella, son cualidades necesarias en el conductor; pero son raras. Muchos hombres se lanzan sin meditar a los más graves peligros cuando la responsabilidad es de otro; pero son pusilánimes cuando ellos mismos deben cargar con la responsabilidad. Asumir ésta significa, en caso desgraciado, cargarse de culpa. Es una de las consecuencias de la naturaleza humana, que teme más la falta que las consecuencias de ella.

El poeta que elevó su queja contra los poderes celestiales: “Vosotros al pobre hacéis culpable y después lo abandonáis a su pena”, ha conocido bien hasta los más íntimos secretos de nuestra alma. El valor de la responsabilidad es, por lo tanto, un precioso don, a favor del cual *únicamente* un general podría realizar grandes acciones, pues si su experiencia y sus conocimientos no fuesen del todo suficientes, es muy posible que encuentre colaboradores hábiles, que lo completen en este sentido, pero no en el otro.

El valor de la responsabilidad emana de la *nobleza .de alma*. Ella debe ser condición del conductor, haciendo aristocrático todo su ser. Es un sentimiento de altivez, que lo eleva por encima de la colectividad, sin llegar a la arrogancia. Puede ser innata o adquirida en la escuela de la vida. Pruebas amargas purifican un carácter de buena predisposición natural. Le enseñan a no dar demasiada importancia a los bienes y males de la tierra, a mirar sin miedo la posibilidad de sufrir nuevas desgracias, a pasar por culpable sin serlo, a caer bajo el juicio condenatorio de la multitud o a sentir el odio de los poderosos. También un saber vasto y profundo puede engendrar esa nobleza del alma. Si bien nos hace reconocer el poco alcance de la sabiduría humana, enseña, por otra parte, que la guerra no presenta enigmas insolubles y que, en cambio, es suficiente para resolver los problemas de la guerra, el empleo sencillo de las fuerzas naturales de la inteligencia. En ninguna parte de la conducción de la guerra existe un rincón oscuro, para cuya iluminación se necesitan antorchas má-

20
gicas de misteriosa luz. El saber aumenta la confianza en sí mismo; la ignorancia es, en cambio, el origen de los más grandes desfallecimientos morales. La conciencia de dominar su materia y, a lo sumo, tener que luchar contra el infortunio, fortalece la confianza. Nos dice: “lo que otros pueden hacer, tu también puedes”, y crece el afán de mandar y de conducir.

Que la nobleza del alma sea un don natural o que sea adquirida por la educación y por la escuela del destino, ella es, en todo caso, la cualidad que el soldado más aprecia en su jefe. Ella ofrece una sólida garantía contra las perniciosas influencias del peli-

gro y de la desgracia sobre la actitud propia. Da la tranquilidad contra la cual se estrella la nerviosidad, como el mar agitado contra la roca, y produce el equilibrio interior, fuente de una bienhechora influencia que como corriente eléctrica recorre el ejército.

“Un corazón fuerte no es solamente aquel capaz de enérgicas determinaciones, sino aquel que al tomarlas, se mantiene en equilibrio de tal modo, que a pesar de la tempestad en el pecho conserva libre la penetración y firme convencimiento, al igual que la brújula en el navío sacudido por la tormenta conserva su perfecto juego”. Este “corazón fuerte” que nos describe Clausewitz responde aproximadamente a lo que nosotros hemos llamado nobleza del alma. Extiende la confianza por todo el ejército, desde del simple soldado hasta al general.

El valor de la responsabilidad y *nobleza de sentimientos* son en las guerras modernas más necesarios en el conductor de ejércitos que nunca. Esto es una consecuencia de los crecientes efectivos de los ejércitos y la extraordinaria extensión que abarca toda la acción bélica.

Reflexiónese por un momento sobre el enorme campo que tenía que abarcar el ojo espiritual del comandante en jefe de las fuerzas alemanas en la Guerra Mundial y sobre la innumerable cantidad de impresiones que tenía que elabora diariamente y a cada hora. A los frentes del Oeste y del Este de Alemania, de una extensión de varios centenares de kilómetros que constantemente presentaban varios focos de lucha, en los que a cada momento

21

podía resultar necesaria una intervención inmediata, se agregaban todavía los teatros de guerra de Italia, de Rumania, de Macedonia, del Cáucaso, de Mesopotámica y de Siria. Tampoco podía descuidarse la conducción de la guerra marítima y en las colonias. A los, diferentes comandantes de grupo de ejércitos y de ejército, por otra parte, les era imposible, a causa de las grandes extensiones, formarse una idea acertada de la situación de conjunto. Por consiguiente, las medidas que tomaran podían salir fácilmente del marco general, aun cuando respondieran perfectamente a las condiciones locales. El Comando en Jefe era res-

ponsable de que esto no sucediera. Es verdad que los medios de comunicación modernos le permitían más fácilmente un entendimiento con los jefes subalternos que en épocas anteriores. Y, efectivamente, es muy difícil que haya ocurrido el caso de que el Comando en Jefe no hubiera sido capaz de hacer sentir su voluntad o tener que asumir la responsabilidad de acontecimientos en que no había tenido influencia alguna. La posibilidad de intervenir en acontecimientos que se desarrollaban a gran distancia existía en grado mucho mayor que en guerras anteriores, lo que debía ser aprovechada por una conducción consciente. Pero en esta forma crecía enormemente la medida de lo que ella asumía la responsabilidad.

A los asuntos puramente militares se agregaban todavía los de otra naturaleza. La guerra en su forma moderna penetra profundamente en la vida política, social y económica de las naciones. Constantemente surgen nuevas cuestiones urgentes que exigen una resolución. En último análisis, se trata aquí siempre de la forma en que influyen sobre la conducción de la guerra, pues todo gira alrededor de la pregunta: ¿de qué modo se *puede* obtener la victoria? Cuanto más fuerte sea el Gobierno, cuanto mayor sea la comprensión que aporta a las necesidades de la conducción de la guerra, tanto más puede aliviar al comandante del ejército. Inversamente, cuanto más débil y cuanta menor comprensión manifiesta el Gobierno, tantas más numerosas serán las tareas para el primero. Cuando, para colmo, todavía interviene una representación del pueblo que busca en primer

22
término un aumento de su poder y cuya capacidad de juzgar grandes cuestiones está en relación inversa con sus pretensiones, como fue el caso de Alemania en la segunda mitad de la Guerra Mundial, entonces se acumulan para el conductor de ejército obstáculos que pueden llegar a ser casi insuperables. No sin emoción se lee en las Memorias de Ludendorff las luchas que tuvo que sostener en este sentido. ¡Qué parte grande de su mejor fuerza se ha abstraído de este modo a su verdadera tarea! Únicamente una voluntad muy firme y bien consciente, como la suya, pudo abrirse paso en tales circunstancias.

El mejor y más enérgico impulsor de la voluntad es la *ambición*. Una gran ambición es indispensable para el conductor de ejército. Hombres de muy fuerte voluntad y de grandes cualidades permanecen a veces ignorados porque les falta el impulso interior de ser el primero y “de ser más que los otros”. “El deseo de adquirir un prestigio bien fundado es el mayor incentivo, el más importante impulso del alma, la fuente y la causa eterna que lleva a los hombres a grandes esfuerzos y que produce aquellos actos que los hace inmortales”, dice Federico el Grande. Algunos hombres notables han llegado a desplegar sus dotes por el azar de las circunstancias, casi por violencia. Cromwell y Washington son ejemplos de ello.

Injustamente se condena con frecuencia la ambición, porque se confunde con una actividad que busca solamente ventajas exteriores. La verdadera ambición, al contrario, es la aspiración natural en ciertos hombres a dejar de sí, después de la muerte, una larga memoria. Sin este activo impulsor, la voluntad sucumbe fácilmente al peligro de irse apagando paulatinamente, por más energía que se manifieste al principio. Cuando hombres geniales, cuyos comienzos hicieron concebir grandes esperanzas, desaparecen en la oscuridad, no hay que atribuirlo siempre a un agotamiento de sus dotes. La causa será que una filosofía equivocada les enseñó con el tiempo a despreciar gloria y honores o que se dejaron influenciar por la envidia de los camaradas o quizá también que la facilidad con que lograron los éxitos conquistados les hizo perder el atractivo de luchar por nuevos laureles. La

23

ambición verdadera impide esto; ella conserva en movimiento la voluntad, como el volante a la máquina. Sin ambición, las grandes acciones son imposibles.

Su compañero ordinario es *el amor a la gloria*, que busca sacar el propio nombre del olvido. Este fue el resorte que impulsó a Federico, cuando partió para conquistar la Silesia, con el fin de procurar al desarrollo de su patria nuevos horizontes.

Las pruebas más duras se presentan al conductor de ejército en los días de desgracia. Entonces debe poseer el don especial de soportar bien todas las desilusiones y los golpes más rudos

del destino. Hay caracteres fuertes, que, sin embargo, pierden la calma, la reflexión y la paciencia cuando resultan fallidas sus esperanzas. *La verdadera grandeza de alma* preserva de eso. La agregamos a nuestro ideal de conductor de ejército.

Se ve así que numerosas grandes cualidades humanas son, al mismo tiempo, grandes cualidades militares.

De las demás cualidades propias de conductor de ejército sólo es necesario hacer resaltar aquellas sobre las que hay algo especial que decir, ya que es evidente que no debe faltarle circunspección, valor, audacia, espíritu emprendedor, prudencia, perspicacia, tenacidad, etc., puesto que todo soldado debe poseerlas.

Muy necesario es para el conductor el conocimiento profundo de los secretos de la naturaleza humana. Un ejército es una multitud muy sensible; no es un instrumento inerte que pueda moverse como las piezas de juego de ajedrez, que pueden ser manejadas y movidas en todos sentidos, hasta dar jaque al enemigo, Está sometido a numerosas influencias morales y será de distinto valor según su estado de ánimo. El infortunio disminuye el valor y la confianza. Una ventaja en sí insignificante aviva la esperanza y levanta el ánimo. Los rendimientos de una misma unidad varían en los períodos distintos de tal manera que no se la reconoce. Influencias que una vez dejan huellas muy profundas, en otras pasan sin dejar rastros sensibles. Es que no interesa tanto *cuáles* son las exigencias que se imponen sino *la forma y por quién* son impuestas. No se pueden establecer reglas a este respecto. El
24

conductor de ejército debe saber mirar el interior de los corazones de los soldados, a fin de apreciar bien lo que puede esperarse de ellos en un momento dado. Debe ser *conocedor de los hombres*. Ya Scharnhorst ha lamentado “que la parte psicológica del arte de la guerra en un terreno tan poco conocido, y que se pierde casi por completo la utilidad principal de la historia, a saber el difícil y sin embargo tan útil conocimiento del corazón humano, que se obtiene del mejor modo por la investigación de aquellos acontecimientos que fueron consecuencias de concepciones grandes y de amplias vistas”. Por esta razón no debe la historia

de guerra, como sucede con frecuencia, contentarse con enumerar los hechos en un estilo, lacónico, semejante a edificios antiguos, y establecer conclusiones críticas, sino que debe considerar también la parte moral y describir los colores fundamentales que brillaban en el original del cuadro desarrollado. Muchos excelentes militares cometen errores precisamente en este sentido; o fatigan la tropa, juzgándola según su resistencia propia, o, estimando en menos el poder de su influencia, no le exigen todo lo que aquella es capaz de dar.

Como cada pueblo, cada ejército exige ser empleado y conducido de un modo distinto, de acuerdo con sus particularidades y estado de ánimo, el comandante de ejército deberá tener, en cada uno de ellos, dotes especiales distintas. Si bien todos los verdaderos conductores de ejército presentan siempre características bastante uniformes, será necesario que en un caso tengan más desarrollada una determinada cualidad y que, en otro, sea una distinta. La fogosidad que arrastra al hombre del sur a realizar hazañas, es incomprensible para el hombre del norte. La firmeza serena que agrada a este último, deja, tal vez, frío al primero. La comprensión de *su pueblo* y de *su ejército* enseña al conductor de ejército a hallar el buen camino. El conocimiento de los hombres le hace elegir también a las personas apropiadas para los distintos puestos. Con esto se gana mucho para el éxito, puesto que por medio de auxiliares hábiles se completan las cualidades que le faltan al conductor y se aumenta la eficacia de las que posea.

25

A las cualidades poco estimadas y no obstante indispensables en el conductor de ejército, pertenece también la *imaginación*, la cenicienta de nuestro sistema de educación moderno. Desarrolla ante los ojos del joven cuadros de gloria y de grandeza, impulsándolo lleno de entusiasmo a la imitación. Esto, sin embargo, no es su mayor utilidad. Una imaginación demasiado viva hasta puede llevara una exagerada apreciación de las fuerzas propias y a conclusiones erróneas. Pero para otros fines la necesita el conductor de ejército en forma absoluta. Debe tener en todo momento, durante las marchas y empresas a menudo

complejas, una idea clara de la situación propia como también de la probable situación de las tropas enemigas. También debe ser capaz de prever en qué forma se habrá modificado el cuadro a los dos o más días. Jomini alaba esta cualidad en Napoleón y explica por ella la rapidez y facilidad de todas sus disposiciones. Tenía presente la situación en que se encontraban en cada momento sus cuerpos, divisiones y brigadas. Así nada olvidaba; no omitía medio alguno que le pudiera ser de utilidad para sus fines; pensaba en cuestiones que a cualquier otro le hubieran pasado inadvertidas y constantemente disponía de arbitrios. Esto es en gran parte obra de imaginación. Ella auxilia, además, en el estudio de la historia de guerra, coloreando los detalles y permitiendo recoger enseñanzas de hechos que en la narración histórica han sido mencionados someramente.

Una imaginación desordenada, no dirigida por el cuidadoso estudio de la historia, presenta, sin duda, una desventaja; pues hace suponer peligros donde no existen. Pero en los espíritus tímidos este temor nace a menudo precisamente de la falta de imaginación y miles de dudas con sus consiguientes disposiciones equivocadas tienen su origen en esa falta. Se supone al enemigo donde jamás debiera suponerse si se tuvieran presentes sus últimas posiciones conocidas y el tiempo transcurrido. Se ordenan medidas inútiles de seguridad cuando si se apreciaran las cosas con lucidez se deduciría que ya otras tropas deben haberse hecho cargo de aquel servicio. La funesta dispersión de fuerzas tiene frecuentemente su origen en la falta de imaginación.

26

En cambio, su posesión facilita la comprensión de las órdenes y disposiciones; contribuye a la orientación en el terreno, porque crea un cuadro vivo de la carta, produciéndose así más pronto el reconocimiento de los objetos topográficos. Nos ayuda, más de lo que pensamos, a pesar de la teoría a la práctica.

Si en la guerra siempre hubiese tiempo para hacer cálculo, tal vez se podría prescindir de la imaginación. Pero como generalmente no existe, es preciso que la imaginación nos produzca, como por encanto, el cuadro que debe servir de base para nuestros actos ulteriores. A fin de que al hacerlo no se produzcan de-

formaciones de la realidad, es necesario que el conductor de tropa no deje de ejercitarla y mantenerla siempre despierta.

Con frecuencia se aprecia también en menos la importancia que *una, buena memoria* tiene para el conductor de ejército.

Napoleón decía de un hombre de buen juicio, pero sin memoria, que se parecía a un hermoso departamento sin muebles o a una plaza fuerte sin guarnición. La guerra es una constante lucha contra dificultades que el enemigo nos prepara o trata de prepararnos. Interesa, por consiguiente, hallar siempre de nuevo arbitrios para vencerlas. Entonces el recuerdo de situaciones semejantes de períodos pasados, aun de ejemplos de la historia de guerra, significa una ayuda extraordinaria. Hasta la cabeza más inventiva fallaría sin la ayuda de una buena memoria. Ella hace que la experiencia sea provechosa. La guerra exige un gran cuidado de numerosos detalles, insignificantes en sí, pero de los cuales depende el bienestar de la tropa. También para tales fines el conductor de ejército debe disponer de una buena memoria. Esta no es de manera alguna, igual para todas las cuestiones, pues es de distinta intensidad para nombres, personas, hechos, números, etc. Después de la memoria histórica y geográfica, parece más útil para el conductor la de las personas. Le habilita a poner a cada hombre en el puesto más adecuado.

Como una de las más importantes cualidades del conductor, bebemos mencionar el *espíritu creador*, pues el “don inventivo” no nos parece el término apropiado. Hay pocos hombres que tienen ideas originales. La expresión de Ben Akiba: “Todo ha sucedido

27

ya otra vez”, rige tanto para el mundo de las ideas como para el de los hechos. En nuestro tiempo la mayor parte de las gentes trabaja con materiales heredados o adquiridos. En la guerra se repiten las situaciones de modo que hay semejanza entre ellas; pero nunca son del todo iguales. La cantidad de las causas y de las fuerzas que actúan es demasiado grande como para permitir una igualdad completa. Por consiguiente, no puede el jefe trabajar con recursos exactamente iguales a los que ya fueron empleados en otra ocasión. A lo menos tendrá que haber algo completamente nuevo en la forma de su empleo. Un caudal de ideas

propias será siempre necesario, como resultado de su espíritu creador y del deseo de emplearlo. Debe ser una fuerza continuamente productora.

Esta fuerza incita y habilita a desprenderse de la rutina y a obrar libremente. Ya con ella sola un conductor obtiene una superioridad manifiesta sobre un adversario a quien falte el mismo don. Le sorprenderá continuamente.

Si al espíritu creador se reúne la voluntad, la ambición y el amor a la gloria, nace entonces la *necesidad de acción*. Con razón se dice que de dos conductores iguales en otros aspectos, el más activo obtendrá la supremacía. Esta necesidad de acción hizo la grandeza de Alejandro, a quien un autor lo ha llamado acertadamente un explorador en armas, siempre impaciente por la idea de que alguien le pudiera aventajar.

La necesidad de acción nos lleva a otras consideraciones. Impone grandes exigencias a las fuerzas propias, no solamente a las espirituales sino también a las físicas. *Una buena salud* es un don excelente para un conductor de ejército. Es verdad que han existido generales famosos y de poca salud. Pero esto prueba únicamente la fuerza extraordinaria de su alma. Podían haber hecho mucho más si una parte de su voluntad no se hubiera consumido para dominar sus debilidades físicas. Torstenson mandaba sus tropas desde la litera y llevó a cabo brillantes campañas. Pero al fin lo venció la enfermedad. Tenía poco más de cuarenta años cuando tuvo que abandonar su ejército y sus victorias, para retirarse a sus propiedades. La gota privó a Suecia de un gran

28
general y de una serie de victoriosas campañas.

La naturaleza demanda sus derechos. En un cuerpo enfermo, el espíritu no puede quedar permanentemente fresco y claro. Su propia persona lo desvía de las grandes cuestiones, que exigen toda su actividad.

Contar con una buena salud es muy necesario para los comandantes de tropas en los ejércitos modernos, pues ellos llegan a los altos puestos recién ya entrados en edad. El servicio en el ejército alemán ha sido siempre fatigoso. Únicamente un hombre

de vigorosa constitución física tenía la perspectiva de conservarse resistente hasta los grados superiores de la jerarquía militar.

Una situación económica desahogada sólo puede ser de utilidad para el jefe. Ella desarrolla la confianza en sí mismo y afirma el sentimiento de independencia. Ayuda también, inteligentemente aprovechada, a la conservación de la frescura y fuerza física. La riqueza resulta peligrosa únicamente en personas mediocres.

También *el valor* merece algunas palabras aclaratorias, por más sobrentendida que sea en todo soldado. El conductor de ejército lo necesita de una especie particular.

Los dioses y héroes de la antigüedad no se avergonzaban de huir del más fuerte. No por eso se los excluía de la mesa redonda del Olimpo. Nuestro concepto moderno del valor, según el cual el guerrero debe resistir también al peligro ante el cual cree que sucumbirá, está profundamente arraigado en la moral cristiana. Ella exige que hagamos caso omiso de nuestra vida frente al deber. Hasta el tímido es arrastrado por los muchos ejemplos de dominio propio que ve a su alrededor. El temor de ser despreciado por los camaradas como un indigno miserable es, en último término, mayor que el temor a la muerte.

Pero no es este valor, adquirido por la educación, el que es de utilidad para el conductor. Necesita, en cambio, de esa sangre fría innata, que es una cualidad muy rara. Sirve al que la posee, sin que se dé cuenta de ello.

El sentimiento del honor y el amor propio sostienen a la mayoría. En el momento del peligro. Exteriormente es difícil notar una diferencia entre ella y las personas cuyo valor procede de un

29

corazón grande y fuerte. Pero, en el fondo, los primeros están preocupados con su exterior para adoptar las apariencias del valor. Una gran parte de su fuerza moral se consume así en la actividad de su propia persona. Su inteligencia está menos lúcida que otras veces. Los rayos de su espíritu se debilitan al atravesar las capas anormalmente densas y quizá con propio asombro notan que no están a la altura de su misión.

El valor innato no necesita para su conservación de una corriente eléctrica producida artificialmente. El desprecio a la muerte

es en él cosa tan natural, que no consume nada de sus demás facultades intelectuales y morales, sino que, al contrario, las habilita para rendimientos superiores, puesto que la excitación del momento aumenta la presión interna, que pone en tensión a todas sus fuerzas.

Por eso admiramos las naturalezas guerreras sobresalientes cuando las vemos en los momentos de los mayores peligros más lúcidos y más llenos de recursos, mientras todos los demás trabajan con la mente un tanto ofuscada.

Únicamente un valor que no alcanza a comprender que no se tenga valor, llegará a descollar entre sus camaradas. Es un valor semejante al que Shakespeare le atribuye a César, cuando le hace decir las palabras: “Entre todas las maravillas de que he oído hablar, ninguna tan grande como la existencia de hombres que temen la muerte, el destino de todos, cuando saben que llega inevitablemente cuando debe llegar”.

Del gran número de cualidades tan difíciles de reunir, se desprende desde ya que las naturalezas perfectas de conductor son raras. Esto nunca se ha desconocido. Federico calificaba al general completo de: “*être de raion*, una república de Platón, el *centrum gravitatis* de los filósofos, la piedra filosofal de los alquimistas, una obra de la creación que merece nuestra admiración más absoluta”. En las instituciones de Tamerlan se amalgama la nobleza de nacimiento con la nobleza del alma: se exige inteligencia, astucia y arrojo, valor y prudencia, decisión y previsión, tenacidad y reflexión profunda. Cuando Onosandros no exige de su

30
general sino que sea continente, económico, aplicado, de clara inteligencia, de noble corazón, de edad mediana, padre de familia y, en lo posible, de buen origen, ha tenido ante su vista a un buen general de los adocenados, pero no a un Alejandro, César, Federico o Napoleón.

El necesario equilibrio entre las diversas cualidades que frecuentemente son incompatibles, ya es difícil que se realice; es un presente que la Creación sólo produce cuando está en un estado de ánimo excepcionalmente jubiloso.

Podrá parecer ahora que los grandes conductores de ejército en los que se reúnen cualidades tan superiores, debieran presentarse también como hombres excelentes que enseguida conquistan nuestros corazones. Ni de Federico ni de Napoleón pudieron, los que trataron personalmente con ellos, decir tal cosa.

La explicación de que donde hay mucha luz también hay mucha sombra, no puede sernos suficiente. Un análisis más minucioso nos demostrará que el conductor de ejército necesita, y hoy más que antes, poseer ciertas cualidades, que ni son bellas desde el punto de vista puramente humano, ni se perdonarían a otros mortales que no nos compensasen por otras grandes virtudes.

La fuerza de voluntad raras veces se exteriorizará sin cierta dureza. En las guerras del presente se acumulan inmediatamente antes o después de las batallas tantas fuerzas combatientes, que ya esto solo produce forzosamente una multitud de privaciones y de miserias. ¡Y luego los campos de batalla en que cientos de miles han luchado! Ellos son escenarios de toda clase de dolores humanos. Ninguna consideración teórica de que esto es necesario e inevitable nos borra la impresión que el espectáculo de tales sufrimientos nos produce. Frecuentemente se enternecen aquellos que con la sensación secreta de su propia debilidad se mostraban los más duros, y que cuando se trataba de palabras, fueron los más decididos para pasar a las acciones sangrientas. También contra esa debilidad pueden proteger únicamente cualidades especiales. Es la dureza ligada al sentimiento de superioridad que debe ser propio en todo conductor. Hablamos frecuente-

31

mente del desprecio por los hombres que han tenido los grandes conductores. Esto requiere una explicación. Queremos significar con ello el sentimiento de menosprecio por la suerte de los individuos, que sólo se exterioriza cuando se trata de grandes fines. En la vida íntima, aun Federico y Napoleón tenían sus momentos de ternura.

Pera las multitudes no siempre tienen en vista los grandes fines. Escapan a su conciencia cuando ellas están embargadas por lo que las rodea de cerca. Entonces la dureza necesaria del

conductor de ejército parece frialdad de corazón y repugna. El conductor, que movido por la compasión demuestra su simpatía a un herido o se deja llevar por su compasión a los lugares de sufrimiento, corre el peligro de dejar pasar los más preciosos momentos para la acción sin aprovecharlos.

Y, no obstante, retrocedemos ante un hambre que dirige su mirada sobre los batallones diezmados y agotados, para calcular fríamente lo que todavía puede exigir de ellos.

La inflexibilidad y la falta de sentimientos, tan repugnante en apariencia, forman parte de las cualidades necesarias del que quiere realizar grandes acciones en la guerra. Para el conductor no existe más que un delito, que la historia jamás le perdona el de ser derrotado. Un carácter firme lo tendrá siempre presente. Cuanto menos le impresione el desagrado de las que le rodean, tanto más duro parecerá.

No solamente advertimos esas imperfecciones humanas, sino también otras de orden intelectual en los grandes conductores. Las palabras de Shakespeare sobre la ausencia del miedo indican ya una inclinación al *fatalismo*. Esta fue común a la mayoría de héroes y parece indicar cierta limitación del espíritu; sin embargo, es perfectamente comprensible. La experiencia les enseña a reconocer las influencias que las pequeñas causas ejercen reunidas, causas que no se pueden prever ni controlar. De ahí la creencia en un destino, que decide en cada casa sobre la victoria y la derrota. A primera vista esta está en contradicción con el hecho de que todos los héroes, desde Alejandra hasta Napoleón, estaban llenos de fe en su misión, la que les proporcionaba aún

32
en las situaciones más difíciles una seguridad inquebrantable. Pero, en último análisis, en ella radica la "convicción de que, a la larga, la fortuna permanece fiel únicamente al hombre capaz, que las casualidades que actúan con divina libertad, "sa sacré majesté le hazard", como Federico las llamaba, tan pronto fallan en nuestro *favor* como en *contra* nuestra. No es, pues, la creencia en un poder sobrehumano sino en su propia capacidad lo que constituye en los grandes guerreros la llamada fe en su misión.

Aprendemos así a comprender la dureza y a perdonarla, y a reconocer en las imperfecciones del espíritu una cosa distinta a la aparente. Menos estimables se presentan los agregados del carácter heroico que se mencionan a continuación, no obstante ser precisamente en nuestro tiempo más imprescindibles que nunca.

Aun un Alejandro o César que hoy se incorporase al ejército, tendría que recorrer todos los grados de teniente a general, antes de poder hacer un uso amplio de sus cualidades innatas de conductor de ejército. En este largo camino hay que evitar muchos escollos, tanto los que trae la vida como los que se encuentran durante el servicio. Aquí fácilmente se estrellan precisamente las naturalezas francas y de buen corazón. La generosidad y el sentimiento de camaradería han sido a menudo fatales a hombres de bolsa abierta. La lealtad y el efecto personal han arrastrado a más de uno a la misma suerte que le cupo a un superior o a un amigo. Oficiales excelentes han perdido su carrera por no manifestarse conformes con el mal trato injustamente dado a algún subordinado, siendo al fin arrastrados en la caída de éste.

Para evitar estos peligros hay que observar conscientemente una actitud circunspecta y apartarse de la masa de los compañeros. Llegamos aquí a considerar útil una cualidad que hemos estimado como la más perniciosa al tratar del cuerpo de oficiales: *el egoísmo*. Pero es imposible evitarlo, pues nadie, desgraciadamente, ha realizado algo en el mundo sin una cierta dosis de egoísmo. Sin embargo, es preciso tener presente la más importante de las diferencias entre los mortales comunes y las pocas naturalezas privilegiadas, destinadas por la Providencia a grandes fines. Para los primeros, el egoísmo no es otra cosa que el

33

miserable amor del yo. Para los segundos, en cambio, no es sino la consciente conservación de sus fuerzas en la perspectiva de futuras oportunidades, para emplearlas cuando llegue la ocasión, en beneficio del mundo, de la manera más enérgica. No debe consumirse ya antes en fines de poca monta. Una cierta indiferencia con respecto a todas las pequeñas emociones diarias contribuye generalmente en las grandes naturalezas a preservarlas

de un agotamiento prematuro. Pero esta cualidad no tiene para los demás nada de agradable. De aquí el que los grandes héroes, por lo menos de los tiempos modernos, no hayan sido en su juventud muy queridos por sus camaradas. Se les reprochaba frialdad y cálculo.

No se puede negar que este frío retraimiento, tanto si es adquirido como innato; imprime con el tiempo la tendencia a la desconsiderada prosecución de las ventajas propias en todo terreno. Así se explica, probablemente, que tan frecuentemente observemos en los grandes conductores y grandes hombres de estado la fea inclinación a la adquisición de bienes materiales, y de que mientras la multitud entusiasta atribuye a sus ídolos todas las bellas cualidades unidas a las más grandes, los que les conocen íntimamente se encogen de hombros compadeciendo esta crédula candidez. Pero, en último análisis, aquí solo sigue obrando la misma cualidad, por la cual se hizo posible la grandeza. Las naturalezas completamente desinteresadas caen, en el largo camino hasta llegar a ser un gran conductor, con seguridad víctimas de algún infortunio. Deseamos tener para bien de los camaradas, como ya hemos dicho, muchas de esas naturalezas desinteresadas, pues siempre deben ser muy pocas, por cierto, las que deben alcanzar el último escalón.

También en esto hay excepciones, o sea hombres superiores que se han ofrecido para todo y que jamás se agotaron; pero son casos raros, aún entre los mismos grandes hombres.

Siempre se mezclará en los conductores de primera línea el entusiasmo por su misión histórica con el amor a la gloria del propio nombre, de modo que ambos resultan inseparables. Esto sólo da ya una apariencia de egoísmo, sentimiento que el rey Federico

34
expresaba en orgullosa forma, cuando antes de la batalla decisiva de Hohenfriedberg escribió a su ministro Podewils: "Mi ambición consiste en haber contribuido más que nadie a la grandeza de mi casa y en haber jugado un gran papel entre las testas coronadas de Europa. Conservarme a esta altura es un deber personal, que cumpliré a expensas de mi felicidad y de mi vida. Ya no soy dueño de elegir. ¡Mantendré mi poder, o caeré arrastrando

conmigo el nombre de Prusia!” Sin la grandeza de Federico, no hubiera sido posible la grandeza de Prusia; así pensó el rey héroe, y con la veneración que infunde en nosotros el sentimiento que animaba a esas palabras, perdonamos a todos los héroes su noble egoísmo.

Si la historia enseña que las naturalezas guerreras excepcionales no se distinguieron únicamente por bellas cualidades humanas, que los hacían simpáticos; sino que debían recurrir forzosamente a algunas otras que repugnan en la vida ordinaria, se desprende que es preciso hacer caso omiso de estas últimas cuando se trata del adelanto en la carrera de hombres jóvenes de dotes relevantes.

El principio de que nadie es irremplazable, y que el ejército subsiste aun cuando se separen de él los mejores, es, por cierto, excelente; pero no debe conducir a que se deje caer a los que valen por la sola razón de tener algunas cualidades poco gratas. La inclinación de ascender a los personalmente simpáticos en lugar de aquéllos, se propaga fácilmente. Es, pues, necesario para que un ejército sea bien dirigido que haya tolerancia con todas aquellas condiciones de carácter que no afecten a la capacidad. Del grupo de los subordinados incómodos, de los camaradas bruscos y retraídos, han salido frecuentemente en años posteriores los más notables generales.

Es verdad que hay virtudes humanas de las que no podemos prescindir, dada la posición social del cuerpo de oficiales; pero, en cuanto sea posible, debe haber condescendencia para el hombre capaz, quien con sus buenos servicios, compensa sus defectos personales.

No existe otro medio de elevar pronto de los grados inferiores a los hombres de los cuales esperamos grandes acciones, sin desorganizar el ejército. La búsqueda intencional de conductores sólo ha conducido a la elección de un Mack o de un Massenbach. Era una suerte si al mismo tiempo se lograba tropezar con un Rüchel. Mucho más seguro es dejar el camino abierto a los ca-

racteres vigorosos, pero abandonándolos en el enteramente a si mismos.

LA
PATRIA FUERTE

Leopoldo Lugones

LA PATRIA FUERTE

EL DISCURSO DE AYACUCHO

Señoras, Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Señores:

Tras el huracán de bronce en que acaban de prorrumpir los clarines de la epopeya, precedidos todavía por la noble trompa de plata con que anticipó la aclamación el más alto espíritu de Colombia (1), el Poeta ha dispuesto, dueño y señor de su noche de gloria, que yo cierre, por decirlo así, la marcha, batiendo en el viejo tambor de Maipo, a sincero golpe de corazón, mi ronca re-treta.

Válgame eso por disculpa en la inmensa desventaja de semejante comisión, ya que siempre hay algo de marchito en el laurel de la retirada.

Dejadme deciros solamente, señores, que trataré de poner mi tambor al ritmo viril de vuestro entusiasmo; y vosotras, señoras, puesto que estáis aquí para mi consuelo, en la nunca desmentida caridad de vuestros ojos hermosos, permitidme que como quien le pasa una cinta argentina por adorno distintivo, solicite, en amable símbolo blanco y azul, el amparo de la gracia y la belleza.

(1) Don Guillermo Valencia, ilustre escritor y jefe de la embajada extraordinaria de su país.

Ilustre Capitán del Verbo y Señor del Ritmo:

Habéis dado de prólogo al Magno Canto lo Único que sin duda correspondía: la voz de la tierra en el estruendo del volcán; la voz del aire en el viento de la selva; la rumorosa voz del agua en el borbollón de la catarata.

Así os haré a mi vez el comentario que habéis querido. Os diré el Ayacucho que vemos desde allá, en el fuego que enciende sobre las cumbres cuya palabra habéis sacado a martillazo de oro y hierro, el sol de los Andes; y como tengo por el mejor fruto de una áspera vida el horror de las palabras vanas, procuraré dilucidar el beneficio posible que comporta para los hombres de hoy esa lección de la espada.

Tal cual en tiempo del Inca, cuando por justo homenaje al Hijo del Sol traíanle lo mejor de cada. Elemento natural las ofrendas de los países, la República Argentina ha enviado al glorioso Perú de Ayacucho, todo cuando abarca el señorío de su progreso y de su fuerza.

Y fue primero, la inolvidable emoción de aquel día, cuando vimos aparecer sobre la perla matinal del cielo limeño al fuerte mozo que llegaba (2), trayéndose de pasada un jirón de cielo argentino prendido a las alas revibrantes de su avión.

Y fue el cañón argentino del acorazado que entraba (3), al saludo de los tiros profundos en que parece venir batiendo el corazón de la patria : lento, sombrío, formidable, rayado el casco por la mordedura verde del mar, pero tremolando el saludo del Plata inmenso en la sonreída ondulación del gallardete.

Y fueron los militares que llegaban, luciendo el uniforme de los granaderos de San Martín, y encabezados -permiso mi general (4)- por la más competente, limpia y joven espada del comando argentino, por supuesto que sin mengua de ninguna, para

(2) El aviador Hilcoat.

(3) El «Moreno», a las órdenes del señor comandante Cueto.

(4) El embajador argentino general Justo, Ministro de Guerra.

traer en homenaje la montaña de los cóndores y la pampa de los jinetes.

Y es la inteligencia argentina que va llegando en la persona de sus más eminentes cultores, y que me inviste por encargo de anticipo, que no por mérito, con la representación de la Academia

Nacional de Ciencias de Córdoba, la Universidad de la Plata, el Círculo Argentino de Inventores, el Círculo de la Prensa, el Conservatorio Nacional de Música, la Asociación de Amigos del Arte, y el Consejo Nacional de Educación que adelanta, así, al Perú el saludo de cuarenta mil maestros.

Y por último, que es mi derecho y el más precioso", porque constituye mi único bien personal, aquel jilguero argentino que en el corazón me canta la canción eternamente joven del entusiasmo y del amor.

Por él me tengo yo sabida como si hubiese estado allá la belleza heroica de Ayacucho.

Al son de cuarenta dianas despierta el campo insurgente bajo la claridad de oro y la viva frescura de una mañana de combate; Deslumbra en el campo realista el lujo multicolor de los arreos de parada. En el patriota, el paño azul oscuro uniformado con pobreza monacal la austeridad de la república. Apenas pueden, allá, lucir al sol tal cual, par de charreteras; y con su mancha escarlata, provocante el peligro, la esclavina impar de Laurencio Silva, el tremendo lancero negro de Colombia.

Mas he aquí que restableciendo por noble inclinación las costumbres de la guerra caballeresca, los oficiales de ambos ejércitos desatan sus espadas y vienen al terreno intermedio para conversar y despedirse antes de dar la batalla. Con que, amigos de otro tiempo y hermanos carnales; que también los hay, abrázanse allá a la vista de los ejércitos, sin disimular sus lágrimas de ternura: Y baja de la montaña Monet, el español arrogante y lujoso, peinada como a tornasol la barba castaña, para prevenir a Córdoba el insurrecto que va a empezar

el combate.

Aquel choque final es un modelo de hidalguía y de bravura. Concertado como un torneo, dirigida la victoria con precisión estética por el joven mariscal, elegante y fino a su vez como un estoque, nada hubo más sangriento en toda la guerra: como que,

en dos horas, cayó la cuarta parte de los combatientes. Mientras la división de Córdova acomete al son sentimental del *bambuco*, el batallón Caracas, esperando su turno, que será terrible, juega bajo las balas los dados de la muerte.

Desprovistos de artillería los patriotas y perdida pronto la realista cuyos cañones del centro domina al salto, como a verdaderos potros de bronce, el sargento Pontón, la batalla no es más que una cuádruple carga de sable, lanza .Y bayoneta.

Carga de Córdova, el de la célebre voz de mando, que, alta la espada, lanzase a cabeza descubierta, encrespándosele en oro la prosapia de Aquiles al encenderle el sol su pelo bermejo. Carga de Laurencio Silva que harta su lanza en el estrago de ocho escuadrones realistas. Carga de Lara que cierra el cerco de muerte, plantando en el corazón del ejército enemigo el hierro de sus moharras.

Cuando he aquí que la última carga va a decidir la victoria. Son los Húsares Peruanos de Junín, al mando del coronel argentino Suárez y entre ellos, a las órdenes de Bruix, los ochenta últimos Granaderos a Caballo. De los cuatro mil hombres que pasaron los Andes con San Martín, sólo esos quedan. Pintan ya en canas los más; sus sables háyanse reducidos por mitad al rigor de la amoladura que saca filo hasta la guarda. Y en ese instante, desde la reserva que así les da la corona del postrer episodio, meten espuela y se vienen: Véanlos cruzar el campo, ganando la punta de su propio torbellino. Ya llegaron, ya están encima. Una rayada, un relámpago, un grito: *¡Viva la Patria!* ... -y al tajo, volcada en rosas de gloria la última sangre de los soldados del rey.

Esas lágrimas de Ayacucho van a justificar el recuerdo de otras que me atrevo a mencionar, animado por la cordialidad de vuestra acogida.

Y fue que una noche de mis años, allá en mi sierra natal, el adolescente que palidecía sobre el libro donde se narraba el cru-

cero de Grau, veía engrandecerse el alma con las hazañas del pequeño monitor, embellecidas todavía por la bruma de la desgracia. Y sintiendo. Venírsele a la garganta un llanto en cuya salubre parecía rezumar la amargura del mar lejano, derramaba en el seno de las montañas argentinas, sólo ante la noche y las estrellas de la eternidad, lágrimas oscuras lloradas por el *Huáscar*.

Señores: Dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología.

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada.

Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo. Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China, de los mandarines.

Pacifismo, colectivismo democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, cofúndese con su voluntad.

El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en

el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido.

La vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres

primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad.

En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquélla. En esto consisten su deber y su sacrificio. El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza.

Habría traicionado, si no lo dijera así, el mandato de las espadas de Ayacucho. Puesto que este centenario, señores míos, celebra la guerra libertadora; la fundación de la patria por el triunfo; la imposición de nuestra voluntad por la fuerza de las armas; la muerte embellecida por aquel arrebato ya divino, que bajo la propia angustia final siente abrirse el alma a la gloria en la heroica desgarradura de un alarido de clarín.

Poeta y hermano de armas en la esperanza y la belleza: ahí está lo que puede hacer.

Déjame solamente decirles a tu Lima y a tu Perú dos palabras finales que me vienen del alma.

Gracias, dulce ciudad de las sonrisas y de las rosas. Laureles rindo a tu fama, que así fueran de oro fino en el parangón de homenaje, y palmas a tu belleza que hizo flaquear -dichoso de él en su propia demisión- al Hombre de los Andes con su estoicismo. ¿Pues quién no sabía por su bien -y por su mal- que ojos de

limeña eran para jugarles, no ya el infierno, puesto que en penas lo daban, sino la misma seguridad del Paraíso? En el blanco de tus nubes veo embanderarse el cielo con los colores de mi Patria, y dilatarse en el tierno azul la caricia de una mirada argentina. Y

generosas me ofrecen la perla de la intimidad y el rubí de la constancia, tus sonrisas de amistad y tus rosas de gentileza.

Y tú, nación de Ayacucho, tierra tan argentina por lo franca y por lo hermosa; patria donde no puedo ya sentirme extranjero, Patria mía del Perú: vive tu dicha en la inmortalidad, vive tu esperanza, vive tu gloria.

EJÉRCITO Y POLÍTICA

TENIENTE GENERAL KINDELAN

CAPÍTULO I

LA GUERRA. - Causas primeras. - Metafísica. Psicologicas y 'Etica. - La paz: el pacifismo

EJÉRCITO es aquella parte de la colectividad nacional que cada Estado prepara y equipa para atender a su propia seguridad o para el logro de sus aspiraciones y la imposición de su voluntad en pugna con la voluntad de otros Estados: *Para hacer la Guerra*, en una palabra.

Parece discreto por tanto, antes de entrar en el estudio del Ejército, definir la Guerra, explicar su razón de existencia, su varia causalidad, sus modalidades y sus probabilidades de subsistencia, apoyando nuestro propio juicio en testimonios históricos y en ideas de ilustres pensadores, políticos y militares.

La Guerra es un *fenómeno biológico, natural, persistente y social*, que está por encima de la voluntad humana, como que obedece a una ley de la Creación, tan férreamente necesario e ineludible

como la de la Muerte; parte de un todo armónico que es el equilibrio del Universo. La guerra no sólo es su-

perior al hombre, sino que tampoco le corresponde con exclusividad; las fieras en la selva, las aves en la atmósfera, los peces en los mares; los microbios en la gota de sangre, se encuentran permanentemente en estado de lucha, unos contra otros y hasta fuera del reino animal, las plantas luchan por el sol en sus copas y tallos y por la alimentación en sus raíces, como el agua lucha con la tierra en los cauces de los ríos y arroyos y en las playas y acantilados de las costas.

El hombre necesita luchar para vivir; antes seguramente de que un hombre luchara contra otro hombre, hubo de abatir árboles con su hacha de sílex, cazar animales con sus flechas y puñales, horadar las rocas para fabricarse albergue.

La guerra individual interhumana está simbolizada en el episodio bíblico de Caín y Abel, primera lucha en la Tierra, precedida por otra grandiosa y terrible que se nos refiere ocurrida entre los ángeles buenos y los malos, secuaces de Satán. A medida que los siglos pasan, el hombre, animal intensamente social, se agrupa en *familias, clanes, tribus, polis, ciudades y naciones* y la lucha se extiende sucesivamente a cada una de estas colectividades; luchan familias contra familias, tribus contra tribus, ciudades contra ciudades, naciones contra naciones y grupos de naciones contra otros rivales.

Los progresos de la Humanidad, su perfeccionamiento en civilización y cultura, antes que acabar con

las guerras las hacen más tremendas, extensas y dolorosas; cuanto más poderoso es un ser, mayor es su capacidad de destrucción y de daño y más acentuada su necesidad de destruir para vivir; cada paso que damos en el Mundo, un sorbo de agua que bebamos o una inspiración de nuestros pulmones, cuesta la vida a numerosos seres y cuanto más grandes seamos más sacrificaremos a esa ley de lucha y destrucción que es indispensable para sostener el equilibrio de la Vida del Universo, como lo son las tempestades, las epidemias y los cataclismos de la Naturaleza; de la Muerte nace la Vida.

Es un error de los pacifistas, de los antibelicistas, el considerar la guerra como fenómeno social o político y no como condición psico-fisiológica del hombre, como hecho natural profundamente enraizado en su naturaleza.

Es también profunda equivocación suponer que la guerra, con todos los daños que acarrea, reconoce por causa primaria odios de raza, ambiciones imperialistas, rivalidades personales, razones económicas o rozamientos de amor propio. No puede creerse tan ciega a la Humanidad, tan insensata, siglo tras siglo, que no hubiera tenido alguna vez un momento de reflexión lúcida que la hiciese ver lo desproporcionado de los efectos con las causas y la necesidad de desterrar la

guerra como solución de estas diferencias; y si a la Humanidad se la supone incapaz de este sereno exa-

men de conciencia ha de derivarse de ello el suponerla a merced de los instintos primarios, dejándose llevar por ellos hasta anular el progreso humano. La Historia del Mundo, nos demuestra al contrario, que con raudales de sangre de todas las generaciones, se ha regado el campo de la Civilización y del progreso humano.

Entiéndase bien que no estoy discutiendo la razón de existencia de la guerra; señalo tan sólo la continuidad de un hecho histórico constante y universal y la imposibilidad de que cambie, por obedecer a una causa intrínseca a la naturaleza del hombre; y lo que está así en las células de su organismo, que se transmite sin variación por intermedio de los genes de la herencia, podrá cambiar en su forma y en sus modalidades, pero nunca muere; subsiste inmutable en lo esencial.

¿Cómo permite Dios el horror de tantas vidas jóvenes inmoladas, de tantos llantos y sufrimientos, de tanta desolación, de tanta ruina en los campos y en las urbes? No es este libro, ni teológico, ni filosófico, el encargado de examinar este profundo tema; basta indicar que la Iglesia Católica, en su profunda sabiduría, no condena la guerra en sí, sino sólo las injusticias y pecados que con ocasión de ellas se cometen; la Iglesia sabe que el dolor y el sacrificio son instrumentos de perfección y de elevación del alma humana y no da importancia excesiva a que el tránsito de una a otra

vida de unos millares o millones de seres, condenados fatalmente a morir, se adelante unos años.

Es un hecho comprobado que las ideas no han germinado a lo largo de la Historia hasta que recibieron el riego fertilizante de la sangre y que las tinieblas del error y de la ignorancia humanas han sido rasgadas por las espadas, lanzas o bayonetas de los guerreros. El fenómeno resulta paradójico ya que la lucha cruenta parece desencadenar las malas pasiones del hombre y relegar a segundo término, ante la fuerza material, la justicia, la bondad y la inteligencia.

En realidad no sucede así; podrá parecer en una visión simplista y superficial que la guerra entorpece el progreso y es una rémora para el avance de las culturas; pero el examen sereno y reflexivo de un período de luchas -no de un lustro, sino de un siglo, o de medio por lo menos- nos llevará a reconocer que los dueños y daños de cuatro o cinco años de guerra, han producido grandes beneficios a los pueblos que en ella contendieron y a la Civilización del Mundo. Al fin de la jornada triunfa siempre la inteligencia y la voluntad de los mejores. La luz vence a las tinieblas; el más civilizado al que lo es menos, lo más organizado, el orden, a lo inorgánico, caótico y desordenado.

Será una triste servidumbre del hombre, pero es una realidad que la sencilla exposición de la verdad no basta para que sea aceptada por los demás; que el solo raciocinio no basta para que lo justo y bueno sea

comprendido por todos. Desgraciadamente la verdad hay que imponerla por la fuerza; sin ésta, la intelligen-

cia permanece estéril de la misma manera que las ideas geniales de un hombre físicamente débil y posturado requieren que otros hombres fuertes y enérgicos las lleven a la plaza pública y las defiendan con su fuerte voluntad.

Será triste, también, que sea preciso pasar por el mal para llegar al bien; que sean precisos esfuerzos y dolor para hacer triunfar una sana doctrina; pero ello es una ley general de la Humanidad; una ley divina que subordina el logro del pan al esfuerzo del varón e impone a la hembra el dolor como inseparable del alumbramiento. Podrá amarse u odiarse a la guerra, pero negar que ha sido la palanca del progreso humano es negar la Historia o no saber extraer de sus páginas útiles lecciones.

La guerra crea odios inextinguibles --dicen algunos pero en contraste también por el contacto que se produce en ellas entre pueblos, que antes se ignoraban, dispares en cultura, religión y costumbres; se origina un intercambio de ideas y de modos de apreciar los grandes problemas de la Vida, fértil en consecuencias favorables para cuando la paz llega. Los beligerantes aprenden, en el clima violento de la lucha, a estimarse y a apreciar sus cualidades; el odio entre los contendientes es flor artificial y efímera, hija de la propaganda y de otras causas circunstanciales.

El contacto entre pueblos enemigos es fecundo en variadas consecuencias; aprenden unos y otros, no

sólo a conocer al enemigo y estimar sus virtudes, sino a conocerse a sí mismos, a ver claros los vicios propios y los defectos de sus formas políticas e intentan corregir éstos y copiar las buenas cualidades y los mejores sistemas políticos del adversario. Por eso al hundirse el viejo y podrido Imperio Romano, ante el empuje de los bárbaros, éstos conservaron cuanto de útil y viable subsistía en la organización del pueblo vencido y éste se asimiló en lo posible las virtudes del conquistador, resultando de ello una nueva civilización, mejor que la que acababa de fenecer. Por eso también después de la vergonzosa batalla del Guadalete y de la conquista de España por árabes y bereberes se produjo un intercambio, entre vencedores y vencidos que dio nacimiento a una cultura muy superior a la de uno y otro beligerante. Por eso también de las guerras de la República francesa a fines del siglo XIX, nació el frenazo que había de poner fin a los horrores y exageraciones de la Revolución francesa y encauzar de nuevo los destinos del país vecino.

Como estos ejemplos podría citar, tomándolos de la Historia, otros muchos en refuerzo de la tesis de que *la guerra lleva en sí misma una levadura civilizadora*, además de que, como crea un impulso anímico excepcional que se llama *voluntad de vencer*, excita hasta el paroxismo el interés de los contendientes y da lugar a perfeccionamientos en, todas las ramas del

8

TENIENTE GENERAL KINDELAN

saber humano, desde la Mecánica hasta la Medicina. Nada impulsó de modo tan efectivo el progreso de la

Ciencia como la guerra; gran parte de los descubrimientos deben su origen a la guerra y otros muchos han sido perfeccionados y hechos de aplicación práctica a causa de ella.

Incluso las artes deben mucho a la guerra. Cuántos libros de historia, cuántas novelas o poemas, cuántas esculturas, y obras pictóricas no hubieran visto la luz si la guerra no hubiese existido; y cuánto debe a ella la Arquitectura. Los hombres y los pueblos, por último, se hacen en las grandes contiendas mejores, más religiosos, más austeros, más caballerosos; además de más sabios y más cultos.

Todas las grandes culturas y las grandes civilizaciones deben su ser ala lucha armada; “la guerra -dice Scheller- es el principio dinámico de la Historia y la paz su principio estático. La guerra es creadora y la paz adaptadora”, Y en otra parte añade: “La gran filosofía griega de Platón y Aristóteles es inconcebible sin la guerra contra los persas”.

Es innegable que la historia militar es la del *Phatos* de la Humanidad; dejando en segundo lugar el *Ethos* de la misma; pero no debe olvidarse que la Humanidad ha sido hasta ahora y será por largo tiempo, un enfermo crónico y lo más interesante, en un enfermo de esta clase, para su familia, para él y para los médicos, es el estudio del proceso clínico de la enfermedad, debiendo considerar a los períodos de salud

normal, a los intervalos eufóricos, como incidentes del proceso patológico; con la diferencia de que pocas

enfermedades dejan al hombre en mejor estado que el que poseía antes de enfermar, y en cambio la Historia nos prueba que la mayoría de las guerras han dejado como regalo a la Humanidad, mejoras en su bienestar y en su civilización.

LA PAZ y EL PACIFISMO

Legó Nuestro Señor a los humanos la Paz, en calidad de Bien Supremo, de elevada aspiración del alma; pero ello no quiere decir que esté al alcance de las criaturas; también la santidad debe constituir constante aspiración del cristiano y el lograr tan perfecto estado sólo está reservado a contado número de escogidos. Así como el estado de limpieza de alma es accidental en el hombre, que aun siendo *justo peca siete veces cada día*, así el estado de paz completa, suprema felicidad, es accidental en los pueblos, que se encuentran casi siempre reponiéndose de una lucha, haciendo la guerra, o preparándose a emprenderla; ello también lo anunció Jesucristo.

Es muy lógico que existan pacifismo y pacifistas, como lo es el que se predique el ascetismo y la santidad, lo que pasa es que los pacifistas, descarrían en sus predicaciones, aun los más discretos; y no digamos nada de aquellos, tan abundantes en todos los países, que intentan meter a tiros, en el cerebro de los

hombres el amor a la paz, de aquellos partidos y colectividades pacifistas que ofrecen, como remedio contra la guerra, la violencia.

Entre la flamante y *snob* intelectualidad de los países de occidente-europeos y americanos-de principios de este siglo se sigue la moda que nos legó el último decenio del siglo XIX, de denigrar la *fuerza* añadiéndole el epíteto de *bruta* y considerándolo como una triste lacra de la animalidad primitiva. Tiene razón Ortega y Gasset al escribir en “España invertebrada”. “Desde hace un siglo padece Europa una perniciosa propaganda en desprestigio de la fuerza. Sus raíces, hondas y sutiles, provienen de aquellas bases de la cultura moderna que tienen un valor más circunstancial, limitado y digno de superación. Ello es que se ha conseguido imponer a la opinión pública europea una idea falsa sobre lo que es la fuerza de las armas, se la ha presentado como cosa infrahumana... “.

Spencer trata de presentar como antítesis del espíritu guerrero el espíritu industrial, no reparando en que aquél tiene por móviles, al honor, el patriotismo y el entusiasmo y el segundo tan sólo a la utilidad; es decir, que se apoyan en valores morales de muy distinta jerarquía. Precisamente lo que origina la decadencia y desprestigio de los ejércitos es la intrusión de un principio utilitario, entre los de orden más elevado que constituye su patrimonio espiritual.

“Medítese un poco -añade el filósofo español recién citado- sobre la cantidad de fervores, de altísimas mas virtudes, de genialidad, de vital energía que es preciso acumular para poner en pie un buen ejército. ¿Cómo negarse a ver en ello una de las creaciones más maravillosas de la espiritualidad humana? La fuerza de las armas no es fuerza bruta sino fuerza espiritual.”

Conviene distinguir entre la fuerza inorgánica y la fuerza organizada; sólo ésta es fecunda en beneficios, sólo lo orgánico es espiritualmente fértil. Los países salvajes están perennemente en guerras estériles por no estar organizados; cuando mi país civilizado lucha con uno que no lo está, lo vence y al vencerlo adquiere prestigio, que evita nuevas luchas. Grecia venció a Persia, poseedora de más numeroso ejército, porque poseía algo orgánico; la falange. La legión, grado superior a la falange en lo orgánico venció a ésta y a todos sus enemigos y con su prestigio evitó más batallas de las que ganó. Y si al cabo fue vencida por los bárbaros, debido fue a que ya la legión no era orgánica; no era un ejército, sino una tropa mercenaria en la que el interés material había destronado y desterrado de ella a sus clásicas virtudes militares.

La fuerza en la guerra es espiritual; la misma violencia llevada a sus más extremos grados no es más que una síntesis de energías morales; ciencia, previsión, elevados sentimientos, voluntad, orden, método; gracias a todas estas fuerzas morales sale un proyectil

por la boca de un cañón y lanza sus bombas el aeroplano.

El cañón es fuerza material y ciega al disparar, como lo es la bomba del avión al caer siguiendo la ley de gravedad, pero una y otras son síntesis y esencias de espiritualidad, de inteligencia. Recuérdese, que el motor de explosión de mayor rendimiento que ha producido el cerebro humano es el arma de fuego y que el vuelo mecánico -el avión- es la mayor conquista, el máximo milagro de la inteligencia soberana del hombre, salvo el flamante de la bomba atómica.

La guerra obedece a la voluntad de un Estado de imponer su poderío espiritual a otro Estado, por medios coactivos, de los que la violencia es el de mayor fuerza de decisión. Su finalidad es, pues, siempre espiritual, aunque para .lograda haya que acudir a medios materiales: las armas, la maniobra, la fuerza.

La violencia sólo significa la exteriorización, medida y símbolo de factores morales, de esfuerzos volitivos; en la guerra se lucha siempre por algo que está por encima de todas las cosas materiales y aun de muchas espirituales, incluida entre ellas la vida del hombre; la batalla significa tan sólo la exteriorización y la medida de dos energías forales, de dos potenciales, puestos en trance de choque violento.

Tras el argumento de la fuerza bruta suele venir el de la *matanza*, la *carnicería*, el *odio desencadenado*; no es la guerra nada de esto; no es su fin matar, sino

desarmar al adversario; se mata, sí, pero sin odio -y ello hace la majestad de la guerra-; el soldado no siente odio hacia el soldado que está enfrente, quizás alguna vez ira. El pensamiento de que no es matar el fin de la guerra lo encontramos en Dostoievski, Schleiermacher, Benda, etc.

“Las dos formas del pacifismo, dice Ortega y Gasset en “El Espectador”, tomo II, pacifismo jurídico o humanitario y pacifismo económico-, coinciden en su ceguera frente a la realidad histórica, que se nos presenta como un devenir, como una innovación perpetua donde los sujetos de derecho- en este caso los Estados- aumentan o disminuyen en potencialidad espiritual y consecuentemente en capacidad jurídica.”

Creemos haber refutado suficientemente la endeble argumentación de los pacifistas de la primera forma; vamos ahora a examinar el pacifismo económico, muy extendido, como obligada consecuencia de la interpretación económica de la historia que tanto auge alcanzó hace unos pocos lustros.

Examinando Spencer numerosas guerras ha creído ver en muchas de ellas, especialmente en las que ha sostenido Inglaterra en, los dos últimos siglos, empresas que tenían por finalidad abrir mercados a la industria inglesa u otros objetivos de orden económico, lo que le lleva a esperar que la Industria, aumentando la solidaridad universal matará a la guerra; que los ejércitos perecerán a mano de los banqueros, de los agentes comerciales, de los hombres de empresa y de los

contra maestres.

Toda esta *fe económica*, cuyos grandes profetas fueron Adam Smith, Bacon, Hume, Malthus y Darwin, empequeñece la guerra apoyándose en falsos principios biológicos que el progreso científico de los últimos años ha declarado caducos, por inexactos.

Norman Angell trata de demostrar que toda guerra es ruinoso; que no las hay provechosas; y esto, que es rigurosamente exacto, sería un argumento magnífico en contra de las guerras, si éstas obedecieran a intereses materiales y no a sentimientos de más elevada jerarquía: honor, ambición de poder, patriotismo... La tesis, por el contrario echa por tierra la interpretación materialista de la guerra, tan extendida y confirma en cambio la de aquellos otros que ven, como causa de lucha, altos valores humanos, impulsos de elevada espiritualidad, móviles biológicos.

En uno de sus libros dice Benda que él sólo se hace militarista cuando lee un libro pacifista o asiste a una conferencia sobre el pacifismo. Suelen ser, en afecto, las predicaciones orales y escritas de los pacifistas faltas de lógica y, en general, culturalmente pobres; ¿Quién puede tomar en serio la siguiente tesis del tan conocido escritor inglés contemporáneo Wells "La guerra matará a la guerra?" "Una gran parte de la literatura belicosa -dice- es patológica. Los hombres de estudio, emparedados en las universidades, enferman del hígado y del corazón; sufren de su timidez, del conocimiento de que sus grandes méritos no reciben estima

EJÉRCITO Y POLITICA

- melancolía de solterona- y padecen odio contra todas las alegrías de la vida. Tal sentimiento se exalta en atroces ideologías. Un buen baño, sociedad grata, abstención de alcohol y de tabaco y dos horas de hockey cada tarde, harían probablemente de estos furiosos militaristas hombres muy tolerantes”.

Toda esta argumentación en contra de las tesis y sofismas pacifistas, ha sido necesaria en razón de lo enrarecido y confuso del ambiente, en torno a la guerra, que se había producido a causa de discursos y libros de liberales, progresistas, pseudo-intelectuales y literatos vacíos de sustancia, de todos aquellos a quienes Nietzsche llamó: *filisteos de la cultura*, que habían logrado intoxicar la inteligencia de los lectores y masas de insuficiente formación, amantes de los lirismos vacuos y de las frases sonoras sin contenido. Claro que se ha incurrido en el bando opuesto en exageraciones similares; por ello más vale que adoptemos una posición media equidistante de las extremas vieno en toda guerra *un factor biológico, material y un impulso espiritual*.

CAPÍTULO I

LA GUERRA -*Segundas causas - Modalidades.* *La Guerra y el derecho*

No hay que bucear en busca de la etimología de la palabra *guerra*, que parece origen germánico; de la palabra alemana *wehr* se derivó la latina *Werra*. En el concepto que tenía entre los romanos el vocablo latino *bellum*, no ha sido empleada en castellano aquella palabra hasta el siglo XIII; en la segunda de las Partidas del Rey Sabio, el título 23 está íntegramente consagrado a la Guerra. Al formarse el romance castellano usaron sé las palabras: *lid*, *facienda*, *fonsadera*, *hueste* y *batalla*.

Tampoco hemos de detenernos mucho en definir la guerra ya que es un concepto que toda mente humana posee como idea innata y sólo vamos a espigar en la frondosa mies de la literatura militar para es -coger unas pocas definiciones, comenzando por la de Hobbes, que nada define:

“La guerra es el estado primordial del género 'humano.’”

Jomini dice:

“Drama terrible, apasionado, sujeto a tres o cuatro principios generales; pero cuyo resultado se subordina a una multitud de complicaciones morales y físicas.”

Proudhon:

“La guerra es la unión indisoluble para el bien de la Humanidad, del Derecho y de la Fuerza”,

Clausewitz:

“La guerra es un acto violento destinado a forzar a nuestro adversario a someterse a nuestra voluntad”,

“La guerra es un instrumento de la política o mejor Dicho, es una continuación de la política con otros medios.”

Villamartín:

“La guerra es el choque material de los elementos de daño y defensa de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses.”

Scheller:

“La guerra es el principio dinámico de la Historia.”

Modernamente los diccionarios definen así la guerra:

“Desavenencia y rompimiento de paz entre dos o más potencias.”

“Tratarse dos naciones como enemigas cometiendo actos de hostilidad recíprocos” y

«Estado transitorio de lucha, caracterizado por la pugna armada y continuada de dos o más colectividades políticas.»

Los más ilustres pensadores han dado su opinión acerca de la guerra y han tratado de definir muchos de ellos; pero no hemos de copiar aquí lo que dijeron Wolf, Kant, Hegel, Fichte, De Maistre y otros muchos, así como tampoco aquellas otras que son del dominio común, en la que al laconismo y belleza de la frase sacrificóse la exactitud y profundidad del contenido. Creemos que con lo expuesto hemos hecho ya los merecidos honores a la guerra y su definición.

MODALIDADES DE LA GUERRA; SEGUNDAS CAUSAS

Estudiadas las causas primeras, pasaremos a estudiar otras causas no primarias sino inmediatas de las guerras, las que motivan la clasificación de éstas.

Existen bien distintas dos modalidades: la de *conquistata* y la *defensiva*. La primera es aquella que un pueblo emprende con motivos fútiles o artificiosos –a veces también por necesidad biológica– con el fin de arrebatarse a otro pueblo pedazos de su territorio o la totalidad del mismo.

Algunos espíritus simplistas tratan de reducir a dos las diversas modalidades de la guerra; *justas* e *injustas*, o sea de *agresión* y *defensivas*. Ello representa una pura especulación. Es imposible definir en la mayoría de los casos, de parte de qué beligerante está la justicia,

ni cuál es el verdadero agresor. Hay agresiones morales y agresiones físicas; pero ni aun éstas son fáciles de identificar y definir; en la guerra de 1914 largo tiempo achacaron sé uno a otro, los beligerantes, la iniciativa de la agresión. Hay que desechar esta utópica, pretensión de catalogar las guerras en sólo dos grupos, cosa sin finalidad, ya que puede haber quien cumpla cuidadosamente todas las normas de los tratados y leyes de la guerra, que espere a ser agredido, para repeler el ataque; y que a pesar de todo sea responsable de una guerra injusta y en cambio pueden existir agresores cargados de justicia y plenos de razón.

Una ley justa y una guerra justa no lo serán ciertamente a juicio de todos, muy especialmente al de aquellos a quienes perjudiquen; ahora, por ejemplo, ha surgido la teoría del *espacio vital*, como justificación a las guerras, con sus variantes de *pueblos sin tierra*, *países superpoblados*, etc.; y es muy difícil demostrar el derecho que asiste a un pueblo, con índice "demográfico grande, a conquistar nuevos territorios vecinos, aunque tales tierras en muchos casos, en siglos anteriores fueran conquistadas también por los mismos métodos violentos.

GUERRA NACIONAL.-Todo Estado ha librado alguna vez una guerra de" modalidad especial, que se llama *guerra nacional* o más concretamente *guerra de*

independencia; en España sólo se da este nombre a la que sostuvimos contra las tropas de Napoleón a partir de 1808, pues a la de cerca de ocho siglos contra árabes y bereberes se la designa con el nombre de *Reconquista* y la finalmente desgraciada que sostuvieron aisladas o en combinación contra los romanos, diversas tribus de Iberia en los dos últimos siglos antes de J. C., se la conoce con el nombre de *Guerras de los Celtíberos* .

En esta clase de luchas es en las que se nota de modo más notorio la enorme fuerza energética de la opinión pública colectiva; todo un pueblo se levanta unánime, cegado por la ira, contra el odioso e injusto invasor del propio suelo. Unos dan su dinero, otros sus hijos, los de acá su esfuerzo los de allá su vida. Hombres selectos, niños impúberes, vírgenes y matronas, revuélvense airados contra el enemigo en un ideal único común, sin reparar en riesgos, ni en trabajos; cada pueblo se convierte en una plaza de guerra, cada monte en una posición, cada habitante en un soldado temible.

Un pueblo animado de espíritu tal es muy difícil de vencer; perderá batallas, pero no se rendirá y continuará agotando, desgastando y desalentando al adversario. Este ganará batalla tras batalla, tomará una por una, en avance ininterrumpido, las sucesivas líneas naturales de defensa del territorio, destruirá ciudades, incendiará los campos, fusilará sin piedad, pero

sus convoyes serán tiroteados diariamente, sus patrullas sorprendidas, sus hombres cazados como conejos; sus líneas de comunicación cortadas; y aislado, sin posible información, sin espionaje propio, sabiendo en cambio .al del contrario activo y vigilante, sin recursos, sin la menor .ayuda, fatalmente habrá de emprender algún día la retirada y puede dar gracias a Dios si ésta no se transforma en un desastre.

Así derrotó el pueblo español al mejor ejército del mundo, mandado alguna vez personalmente por el mejor general de la Edad Moderna; el caso se repetiría ciertamente, pese al adelanto del armamento y de los nuevos medios de guerra, siempre que se reproduzca el estado anímico colectivo de aquel momento histórico.

Las guerras de independencia son “la vida o muerte”. Hay que hacer al conquistador todo el daño posible y este deber, unido a una exaltada pasión patriótica, hacen que no siempre se respeten con escrupulosidad las leyes de la guerra; menos mal que después de un período de represalias mutuas se viene a comprender, que el propio interés aconseja no violar aquellas reglas. En todo caso existe cierta justificación, para estas guerras, de las posibles exageraciones de la violencia. Para que un pueblo se exalte unánimemente hasta el paroxismo es preciso que haya sido objeto de una felonía, de una incalificable injusticia, y conviene al respeto que ha de existir entre Estados civilizados,

que aquel que la haya cometido, aquel que haya infringido gravemente las leyes morales; sufra un duro castigo expiatorio, que cure a otros ,y a él mismo, de toda veleidad de reiterar tal conducta.

No me detendré a describir otras diversas formas de guerra, alguna de las cuales pasaron ya a la Historia; me limitaré a citar algunas de ellas que se clasifican según su índole, su origen, su forma de hacerlas y sus fines; existen guerras de *razas*, de *religión*, de *emancipación*, *dinásticas*, de *liberación*, de *reconquista*; de *castigo* o *punitivas*, de *intervención*; *campales*, de *sitio de posiciones*; de *maniobra* y *estabilizadas*; *navales*, *aéreas*, de *desembarco* y *combinadas*; *internas* y *externas*; de *policía*, *coloniales*, *continentales*, *mundiales*, *civiles* y *nacionales*. No deben confundirse estas dos últimas formas.

GUERRA CIVIL.-Voy, someramente, a examinar la modalidad de *guerra civil*, en la que con frecuencia distraen los pueblos sus ocios en los intervalos entre dos guerras internacionales y' afinan para la próxima el filo de sus espadas. La guerra civil se considera generalmente una calamidad, lo que no quiere decir que no sea con frecuencia justa y oportuna, como la nuestra de 1936 a 1939. También a veces constituye un instrumento providencial de progreso, barriendo viejas rutinas y errores político-sociales. No puede negarse que las guerras civiles inglesa y americana han traído

progresos considerables a una y otra nación.

Por su origen divino el hombre tiende a dar esencia de eternidad a sus obras; pero la imperfección de su naturaleza terrenal imprime a cuanto su mente concibe y sus manos edifican carácter efímero y precario. De nada sirve que las Instituciones que crea y los Estatutos por los que intenta se rija por siempre la colectividad, se declaren inmutables y se los refuerce con fórmulas y juramentos de inmutabilidad; al cabo de unas cuantas décadas quedará al descubierto la armazón fugitiva y pasajera de toda creación humana y las Instituciones se revelarán viejas y caducas. Seguirán tal vez respetadas formalmente, pero al vaciarse de contenido esencial, serán primero despreciadas, después, odiadas, y por último, combatidas.

He aquí el proceso y el origen de la mayor parte de las guerras civiles; otras tienen por fundamento una levadura anárquica o fundamentalmente subversiva que existe en las sociedades en descomposición, la que se muestra en nuestros días exacerbados, hasta un grado alarmante, para la armonía y la paz de las naciones civilizadas.

Estas guerras son difíciles; los caudillos que las dirijan han de ser grandes psicólogos y no atribuir a la victoria de las armas virtud de panacea. Por faltarles tal cualidad se han perdido en las guerras civiles fama bien ganadas en guerras exteriores. En las luchas internacionales basta, en general, ganar la guerra, en

las civiles no basta; *hay que ganar además la paz.*

Hay que evitar que el odio adquiera consistencia y permanencia, para que no se produzca una reacción contra la doctrina que se defiende y se intenta difundir, lo que sería contraproducente y constituiría prueba palmaria del fracaso de la guerra. Hay que evitar, sobre todo, que otras naciones intervengan en la lucha y no olvidar, por último, que sea cualquiera la suerte de las armas, sea quienquiera el vencedor, siempre será el mismo el vencido, siempre habrá una única víctima: la Patria.

No hay que confundir los términos: guerra civil, pronunciamiento, revolución y motín. Existe entre ellos cierto nexo moral; pero el proceso resolutivo es bien dispar. Sólo podemos considerar como guerras civiles en los últimos tiempos, en España, a las Carlistas y la reciente de 1936 a 1939.

Tampoco hay que confundir, ya lo dijimos antes, los conceptos, guerra civil y guerra nacional; ni aquélla llega a tener el carácter de entusiasmo llevado al paroxismo, que caracteriza a los levantamientos nacionales, ni la guerra nacional ha de ser por necesidad civil, antes al contrario, será con preferencia internacional.

Nuestra reciente guerra civil, fue eminentemente nacional, pero nada autoriza a generalizar el concepto.

GUERRA DE CONQUISTA. - Injusta en muchos caso esta clase de guerra no debe, a pesar de ello,

generalizarse el concepto; no puede, por ejemplo, tacharse de injusticia la guerra que un pueblo civilizado hace a otro salvaje, que no explota las riquezas naturales de su suelo y practica de continuo el robo y el asesinato en la frontera; no puede tampoco llamarse injusta la expansión de un pueblo, que se muere de hambre, hacia campos más fértiles, acuciado por la necesidad biológica de vivir; no puede, por último; reputarse injusta la ocupación de un pueblo inquieto y agresivo, decidido a sustraerse a toda ley de convivencia o de vecindad, con peligro de contagiar su estado morboso a los Estados colindantes.

Esta guerra exige mucho tacto, en quien la emprende, para no dar consistencia y duración a los sentimientos de odio y de rencor en el pueblo ocupado. Gonzalo de Córdoba, en Italia; Hernán Cortés, en Méjico, y muchos siglos antes Scipión, Aníbal y Catón, en España fueron ejemplos de vencedores que supieron hacerse amar de los vencidos. Esta cualidad parece persistir en nuestro carácter racial y de ello es prueba fehaciente el afecto que a España acaban de probar con sangre los moros de nuestra zona de Marruecos, nuestros enemigos de hace cuatro lustros.

OTRAS GUERRAS.- En la guerra defensiva, las más de las veces justa; desarróllase frecuentemente una exaltación del sentimiento de independencia; factor que bien conducido y dirigido puede constituir un

manantial energético de gran valor. El inconveniente principal de esta modalidad de lucha consiste en que el peso de la misma, con sus devastaciones y ruinas, recae, generalmente, sobre el propio país, a menos que éste sea bastante fuerte para hacer inviolable su suelo o para reaccionar ofensivamente, llevando la guerra más allá de sus fronteras.

Existen otras guerras que podemos llamar *doctrinales* o *de propaganda*. Son aquellas que enfervorizado y lleno de entusiasmo, emprende un pueblo que se cree en posesión de una nueva verdad, con objeto de extenderla a todos los pueblos. Es el caso de las guerras del Islam naciente; es el caso general de las guerras de religión, es; por último, el caso del imperialismo del régimen soviético.

Tienen la particularidad estas guerras de que en muchas de ellas la justicia está de parte de los dos adversarios; uno de ellos entusiasta de una nueva doctrina religiosa, filosófica o política, pretende, generoso, hacer gozar de sus beneficios a todos los seres humanos, mientras que el otro, apegado a sus tradiciones y a su vieja doctrina, lucha por conservadas. Tienen también otra particularidad y es que el odio no es aquí de nacionalidades, sino de escuelas y doctrinas: los vendeanos y los emigrados de principios del siglo XIX, odiaban más a los revolucionarios franceses que a los prusianos, austriacos e ingleses. En los días que atravesamos son frecuentes estas clases de

guerra en su modalidad de guerra civil un grupo de impacientes trata de imponer por la violencia en unos meses lo que es obra evolutiva de un siglo y se producen choques sangrientos que llevan al paroxismo el odio entre unos y otros connacionales, hasta el punto de que se hace muy difícil en ellas la observancia del derecho de gentes y de las leyes de la Humanidad.

La guerra *económica* es otra modalidad digna de examen. Está de moda hoy la interpretación económica de la Historia Universal, y desde atribuir a luchas protohistóricas, como móvil principal, la conquista del estaño y a las Púnicas, la del cobre, hasta hablar hoy de la Guerra del Oro (la del Transvaal), de la Guerra del Petróleo (la de 1914), de la del Caucho (la del Pacífico), etc.; hay toda clase de interpretaciones materialistas de las guerras. No son exactas; la mayoría de las guerras en el pasado se hicieron por motivos religiosos o políticos y en las actuales sucede lo mismo; los móviles económicos figuran entre los determinantes de las guerras, pero no con preponderancia; las luchas actuales tienen causas complejas en que figuran como elementos principales los de orden político, biológico, étnico o social.

LA GUERRA Y EL DERECHO

Dícese que “la Fuerza es fuente o creadora del Derecho”; pero, en todo caso, la Fuerza ha querido

subordinarse al Derecho en las luchas entre hombres civilizados, introduciendo ciertas limitaciones en el ejercicio de la violencia, por medio de normas, usos y leyes que codificadas han dado nacimiento a un Derecho de Gentes, a un Derecho Internacional y a unas Leyes de Guerra, que si no totalmente, respetadas siempre, lo han sido a menudo, por lo menos en sus preceptos esenciales. Hoy no se admite la muerte, la mutilación o el tormento, como derecho sobre el enemigo vencido, como tampoco la esclavitud colectiva, ni el trato ignominioso de uncir los vencidos al carro del vencedor o atados a las colas de los caballos, ni tampoco deshonrar a las mujeres; hoy no es lícito rematar a los heridos enemigos, antes bien es obligado vendar sus heridas, hospitalizarlos y curarlos, como a los propios.

Este progreso se ha hecho lentamente, siglo tras siglo, al par que el progreso de la Civilización. El genio insigne de Aristóteles admitía como derecho incuestionable la esclavitud impuesta por el vencedor al vencido y cuando, Cicerón intentó crear un derecho de guerra, con ideas que hoy rechazaríamos como totalmente inaceptables, parecieron todavía éstas tan revolucionarias que su voz fue desoída y su propuesta quedó sin efecto.

Los bárbaros al vencer a Roma, no dulcificaron estas duras costumbres, la conocida frase "Ve Vic,tis", compendia toda una doctrina jurídica de los nuevos

dominadores de Europa.

Las leyes de caballería, si imprimieron cierto sabor caballeresco a las luchas colectivas, no fueron bastante para hacerlas menos duras, para atenuar sus demasías y sus violencias injustificadas; hubo que esperar hasta entrada la Edad Moderna para el nacimiento de un verdadero código jurídico de la guerra. Fueron, por cierto, españoles los que pusieron los primeros pilares del edificio del Derecho Internacional: un Jesuita, el Padre Francisco Suárez; un dominico, el Padre Francisco Victoria; un jurisconsulto, Baltasar Ayala.

Estos compatriotas fueron seguidos en todas las naciones por ilustres continuadores de la obra comenzada, hasta poner la lumbrera cumbre del edificio, los sabios: Hugo Grocio y Emero Vastell. Después de ellos algunos utopistas trataron de completar la legislación con miras a la paz perpetua, a la desaparición de las guerras, sin haber obtenido el menor fruto tan bellos propósitos.

Las ideas hoy dominantes admiten la guerra y su licitud en ciertos casos, pero imponen la obligación de limitar el daño a lo estrictamente indispensable, para vencer y obligan a los beligerantes al respeto de ciertas reglas, consustanciales con el honor militar, que no significan debilidad, ni generosidad excesiva e indiscreta, sino reducción del ejercicio de la violencia a los preceptos de la moral cristiana, en la medida de lo posible.

Hay algunos puntos sobre los cuales existe cierta confusión o, mejor dicho, sobre los cuales, si las reglas genéricas son precisas y claras, es difícil, por el contrario, saberlas aplicar; tal sucede con el postulado del *respeto obligado a los no combatientes*, admitido en buena regla de derecho pero difícil de aplicar, dado que en las guerras modernas, cada vez más totales, no son nada precisos los límites que separan parán entre sí a la población no combatiente y a la movilizada. En la guerra actual tanta importancia tiene un obrero fabril o un agente del servicio de propaganda como un soldado de infantería, y más que uno y que otro quien, en la soledad de su laboratorio, está inventando un terrible explosivo o una nueva arma de guerra, además de que si se admite que asiste a cada beligerante el derecho a actuar sobre la moral colectiva del enemigo, hay que admitir todos los medios para conseguir tal fin y entre ellos el más eficaz el bombardeo aéreo. La aparición de la Aviación y el desarrollo del arma submarina, han creado nuevos problemas de derecho aéreo y naval, todavía no bien examinados, y desde luego, ni codificados, ni aceptados compromisos sobre ellos por los diferentes Estados; una jurisprudencia novísima relativa a diversas modalidades de la guerra aérea y de la submarina habrá de nacer en el interregno entre la actual y la próxima inmediata.

Otro principio que ha de sufrir revisión es el de neutralidad. En la contienda que asistimos, se han

presentado algunas novedades, unas, restringiendo el derecho de los neutrales, como la práctica abusiva de los *navycerts*, la prohibición de exportar materias de interés militar a uno de los beligerantes y la extensión del concepto de bloqueo marítimo; otras, por el contrario, ampliando aquel derecho; admitiendo por ejemplo, que un neutral ceda bases aéreas o navales a un beligerante sin entrar en guerra con el otro, o que envíe unidades armadas orgánicas en ayuda de un bando sin suspender sus relaciones amistosas con el otro. En esta guerra, por último, se puede estar afiliado a uno de los dos grupos adversarios y permanecer neutral y amigo con respecto a alguno de los países del contrario.

Se ha empleado en esta guerra el término de “no beligerancia” como un matiz de la neutralidad, aunque, a decir verdad, no se ha dado una definición precisa del neologismo, que en realidad parece cosa formal más bien que sustantiva. Filosóficamente no cabe más que ser beligerante o ser neutral, aunque dentro de ambos términos quepan grados de amistad con uno u otro beligerante. En la pasada guerra se aplicó tal vez el término de “no beligerancia”, con el significado de “aliado que no guerrea”.

Otro tema muy vidrioso es el de las *represalias*; admitido el derecho que asiste a un beligerante de sancionar toda infracción por el otro cometida, en las personas y bienes de algunos prisioneros del mismo,

es arma que si evita en algunos casos abusos e indignidades, trae intrínsecamente unido el riesgo de llevar la lucha a la barbarie; a una represalia contesta el enemigo sancionado, con otra más dura y extensa y de abuso en abuso, de represalia en represalia, la guerra se encona y alcanza unos límites de crueldad y de inhumanidad bochornosos. En tal caso, al enemigo que abandonó la senda del honor para tomar el camino de la injusticia en vez de conseguir volverlo a la ley y a la razón, por este medio, se le da ocasión de erigirse en juez, y de que se precipite a su vez, por el camino deshonoroso e injusto. Es, pues, un arma que no debe emplearse más que en caso extremo y sólo en medida que guarde proporción con la falta o crimen cometido por el adversario. Sería o grandemente deseable, que no hubiese que acudir nunca a tales procedimientos; pero así como no cabe, en el estado actual de la civilización humana, abolir la pena de muerte, aunque repugne conservada en los códigos y sea discutible su licitud en buena moral, así tampoco puede prohibirse a un Estado o un Ejército el ejercicio del derecho de represalia, único medio, en algún caso, de impedir graves infracciones a las leyes de la guerra y a las normas de la convivencia humana y esto no sólo cuando se combate a enemigos no militarizados y encuadrados o a pueblos de bajo nivel cultural, o casos los más frecuentes, sino incluso en las luchas entre pueblos muy cultos y ejércitos perfectamente organizados, ya que la triste y desalentadora experiencia de

la guerra actual nos demuestra que en ella se olvidaron, con dolorosa frecuencia, los dictados de la moral, las reglas del honor militar y las leyes de la guerra.

Se han reunido varias conferencias internacionales con el plausible deseo de humanizar la guerra, pero la verdad manda decir que los resultados obtenidos no estuvieron en relación con la bondad de los propósitos; puede decirse que la única realidad en que los tales propósitos cristalizaron, fue la organización de la *Cruz Roja Internacional*, que ha prestado en las últimas guerras humanitarios, modestos pero útiles.

Se admite en la jurisprudencia bélica en derecho al *bloqueo*, es decir, a hacer morir de hambre a niños, a mujeres y a ancianos; admítese también –desde los tiempos de Troya y de Jericó- el derecho a sitiar y a bombardear las ciudades fortificadas y guarnecidas, es decir, a matar a la población civil por el hierro y por el fuego. En uno y otro caso la necesidad militar justifica el daño necesario. No se consiente, en cambio, bombardear un pueblo no ocupado por tropas, ni una plaza que se declara “abierta” - ¡Qué difícil de precisar el lato, concepto! -. Se puede hundir con todos sus tripulantes un buque que lleve a bordo material declarado contrabando de guerra- ¿qué no es hoy contrabando? - pero, en ,cambio, se considera una felonía hundir un buque hospital, aunque el buen sentido no alcanza a comprender por qué constituye crimen reprobable quitar la vida a unos heridos que regresan a su país para curar sus lesiones y volver a la guerra y

sea lícito y aun loable hundir un barco cargado de vidas jóvenes y sanas, que aun no hicieron armas contra nadie. En fin, está aún en mantillas la jurisprudencia de la guerra y sólo existen unos principios fundamentales de moral natural y una casuística poco firme, plena de contradicciones y de normas imprecisas. Hay mucha labor por hacer en este terreno casi baldío.

Así como toda ley pretende ser justa, lo pretende también toda guerra; lo difícil es demostrado y a ello obedece la oposición, bastante generalizada, hacia o una y otra exteriorización de la voluntad de los Estados; oposición que puede decirse, en rigor de verdad, ha triunfado hasta hoy sobre la ley en lo internacional. Derecho y guerra se componen de los mismos ingredientes fundamentales: justicia y fuerza; sólo difieren en los modos de clasificarlos y emplearlos.

Una modalidad curiosa de modificación de las leyes por motivos militares, consiste en los *estados de excepción, estados de guerra o suspensión de garantías constitucionales*, que todos los países se han visto obligados a admitir en sus constituciones o estatutos fundamentales; la Constitución izquierdista de Weimar, en su art. 48, establecía que al declarar el estado de excepción, todos los poderes pasarán al Ejército, o al que se reviste de poderes dictatoriales, con derecho a legislar por decreto, a aplicar las leyes y a administrar justicia hasta los grados más extremo. “Al Ejército corresponde en tales ocasiones -dice el doctor Gessler- la gerencia total del país por ministerio de la ley.”

Tanto en estos casos, como cuando en la paz se cometen delitos calificados como esencialmente de orden militar, se incoan procedimientos especiales con arreglo a normas consignadas en *códigos de justicia militar*; tales procedimientos para determinados delitos afectan una forma de ritmo acelerado en su trámite, que se llama *juicio sumarísimo*, en el que se abrevian y reducen plazos y diligencias en aras a la ejemplaridad del castigo.

Por cierto que los ejércitos, en casi todas las naciones, se han adelantado a la justicia civil en la implantación del juicio por jurados, moderna conquista de la Ciencia Jurídica; los “Consejos de Guerra” no son otra cosa que juicios por jurados, con la ventaja de que los miembros del mismo tienen un cierto nivel cultural y conocimientos generales de jurisprudencia, enseñándoseles en las Academias nociones de Derecho y el Código Castrense.

CAPÍTULO VI

LOS CUATRO PILARES, -*Disciplina - Organización – Reclutamiento – Instrucción*

Un ejército moderno es una cosa tan compleja y extensa que no es fácil precisar cuáles son las bases sobre las que han de cimentarse su eficacia y su rendimiento, sin un sereno y detenido estudio; valor, fortaleza, unión, calor cordial de sus conciudadanos, mandos competentes, ímpetu, audacia, prudencia; excelente armamento; cupos numerosos de hombres fuertes y decididos y otras cualidades, tantas que alargaría esta enumeración el citarlas todas, son indispensables a un buen ejército. Las fundamentales pueden, a mi juicio, reducirse a cuatro, que han de considerarse como los cuatro pilares básicos del edificio militar: *Disciplina, Organización, Reclutamiento e Instrucción*; y si se me pidiera indicara el orden de importancia relativa entre estos factores, quizás diría que es aquel en que van enumerados y desde luego, sin vacilar, sin duda, ni titubeo, concedería el lugar primero a la *Disciplina*.

DISCIPLINA

Es la disciplina nervio y sostén de los ejércitos, siendo tan consustancial con los mismos que no hay ejército sin disciplina, como no hay pueblo civilizado sin ella. A poco que se profundice en el estudio de la Historia Universal se llega a comprender que la existencia de Europa, con su civilización y su cultura, se debe a que antes que nadie se disciplinó, disciplinó a sus ejércitos y en las primeras luchas que recuerda la Historia, contra persas, asiáticos y contra cartagineses, africanos, la falange y la legión, con su disciplina vencieron a sus enemigos, numérica y económicamente más fuertes, y salvaron a Europa.

En estas ocasiones remotas vence por primera vez lo disciplinado, lo orgánico, a lo indisciplinado e inorgánico y el fenómeno se ha de reiterar profusamente en épocas posteriores. Siempre que un país fue disciplinado y orgánico, fue grande, fue protagonista en el acaecer de la Civilización y dejó de serlo en cuanto se relajó su disciplina sustantiva. Sólo con ejércitos disciplinados pueden lograrse empresas serias y permanentes; las falanges de Alejandro, las legiones de Scipión y de César, eran disciplinadas y su obra perduró. Las hordas de Atila, Genghis Khan y Tamerlán, carecían de disciplina y sus éxitos fueron efímeros, carentes de sentido de eternidad.

No resisto el deseo de copiar para deleite de los lectores el primer capítulo de una obra clásica de Arte Militar: “Las Instituciones Militares”, de Vegetio. De este insigne escritor romano, Fl. Vegetio Renato, sólo ha quedado su obra “De Re Militari”, sabiéndose de él apenas que, nacido en ilustre cuna, vivió y escribió en tiempos del emperador Maximiliano II.

Se titula dicho primer capítulo:

“Los romanos, con solo la disciplina de sus tropas, vencieron a todas las naciones”.

Sigue así el capítulo:

“No es la multitud de las tropas ni, por decirlo así, un valor ciego y sin principios, los que alcanzan las victorias; son éstas sólo el premio del Arte y de la disciplina. De ello dan insigne prueba los romanos, que si consiguieron sujetar al Mundo, fue afirmando mucho su disciplina militar, ejercitándose en el Arte de la Guerra y meditando continuamente sus preceptos. De otra suerte, ¿qué hubiera adelantado un puñado de romanos contra la muchedumbre de los galos? ¿Cómo hubiéramos resistido con nuestra pequeña estatura a la gran corpulencia de los germanos? Es constante que los españoles nos aventajaban, no sólo en el número, sino también en las fuerzas del cuerpo. Nunca llegamos a ser tan ricos; ni astutos como los africanos; ni cabe duda en que los griegos nos excedieron siempre en prudencia y artificio. ¿Qué hicimos, pues, para contrarrestar tantas ventajas? Escogimos con suma diligencia buenos reclutas; enseñámosles, digámoslo

así, el derecho de las Armas; robustecímoslos con el ejercicio diario; impusímoslos en todas las maniobras de la guerra; y establecimos penas vigorosas contra los perezosos. El conocimiento del Arte Militar aumenta el valor, porque generalmente los hombres ejecutan con bizarría lo que tienen seguridad de haber aprendido bien. En una batalla, un pequeño ejército, bien disciplinado, tiene más proporción para ganar la victoria que otro numeroso y que obra sin conocimiento; el cual está siempre expuesto a ser pasado a cuchillo.”

Hay mucha verdad en lo que escribe Vegecio; hoy con amplia perspectiva histórica puede hacerse la siguiente aseveración: *Europa es una creación de la disciplina de la Falange y de la Legión* y a los lectores que consideren excesivamente osada ésta mi afirmación, puedo brindarles otra del gran sociólogo y economista contemporáneo, Max Weber, quien yendo aún más lejos atribuye a la disciplina militar romana, nada menos que el papel de creadora de una de las más grandes concepciones de la mente del hombre: el Derecho. Dice así: “el origen del concepto actual de la Ley fue la disciplina militar romana y el carácter particular de su colectividad guerrera” (*Wirtschafts und Gesellschaft*).

Europa, por lo menos la parte más culta y mayor, la occidental, se considera por muchos hija espiritual y física de Roma; lo que admiten menos es que Roma fue hija de Grecia, no sólo culturalmente, sino en toda

la más amplia acepción del concepto, ya que sin la firmeza y la eficacia de la Falange macedónica, en Platea y en Maratón, por no citar otras batallas, el inmenso poder de Persia, imperio asiático, hubiera sojuzgado a Europa; oriental izando su naciente cultura. La Europa actual es, por tanto, creación de la Falange, tanto como puede serlo de la Legión.

“La disciplina bélica -escribe Ortega y Gasset- ha sido una de las máximas potencias de la Historia. Toda otra disciplina, muy especialmente la que es supuesto de cualquier industria complicada viene de este orden espiritual inventado por el hombre para combatir. Cuando un español genial intenta detener la desbandada mística que significó el protestantismo, encuentra en sus hábitos de guerrero el remedio y funda una “compañía” cuya educación y régimen provienen de unas “ordenanzas” morales, que llamó, con vocabulario de capitán “ejercicios espirituales”. Allí está la famosa meditación de “Las dos banderas” que parece pensada junto a la tienda de campaña en un alborear rojizo de cruenta jornada. (A los “Ejercicios” ha sucedido otro tremendo librito de “Ordenanzas”, donde se organizan nuevas fuerzas históricas en escuadrones formidables: el “Manifiesto Comunista”).

¿Qué es la disciplina? “La disciplina -dice Villamartín- es virtud que en sí sola circunscribe todas las otras y es el complemento de todas ellas y la manifestación visible y constante en todos los actos, de la buena educación militar de las tropas.

La disciplina es el respeto al ciudadano, a la propiedad ; es el aprecio de sí mismo, el aseo, los buenos modales, la aversión a los vicios; la puntualidad en el servicio, la exactitud en la obediencia, el escrupuloso respeto a las leyes y reglamentos, la austera dignidad en la subordinación..” Hay en las Ordenanzas Militares una frase acertada que compendia lo esencial del concepto de disciplina: “prontitud en la obediencia y gran exactitud en el servicio”; no basta, en efecto, con obedecer para ser disciplinado, precisa hacerlo pronta y escrupulosamente.

La disciplina ha de mantenerse con justicia, pero no hay que confundida con *la justicia*; tiene ésta sus códigos, sus procedimientos, sus jueces y sus escalas de sanciones; en cambio las sanciones disciplinarias dependen tan sólo del arbitrio del mando, se justifican por la ejemplaridad de su acción y se caracterizan por la instantaneidad de su proceso ejecutivo. Se fusila en el acto a un grupo de soldados fugitivos o a uno que robó una gallina o violó a una doncella. con la misma rapidez con que el oficial de semana castiga a quien no limpió su caballo o al que le faltó un botón del uniforme en la revista.

ORGÁNICA

Los conceptos organización y disciplina se complementan: toda organización que no se apoye en la

disciplina es inútil; a su vez la disciplina inorgánica es estéril, no tiene razón de ser. Acabamos de ver que Vegecio mezcla ambas palabras al señalar el mérito y la eficacia de las legiones romanas; lo mismo hicieron otros tratadistas.

Un ejército es, en su más simple expresión, *un conjunto de hombres disciplinados y armados*. La organización de este conjunto ha de procurar su mayor eficacia bélica; ha de combinar y ordenar, con vistas al máximo rendimiento, los dos factores de que se compone el ejército: *Los hombres y las armas*.

Esta organización ha de adaptarse en la medida de lo posible a la del pueblo, en cada época; así, por ejemplo, fue acertado en épocas pasadas, de estratificación acentuada por clases sociales, el reclutamiento de la oficialidad entre los nobles y el de los soldados entre los plebeyos y en cambio hoy, dadas las ideas de igualdad que rigen la convivencia, en la mayoría de las naciones, ha de dejarse a cada soldado la puerta abierta para alcanzar categorías de mando, y así como cada ciudadano al nacer puede aspirar a ocupar algún día los más elevados puestos del Estado, así también lleve cada soldado en su mochila el bastón de mariscal.

Los que mejor supieron vaciar el modelo de su ejército en el molde de sus instituciones populares fueron los romanos. *La centuria* y el *manípulo* eran a la par células tácticas y electorales; las voces *pómulos*

y *ejército*, tenían igual significado; la inteligencia romana hacía sinónimos los conceptos de *guerrero* y *ciudadano*. El Ejército romano va, transfor-

Esta edición se terminó de imprimir en
GRAFICSUR S.R.L., Roca 435, Burzaco,
Provincia de Buenos Aires.